

Antonio Lucas

Buena mar



Lectulandia

El narrador de *Buena mar* se embarca, de la manera más literal posible, en un viaje de trabajo. Lo hace porque es periodista y quiere descubrir cómo viven y faenan esos hombres que pasan su vida en alta mar para que nosotros podamos comer pescado fresco. Esta travesía hacia lo desconocido —nunca ha navegado y apenas conoce del mar más que la playa— es también un viaje hacia su propio interior, pues lo que conoce en tierra firme en realidad parece irse a pique: su trabajo, su pareja, su casa, su vocación, su vida entera.

Cómo se vive rodeado de agua, cómo van pasando los días entre los timbrazos que anuncian que la red está llena, cómo se ve el horizonte desde un viaje que no se parece a ninguno, qué esperar del trayecto hacia Gran Sol, uno de los caladeros más complicados del mundo. Con esta experiencia, vivida a través de su propia inocencia pero también a través de la mirada y la sabiduría que la tripulación poco a poco le va prestando, Antonio Lucas trae a nuestras manos la épica de un trabajo agotador y tan desconocido como apasionante.

Antonio Lucas

Buena mar

ePub r1.0

Titivillus 02.04.2022

Antonio Lucas, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*A los marineros del Nuevo Confurco en aquel verano de 2018, por su
bondad sin orillas.*

*Como el náufrago metódico que contase las olas que faltan para morir,
y las contase, y las volviese a contar, para evitar errores,
hasta la última,
hasta aquella que tiene la estatura de un niño
y le besa y le cubre la frente,
así he vivido yo con una vaga prudencia de caballo de cartón en el
baño,
sabiendo que jamás me he equivocado en nada,
sino en las cosas que yo más quería.*

LUIS ROSALES, «Autobiografía»

Las profundidades del mar son solo agua después de todo.

VIRGINIA WOOLF

I

Me preparé para un viaje que en nada se parece a nada, que elegí no compartir con nadie, que nunca más repetiré. Y volteó mi vida. Sin experiencia en navegación, con encogimiento y cansancio, sabiendo del océano solo por el mínimo rumor que el agua deja en la orilla, con más incertidumbre que entusiasmo, hallé refugio en la inestable excitación de desaparecer por unas semanas.

No hubo demasiado tiempo para pensarlo y esa urgencia favoreció que llegase hasta aquí. Acumulaba siete meses de fracasos intentando enrolarme en un barco arrastrero de los que faenan en Gran Sol, el caladero mítico y terrible, así que cuando la mujer que hablaba del otro lado del teléfono —mi último contacto desesperado gracias a un buen amigo común— remató la charla enumerando una larga lista de exigencias, solo pude decir «sí». Apreté el botón de finalizar llamada, sentí un calambre de promesa casi cumplida y dejé pasar la suave tarde de primavera en casa, tumbado, esquivando pensamientos esotéricos sobre el significado de que la única carta válida fuese la última, con los balcones cerrados a pesar de la gustosa brisa de afuera, como si pudiese oír desde aquí, un segundo piso del centro de Madrid, las voces de un mar que aún no conocía. Laura no estaba en casa y tampoco respondió al teléfono.

Cualquier itinerario de naufrago conviene aceptarlo a solas, casi furtivo, sin calcular demasiado, sin una justificación. A veces dudo si en verdad fui yo quien consumó aquella aventura. Estas cosas ocurren: algunas hazañas enérgicas, una vez vividas, se transforman lentamente en ensoñaciones, en lejanías donde casi no te reconoces. Es un material confuso y flotas en él como un polizón, con el privilegio melancólico de haber ensayado algo no del todo comprensible o casi irreal. Quizá sea el misterio de ciertas experiencias desconcertantes, de las que traen más preguntas que certezas y solo es posible comprender a tientas, a la distancia, apoyado en la imaginación antes que en la envergadura del lance.

Nunca hasta entonces confié en la posibilidad de vivir en el peor de los mares como uno de ellos, sosteniendo en pie la vida sobre un agua angustiada y tan precaria de bondades. El mar nada tiene que ver con lo que asoma en la

bahía. Su abundancia es otra, menos dócil y multitudinaria. Nace de una mecánica despiadada que a veces requiere una fe gigante para soportar tanta vileza. El mar de Gran Sol es un adiestramiento hacia la muerte y un arsenal de treinta y dos pares de calcetines por marinero, siempre húmedos. Un laboratorio de intemperies. Su belleza es conflictiva y se resume en una palabra que puede repetirse tanto como haga falta, pero nunca se llega a decir del todo. Tiene unos protocolos feroces. Un lugar tan extremo y desmesurado que solo puedes asimilarlo sorteando pesadillas, temores, augurios, algún escaso entusiasmo que perpetúa la sensación de extravío. Gran Sol es uno de los peores caladeros de pesca de altura del mundo. De los más fieros. Allá un hombre se hace más invisible aún, sin asidero alguno, casi ajeno a cuanto lo ha precedido. Si no perteneces a la torrefacta cofradía marinera, qué sentido tiene estar ahí. Y a ellos, qué los empuja. Quizá la incesante condena de no saber ya qué.

La breve llamada que tanto esperé aumentó el desconcierto por un viaje que se había convertido en una obsesión, en una terca fantasía, y con alivio lo iba dando suavemente por perdido. Pero fui aceptado en un barco arrastrero para hacer una marea en Gran Sol, entre los paralelos 48 y 60 del Atlántico Norte. En un buque de bandera española, con sede en el puerto de Vigo. Una máquina robusta de la que me enviaron unas fotos desde la oficina del armador. El casco pintado de azul y blanco, con el bulbo de proa color teja. Treinta y seis metros de eslora y ocho y medio de manga. Lo botaron en 1997. En peso muerto alcanza 171 toneladas. A bordo navegan once hombres: cinco gallegos y seis africanos a los que nunca había visto. Tengo cuarenta y tres años. Pareja. Padres. Hermana. Trabajo. Amigos. Hipoteca. Dos gatos. Ninguna experiencia marinera. En unos días subiré a bordo del *Carrumeiro* en un puerto del sur de Irlanda, donde el barco atracará por unas horas para descargar la mercancía. Tuve también la posibilidad de rechazar el viaje, pero no me atreví.

* * *

Laura me llevó al aeropuerto y no bajó del coche. Nos despedimos con técnica, sin emoción. «Suerte y disfruta», dijo. Fue un récord de síntesis en un momento inoportuno para el ahorro. El vuelo entre Madrid y Cork duró dos horas y cuarto. El viaje por carretera de Cork a Castletownbere es de hora y media. El pueblo está en la costa sureste irlandesa, punto de repostaje de

barcos y descarga del pescado de la flota española en Gran Sol. Una zona de avituallamiento, una meta volante con forma de puerto. Ahí me convocaron. «Te esperarán en Irlanda. El *Carrumeiro* salió de Vigo, pero esa travesía te la ahorras. Lo mejor es que empieces cuando ya estén en faena. Que te vaya bien». La voz de la mujer que hizo de intermediaria y a la que nunca vi proyectaba un tono de determinación que no aceptaba réplicas. Volví a escucharla otra vez más, cuando desembarqué en Castletownbere con la aventura cumplida y la llamé para dar las gracias por las gestiones. Aceptó mi cortesía con su cortesía algo tajante, y hasta ahí.

Mi vida, entonces, tenía la consistencia de una nube. Durante el trayecto de ida, únicamente miré por la ventanilla cuando el avión tocó tierra tras dos breves rebotes gallináceos y solo recuerdo de aquel momento la huella acumulada que dejan los neumáticos al aterrizar.

II

I

El taxi me deja en la puerta de acceso al jardín del *Bed and Breakfast* donde reservé habitación, el Island View House. Cuarenta y seis euros por noche con desayuno incluido. Cómodo. En lo alto del pueblo, con vistas al puerto. Una casa grande, rodeada de un césped abundante, crecido y húmedo. Tiene un ala para huéspedes y otra privada donde vive la familia que regenta el negocio, acostumbrada a los forasteros. Nadie pregunta de más. Dan por hecho que aquí se viene a algo del mar; y si no, tampoco les importa. Sobre la mesa de inscribir hay una taza con restos de té. Una mujer joven, sonriente y con dificultad al andar atiende el mostrador improvisado de la recepción, que es parte de la cocina. Anota los datos de mi carnet de identidad sin levantar la vista del libro de registro. Apunta a mano, con caligrafía redonda y holgada. Nombre y apellidos, dirección, número de identidad, hora de desayuno. Un perro grande, a mi espalda, custodia el sofá instalado frente a un ventanal que asoma al jardín. Al fondo, el mar. Hay un jarrón de flores postizas sobre un aparador, junto a un cenicero con tres colillas y un cigarro a medias. De un cajón saca un llavero con dos llaves. «*Number five*», dice. La recepcionista activa una sonrisa breve, de urgencia y de incógnita. Indica el camino con instrucciones mecánicas y la cadencia monótona de las cosas ya repetidas mil veces. Una vez informado, marcha en dirección opuesta a la mía despidiéndose con otro gesto cortés y hueco. Al cuarto se accede saliendo de nuevo por la puerta de la cocina y entrando ahora por un costado de la casa. Es amplio, con una cama alta, las paredes de un rosa tenue y bobo. Un armario, un baño estrecho con dos toallas y una mesilla auxiliar esquinera. Si Laura viese esto habría soltado una de sus risas en tres tiempos y yo me dejaría contagiar de su maldad inocua. En el macuto llevo poca ropa y toda de abrigo, pero incluí, inexplicablemente, dos bañadores estampados. También dos libros. Un cuaderno de notas. Bolígrafos. Botas de agua. Calcetines gruesos. Y lo más espectacular, cantidades de biodramina y primperán que hacen de mi equipaje un alijo. En algo más de un día estaré a bordo del *Carrumeiro*.

II

Afuera, el cielo encabritado y pardo aloja un violento cuerpo a cuerpo de nubes. Empezó a llover cuando entraba al pueblo en el taxi y el agua ahora cae oblicua, fuerte y de costado, con insistencia fulminante. Es fin de semana, en la calle principal de Castletownbere la noche llega muy despacio, estirando la luz del fondo. Este pueblo marinero tiene unos 900 habitantes. Las casas fueron levantadas de cara al Atlántico, como garitas alerta a las bocanadas del mar. El paseo hasta el centro es rápido y elemental. El pueblo es la antesala del océano, cuatro o cinco calles que salen del primer muelle hasta formar vagamente un lugar de residencia.

En el puerto se apiña la flota pesquera. Barcos para el atún y el pez espada, para las campañas de captura en Canadá, Namibia, Mauritania, Sáhara, Indonesia, Terranova y Groenlandia. Otras tres o cuatro embarcaciones sestean enfrente, en un embarcadero más moderno con su saliente aún en obras. Los buques amarrados fingen una cierta armonía, dispuestos para el lucimiento. Los delatan las «cicatrices». Exhiben muescas de navegaciones que debieron de ser pavorosas, un óxido de tiempo fiero, desconchones en la pintura, abolladuras y fardos de redes enrolladas en la cubierta, remendadas una o mil veces. Estas máquinas guardan la memoria descarnada de hombres de toda mar y poca tierra que empeñan aquí la existencia. Gran Sol no dispensa bondades, ni acepta dudas, ni aplaude heroísmos. Y jamás invita a la calma.

Paseo por una dársena indolente, desapacible, dispuesto a subir a un barco para algo que desconozco. A un barco que aún no ha llegado. Un barco que a esta hora de la noche navega hacia el puerto desde el más allá de un océano que solo imaginarlo activa una desazón prematura. He visto algunos documentales. Leí *Gran Sol*, de Ignacio Aldecoa. Vine impulsado por un afán de conocer que ahora no sé si necesito y que tampoco sé interpretar. Al dejar Madrid solo me despedí de mi mujer y de mis padres. A algunos amigos les hablé vagamente de un viaje de trabajo, apenas eso. Y a mis jefes, de un viaje extraordinario para unos reportajes, del que les daré cuenta a mi regreso.

Ahora mismo puedo comprimir la soledad entera en una palabra inspirada: temor. Parece que huyo, pero tan solo busco a trompadas algo distinto y muy ajeno a mí, por supervivencia, por no rendirme a la rutina, a lo previsible, a la oferta de comodidad de alguna gente que quiero. Qué otra explicación puedo dar. La vida de los hombres de la mar es una incógnita interminable, un espacio ajeno a las normas por las que yo me muevo o me detengo. Son inquilinos de un enigma legendario. Su realidad no tiene forma ni en la forma cabe. Una vez que el barco se adentra en el mar, en ese vasto dominio sin testigos, todo lo posible es posible. O imposible. A un viejo marinero del Mediterráneo le oí una frase de la que aún no he sabido deshacerme: «A nosotros se nos puede ordenar en dos grupos: los que murieron en el mar y los que algún día naufragaremos. Será difícil librarse de una de las dos opciones. Yo ya sé lo que es naufragar. Solo me queda la bala de morir en el agua».

En el muelle las naves mantienen un vaivén a compás. Si las miras al detalle puedes concretar en ellas un estado de ánimo, una fantasmal inquietud. Quizá sea la mía. Subo y bajo de un extremo a otro del pantalán confundiendo sensaciones: del letargo indiferente a la ansiedad, como un autómatas, como un prófugo, absorto y desconcertado. Contemplar el mar puede mantenerte más despierto de lo normal. O más lúcido. O más ajeno. Cuando un hombre observa el mar amplía la nostalgia de sí mismo.

Es detrás del muelle donde sucede la vida. Ahí lleva casi cien años abierto el MacCarthy's, uno de los mejores *pubs* de marineros del mundo. Es un mérito decir esto con tal aplomo teniendo en cuenta que no conozco otro. La fachada roja. Las letras de madera pintadas de blanco en lo alto, grandes y sencillas. Dentro, con sobriedad acogedora, se despliega el mínimo espectáculo. No hay tipismo decorativo. Tan solo una vitrina vulgar con un repertorio de nudos marineros y un catálogo mutante de tipos recios apoyados en la barra del fondo. El primer tramo del local es un «dispensario» de productos desiguales: pan de molde, espuma de afeitar, cepillos de dientes, chicles, jabón, desodorante, linternas de led, candados, bolsas de patatas fritas, gorras, ejemplares de un libro sobre la historia del pueblo... Casi un siglo despachando a una multitud esquiva y metódica.

Lo mejor del MacCarthy's es la barra del fondo. Los sábados y domingos dicen que roza el aforo completo, y hoy es sábado. Doce personas se reparten por el local. Hombres silenciosos, algunos en grupo. Tipos fuertes, magros, detectores de extraños. Beben pintas de cerveza negra o roja. Guinness o Murphy's. Siempre de grifo. Casi todos dispuestos en la misma dirección,

observando la puerta. Saben que la eternidad solo es la eternidad y el mar el único paraje en la Tierra donde un hombre puede dejar volar su alma aprisionada. Para los marineros que regresan de Gran Sol entrar de nuevo al MacCarthy's significa haber escapado otra vez de las trampas del océano. Y salir del MacCarthy's para subir a bordo es volver a disputarse la existencia con el mar. Eso impone un intenso nivel de desasosiego, pues regresar al vagabundeo del océano es salir a ganar el sitio donde no hay sitio que ganar.

La media pinta de cerveza es una medida de consumo poco apreciada entre la gente del Atlántico Norte. Prefieren el vaso grande, bien espumado y de boca ancha para que el trago largo tenga algo de lento derroche. Pido media pinta de cerveza. Gallegos, irlandeses, portugueses, franceses. Marineros. Es la clientela principal del MacCarthy's. Me observan con la misericordia de quien presiente a un sujeto equivocado: de isla, de pueblo, de local, de día, de hora, de tiempo, de oficio, de guerra, de intención; y eso me delata aún más ajeno. Tomo notas en el cuaderno negro de tapas duras. Y, ahora sí, juego a imaginar las biografías de estos seres que desconozco. Sus cervezas acumulan un rastro de luz removida. Los gestos y pliegues de sus rostros acumulan fatiga, también fatalidad a pesar del estallido de las voces y de algunas carcajadas. Hablan poco entre ellos y los individuos que están solos se conforman con estar. Puede que algunos sean de la misma tripulación. O que hayan compartido campañas y mareas, noches, lluvia, botellas, temporales, redes que salen vacías, secretos y jornadas de un faenar tedioso. Casi todos distraen los ojos mirando sus vasos. Ojos de abundante lágrima por tanto cabotaje en la humedad. Su risa, cuando sueltan las bocas exagerando, parece un gesto más asustadizo que festivo. El conjuro de alguna premonición.

Después de un rato, todos fingimos una familiaridad soluble que no requiere disimulo al observarnos. Estos hombres saben cosas que yo busco, pero interrogarlos sería violentar su rato lejos del mar. La puerta se abre y entran dos tipos recios, jóvenes, con la frente apuntando al suelo. Caminan hacia aquí y en la barra les abren hueco cruzando unos saludos vagos y deshilados. Piden dos cervezas en un inglés rústico y hablan entre ellos en gallego. A las nueve, por el ventanal que flanquea la entrada al MacCarthy's, asoma la noche bruta de Castletownbere.

—Disculpad, ¿sois españoles? —pregunto con cautela después de que hayan placado en tres sorbos el vaso grande.

—Gallegos y de donde toca ser —contesta receloso el más alto, y sella la respuesta con un trago de propina.

—¿Marineros?

—Sí y no... ¿Y tú?

—Periodista. El lunes embarco por primera vez para hacer una marea en Gran Sol y estoy algo perdido.

—Carallo, ¿ahora meten periodistas en los barcos? ¿Ha pasado algo o qué?

—No, no es eso. Lo pedí yo. Quiero conocer la vida de los marineros de altura, vuestra vida, supongo. Iré en un arrastrero gallego que viene de Vigo. Salió de allá hace cinco o seis días.

—¿En qué barco?

—El *Carrumeiro*.

—Coño, el de Lolo. Lolo es el patrón. Y Bieito, el segundo. ¿Los conoces?

—Hasta ahora solo he hablado con una mujer que me hizo de intermediaria para llegar al armador... Y con el armador, claro. Fue quien me dijo que estuviese aquí el lunes. Pasado mañana, tres de junio. Pero no sé más ni conozco a la tripulación.

—Pues sí que vas de nuevas, chaval —dice mirando al otro para sonreír los dos—. La del **Carrumeiro** es buena gente. De fiar. Te tratarán bien... ¿Pero qué carallo vas a hacer ahí, hombre?... Esto del mar está cada día más jodido. Se cuela mucho hijo de puta, hay que andar con cuidado. Mucho cabrón que disimula, aunque pronto sabes que es un cabrón. Como ya nadie quiere hacer Gran Sol, algunos *mataos* se aprovechan. Pero los del *Carrumeiro* son de bien, lo verás. ¿De dónde eres?

—De Madrid. ¿Y vosotros, de qué parte de Galicia?

—Este de Aldán, yo de Vilagarcía. ¿Entonces a qué dices qué vas a Gran Sol?

—Para escribir una serie de reportajes.

—Ahórrate las penas de embarcar, ya te digo yo lo que es: una mierda de vida. ¿De verdad que subes sin saber nada?

—Algo he leído —contesto con un ligero malestar.

—Qué va, chaval, eso no vale. Libros, libros... Hay que estar ahí. Es la única manera de entender. Ya vas a sentir cómo machaca este mar —levantando dos dedos indica otra ronda a la camarera—. Más de uno que estuvo aquí emborrachándose y riendo se ha lanzado después por la proa loco perdido, y te hablo de gente con dos cojones, no te vayas a creer —el de Vilagarcía suelta un breve soplando de confirmación y atiza al otro un palmetazo en el hombro—. ¿De qué te servirá eso que has leído, hombre de

dios?... Tómate una, anda. Y si no has cenado pide algo de comer porque en este pueblo, a partir de las diez, no hay dónde comprar. Será lo único que zampes en muchos días sin tener que sujetar el plato con una mano... El *Carrumeiro* es una buena máquina. A ver si el tiempo no va malo.

El alto, Óscar, es el portavoz. Hizo Gran Sol durante dieciocho años. Empezó a los veintiuno. Un día de temporal en que casi zozobra el barco donde iba de marinero decidió que nunca más. «Si a la muerte la ves venir te acojonas, pero cuando la sientes a tu lado en el mar es la hostia», dice. Bajó en Castletownbere, llamó al armador y se despidió perdiendo dinero. Buscó trabajo en el puerto y el océano se redujo para él a la dársena. Regresó a Galicia a resolver papeles y a convencer a la familia de que en Irlanda había salida, una hebra de futuro. A los dos meses llegó su mujer y se instalaron en el pueblo. Trabaja avituallando a la flota española: comida, agua, medicinas, combustible, tabaco, alcohol, sustituir un colchón o conseguir una pieza del motor. Tiene dos hijos. También se encarga de trasladar a los heridos al hospital, de buscar un médico, de intermediar con las autoridades locales para la repatriación de cadáveres... Ricardo es el silencioso, otro marinero en fuga. «Mucha mierda comí yo ahí dentro», exclama estrenándose en la conversación. «No está pagado. Siempre fuera de casa, con frío, con sueño, con calamidades. Qué afán tendrás de estar ahí». Conocen cada uno de los arrastreros por el color del casco, por el perfil, por el ruido del motor, incluso por el temblor de las luces a lo lejos. Y pueden recitar de memoria los nombres de varias tripulaciones como una alineación. Recuerdan todos los naufragios de los últimos diez años en este lado del mar. Y a los muertos españoles. Saben si dejaron mujer o huérfanos, padres o novia. Algunos eran familia o amigos. Es extraña la manera en que un marinero habla de un hundimiento, aunque no lo haya vivido lo relata con un empuje de sobreviviente. Y es capaz de detallar un milagro, cuando cree que sucede, sin titubear. Quien más y quien menos ha experimentado alguno. También acumulan supersticiones.

Sonríen poco. Óscar mira el reloj. Son casi las diez y media. Pagan ellos y salimos. Se despiden con un «adiós» vago, algo espectral. Caminan con pasos insonorizados sobre el asfalto húmedo y escapan de la noche en un *jeep* negro.

III

Domingo. El B&B es hogareño y tranquilo. Despierto a las ocho y media de la mañana y leo unas páginas del libro de Jack London. Escucho madrugar a otros huéspedes. Mi única ocupación de hoy consiste en hacer menos aceitosa la espera, que en un puerto es la base de todo. El cielo es una lámina de estaño. Desayuno solo en la recepción-cocina, custodiado por el perro grande. En una mesa para dos alguien dejó preparada una tetera, una taza, cuchara, cubiertos enfundados en una servilleta de papel y un soporte de metal con dos rebanadas de pan tostado puestas de canto. Un pequeño bol con mantequilla y otro con mermelada de naranja. También una jarrita de leche aún tibia. Y una nota escrita a mano en inglés, con la misma caligrafía amplia de la mujer que me registró: *Good morning, serve yourself*. Tras el ventanal se recorta un mar manso que se siente a gusto en su cuerpo, con las líneas del puerto haciendo de límite. Eso incrementa algo más la incertidumbre después de documentarme sobre este océano. Eso y la ausencia de gente en esta cocina con tresillo. Después de un rato velando el té dejo los platos y la taza en el fregadero, recojo con el borde de una mano las migas dispersadas en la mesa, las vuelco en la servilleta de papel que, convertida en una bola irregular, encesto en el cubo de la basura. Miro a un lado y a otro antes de salir por si aparece alguien a quien decir buenos días, gracias o hasta luego. Compruebo que la puerta queda bien encajada y bajo por la cuesta que comienza al final del jardín del B&B. Camino con cierta alegría de andar, sin porqué. Dejo atrás la verja de acceso a la casa y enfilo la delgada calle perpendicular que tiene a un lado tres o cuatro viviendas destartaladas y al otro un colegio sin trajín de colegio. Desemboco en la iglesia y bajo por una escalera de piedra con líquenes de muchos años que acaba en Main Street, la vía principal de Castletownbere. Casi la única. Hasta el puerto son siete minutos de paseo deshabitado, con la sola animación del chillido vacilante de unas gaviotas. Los domingos, hasta después de misa, no hay señales de vida humana en el pueblo. También me lo advirtieron. La calma incrementa esta sensación de intruso. Llevo en la mochila una manzana que cogí en la cocina, un botellín de agua, el cuaderno y el libro de London.

Me detengo a la entrada del puerto. Una irlandesa repentina y de acento suave se acerca y saluda. Pregunta si soy el periodista del *Carrumeiro*. Habla un español cálido, sin tropiezos. Óscar y Ricardo la avisaron, dice, de que estaba en el pueblo. Es la propietaria de la empresa de atención portuaria que se encarga de los barcos españoles en Gran Sol. Asegura que me reconoció al verme desde la ventana de la oficina mientras bajaba por la escalera de la iglesia. «Aquí los forasteros no os podéis esconder. Y que yo sepa en este momento eres el único», comenta haciendo con los dedos un monóculo que se lleva al ojo izquierdo aliñando el gesto con una risa cantarina de cuello ancho. «Soy Mónica, bienvenido», se presenta y extiende la mano derecha. Me ofrece las primeras instrucciones precisas: el barco llega a puerto mañana a las cuatro y media de la madrugada; descargar el pescado de las bodegas les llevará un par de horas; luego algunos marineros irán al pueblo hasta las dos de la tarde; pasarán por el supermercado a comprar (agua, fruta, chocolate); tomarán unas cervezas y regresarán al barco; otros se quedarán a bordo descansando en sus catres. Suelen zarpar a las cinco. «En Gran Sol estaréis diez o quince días sin mucho descanso ni tierra a la vista. Volveréis para la descarga; tú bajarás y ellos continuarán para otra marea. A Vigo regresarán un mes y medio o dos después. Allí estarán una semana con los suyos, quizá algo más, y de nuevo al barco». El resumen de Mónica es telegráfico, concreto y amable. Casi una coreografía.

Temo cuando me dejo llevar pensando en este viaje como una expedición fabulosa. Aunque temo más si no le doy importancia. Desde hace semanas ocupo el tiempo imaginando. Los marineros de Gran Sol parecen seres extremos. Por algún motivo acumulan misterio. Ninguna vida goza de una explicación completa, rotunda. Pero las del mar, menos aún.

En el *walkie-talkie* que Mónica lleva colgado en la cintura alguien solicita atención. Ella responde con un «sí» en español y mientras espera la voz de vuelta se despide con un dulce «*Good luck, sailor*». Hasta las cuatro y media de la madrugada no hay demasiado que hacer. Los barcos siguen en ese estado de catatonia de las cosas varadas. La calma en las calles de Castletownbere resulta vertiginosa. Hace una hora entró a puerto un arrastrero francés. Es toda la actividad marinera que veré hoy. Nueve hombres con trajes de aguas desembarcan el pescado fresco de las bodegas, riegan y cepillan la cubierta, fuman, bromean, hablan por teléfono. Llegar a tierra activa las defensas. A veces aumenta los niveles de alegría. Otras, los de alivio. La entereza de estos tipos no está en la fuerza, sino en la resistencia.

Una vez descargado el barco, la tripulación francesa desaparece de cubierta y al rato emergen del buque unos cuantos individuos peinados con esmero y ropa casi formal. Toman el camino que lleva al pueblo, al MacCarthy's, ansiosos por aplicarse unas friegas de cerveza. Esa es la conquista más clara antes de volver al chantaje del Atlántico Norte. Sigo con los ojos su romería modesta.

Dejo pasar unos minutos y regreso también al centro de Castletownbere. La plaza sin nadie. El pueblo sin nadie. La vida sin nadie. Seduce y espanta la perspectiva de emprender viaje en un arrastrero igual que aquel o que este. No vine huyendo, sino buscando. O qué sé yo. Vine con la excusa de escribir porque Madrid no siempre da motivos para quedarse y hace tiempo que quería hacer esto mismo: escapar. Vine porque en tierra hay algo muy incivilizado, una realidad sin nombre donde no siempre encuentro el sitio. Y porque aquí existen ejemplares humanos fuera de los moldes frenéticos y desmadejados habituales, seres que se alejaron progresivamente de todo y aún sienten un extraordinario amor por los delfines. Animales que conocen la furia de Gran Sol y acompañan a algunos barcos con saltos jabonados, suavizando sus rutas y dispensando un bálsamo de gracia a los marineros. También vine hasta aquí para amortiguar un ruido vital de cristales contra el suelo.

Al entrar en el MacCarthy's reconozco a los franceses, de espaldas al reloj de pared que hay en un extremo de la barra, mientras cumplen con su sed. Pido media pinta de Murphy's, repaso una vez más los movimientos del aforo, la decoración, los gestos. Bebo y vuelvo a la calle. El silencio es total. Son casi las dos de la tarde. Regreso al hotel con la luz del día en lo alto. En unas horas entrará a puerto el *Carrumeiro*. Pago la estancia de estas dos noches y pido un sándwich y una cerveza. Salgo al jardín, donde hay una mesa de plástico con dos sillas. Me siento frente al mar. Observo un barco en el que no me había fijado, un trasto de madera, corto, viejo, pintado de blanco y, a esta distancia, poco fiable. El viento flojo lo hace temblar. Tengo algo de frío. Si ahora pudiese escoger, seguiría esperando al *Carrumeiro* algún día más. Aunque en el fondo me alegra haber emprendido un camino que esta madrugada me alejará de lo que conozco, de aquello que sé.

IV

El despertador avisa a las tres y media. La noche aún es fuerte. Tengo el macuto preparado. Entro en la ducha cuando el agua vapea. Desde la ventana la oscuridad no permite ver el puerto, solo el contorno de los barcos más grandes. Al salir dejo la llave sobre una mesa situada estratégicamente en el acceso al pasillo de las habitaciones de huéspedes. Hago el mismo camino que ayer y que anteayer, aunque algo más sonámbulo. Calculando cada paso por la falta de claridad. A lo lejos se avista un mínimo temblor de luces llegando. Acelero con una ansiedad justificada por la impericia. Cruzo el pueblo atento a la confusión de sonidos pequeños que propicia la noche. Escojo la parte más ancha del arcén, con los ojos clavados en el muelle. La superficie del mar está lisa. La madrugada, inmóvil. A las cuatro y cuarto el mundo está por hacer. Al entrar por el puerto nuevo evito la zona más oscura y sigo las luces escasas de tres pequeñas naves mal alumbradas. Según me acerco a los puntos de atraque se aclara el contorno de un hombre fumando apoyado en el morro de un camionazo de remolque descomunal. Estamos él y yo. El hombre habla por el móvil y asesta al cigarro unas caladas impetuosas que avivan mucho la brasa. Al verme se incorpora y camina hacia el costado oculto del tráiler. Llego hasta el borde del muelle, más o menos a los noráis donde Mónica indicó que amarraría los cabos el barco al que espero. Dejo en el suelo el macuto y la mochila, y cada dos o tres minutos asomo medio cuerpo más allá del límite del muelle, donde empieza el agua, como si temiese el retraso. Un gesto absurdo pero eficaz para justificar la tensa espera. Han pasado pocos minutos y ahora sí: lo que puede ser el *Carrumeiro* asoma con desganada lentitud, irracional e inconcreto. Muy a lo lejos solo es un punto inestable de luz, con un bamboleo cadencioso. Se va definiendo en la penumbra muy despacio. Las líneas perfectas. La proa soberbia. Avanza sin alterar la superficie. Cada vez más fiable. Más cerca. En el puente de mando, si guiño los ojos para enfocar mejor, descubro una silueta. Acumulo una emoción regresiva a la que me adapto dando pasos adelante y atrás. Aquella figura temblante y fantasmal adquiere la posibilidad de ser algo humano. Clavo la mirada y la nave se va haciendo grande, poderosa, nítida. Empiezo a

hablar solo a media voz. «Joder, qué raro todo. ¿No quería algo así? Pues ya lo tengo. Ahora tranquilo. A disimular el desconcierto. A ver lo que tardo en cagarla».

El barco tarda menos de lo que esperaba en llegar a donde estoy. Se posiciona de costado al muelle con tres maniobras precisas. Echo unos cuantos pasos atrás, a una distancia que me hace más espectador que parte. Un marinero lanza un cabo en popa que alguien del puerto, aparecido de golpe, amarra a uno de los noráis. Dos hombres más se mueven alrededor de los puntos de atraque con una danza precisa y coordinada. El motor, que ha roto el agua en la maniobra, pierde potencia y vuelve a un zumbido constante y casi reposado. La noche está más encima que nunca, cubierta de nubes gordas. Este es uno de los «bichos» mejor equipados de los que aún hacen Gran Sol, entre arrastreros y pincheiros. La flota española llegó a sumar trescientos. Hoy son poco más de cincuenta, propiedad de pequeños armadores gallegos que tienen en el Atlántico Norte su forma de vida. Mucho más segura que la de los marineros.

El tráiler frigorífico del camión que espera la llegada es capaz de transportar treinta toneladas de mercancía. Está preparado, con los portones del convoy abiertos frente a la grúa del *Carrumeiro*. El pescado que cargue esta madrugada será subastado pasado mañana en Galicia. Y empezarán a distribuirlo poco después del último remate. El viaje hasta la lonja no acepta más demora que las horas de descanso fijadas por ley para el chófer, que ha vuelto a aparecer. Llegó anoche, durmió en la cabina y en dos horas y media emprenderá el regreso. Lo cuenta a un tipo con chaleco reflectante que es español o habla el idioma y se ha sentado con las piernas colgando en la plataforma de carga del camión. El puerto es un territorio amenazante que se va poblando de sujetos esquivos como en un simulacro de algo por suceder. Cajas vacías acumuladas en torres de cuatro o cinco metros. Fardos de redes como farallones. Decenas de jaulas apiladas para la captura del marisco. Algunos coches que llegan de prisa y quedan desperdigados y con las luces encendidas. Las tres pequeñas naves de almacenaje donde algo empieza a despertar. Y un silencio atizado por ráfagas de viento crecidas, algo rabiosas. La luz fría de los focos del barco, sujetos a la arboladura, ilumina el perímetro del camión, que no es poco. En una liturgia de gritos y golpes metálicos, tres hombres saltan por estribor al muelle. Uno más se encarama a la cofa de la grúa y empieza la operación.

Cargo el macuto a un hombro y la mochila pequeña al otro y me acerco algo más. Avanzo treinta o cuarenta metros hasta casi alcanzar la zona de

trasiego convocada alrededor del tráiler. Los marineros me observan como suricatos. Todos a la vez, con una atención intimidatoria. Uno camina hacia mí, pero se detiene. Entonces soy yo quien da unos pasos hasta llegar al hombre de la avanzadilla. Un tipo flaco, con botas de agua, un impermeable oscuro abierto y, debajo, un jersey de nudo gordo. Dejo caer el equipaje al suelo fingiendo espontaneidad y extendiendo la mano. «Qué tal, soy Mauro, el periodista que embarca hoy con vosotros». Él corresponde con desinterés y precaución, apretando poco y retirando la palma un segundo después del primer contacto. Los demás observan y socorren el momento con una llamada: «Lolo, ¿empezamos?». El barco tiene una presencia categórica cuando el sol hace ya señales por el este con un suave color mostaza.

—Así que vienes con nosotros —pregunta, sin mirarme, mientras se gira y da orden de comenzar la descarga con un aspaviento de brazo—. Soy Lolo, el patrón del *Carrumeiro*.

—Me alegra conocerte —contesto con la voz algo ahogada.

—¿Tienes experiencia en la mar? —ataja sin protocolos, atendiendo a los primeros golpes de la grúa.

—No, pero intentaré adaptarme rápido.

—Pues empezamos bien... Esto no es fácil. Hay que aguantar lo que venga.

—Ya me han dicho.

—Bah. Nada de lo que te cuenten sirve de mucho. Lo de Gran Sol es una cabronada, tú verás. Ahí dentro las cosas no se parecen a esto de aquí —y mira fugazmente el muelle—. En la primera marea hemos tenido suerte con el tiempo, no hubo temporales, aunque el pescado... A ver qué pasa con esta salida —me da la espalda, se dirige de nuevo hacia el camión y de un brinco sube a la plataforma hidráulica, donde los otros dos observan la escena mientras esperan en la boca del frigorífico la primera descarga para arrastrar las cajas con un gancho y estibarlas formando almenas.

Lolo es Manuel Mariño Vilas. Patrón de pesca del *Carrumeiro*. Cincuenta y cuatro años. Nieto e hijo de marineros. No muy alto. Fibroso. De mirada severa. La cabeza rematada en un pelo garduño. La nariz pequeña y picuda, como de ave quetzal. (Por el armador supe algunos detalles de él: uno de sus tíos quedó bajo la mar, vio morir a un primo braceando contra las olas y su padre naufragó varias veces. Empezó en esto de adolescente). Lleva más de dos décadas patroneando, y se le nota. Vocifera órdenes que nadie contradice. La palabra de Lolo es un sacramento. De él depende la vida de esta tripulación. De él dependen las capturas. De él depende evitar que una

decisión desafortunada lleve el barco al fondo. De él, por tanto, depende volver a casa enteros. Conoce bien la crueldad del mar, la inclemente gramática del Atlántico. Sus humillaciones. Y la desolación de estas aguas que detrás de la escollera pueden lanzar en cualquier momento una ofensiva desalmada. Gallego de las Rías Baixas, descreo de los méritos que no se puedan confirmar en una balanza. Para Lolo la vida se justifica por el peso. Cada una de las cajas que descargan lleva cuarenta kilos de pescado.

Los observo, intento familiarizarme con su código gestual. Las frases son precisas, gélidas, de escaso compadreo. En un intermedio, Lolo sale del interior del convoy y para saltar al suelo se adorna con una pirueta de intención artística.

—Tú anda con cuidado ahí dentro. No está de más temer al mar. Respeto y prudencia, chaval. Eres responsable de ti. Te doy catre, comida e intentaré devolverte a tierra igual que llegaste. Pero no puedo estar pendiente de gilipolleces. No te lo tomes a mal. Es lo que hay.

—No lo olvidaré... Y mientras descargáis, ¿qué puedo hacer?

—El miedo es más listo que los valientes... El mar de cada héroe saca un muerto... Qué haces de qué... Ah, ya. Ve a tu carro a dejar el macuto. ¿Es todo lo que traes?

—Sí...

—Pues ve...

—Vale... —No sé adónde debo ir y esa impaciencia se me nota.

—Venga. Muévete. Hay que estar listo para desaparecer cuando toca.

—No sé qué es el carro.

—Ay, la hostia. Pues pregunta, *fillo*, pregunta... ¡¡Mamadou, cago en diola, que vas a volcar las cajas, carallo!! ¡¡Más despacio!!... —Ahora se vuelve hacia mí sin saber muy bien adónde mirarme, si a los ojos o a las botas —. El carro es el camarote. Estarás en la enfermería, así puedes dormir solo. Sube por ahí al puente, baja por las escaleras que hay dentro y gira a la derecha. Lo primero que verás, de frente, es el baño. Sigue el pasillo y la siguiente puerta es la tuya, a babor. Donde pone ENFERMERÍA en letras mayúsculas. Tu catre es el de abajo. El de arriba lo utiliza Bieito de trastero.

Lanzo a cubierta el macuto y la mochila y salto por primera vez al *Carrumeiro* tanteando el espacio como un ciego. En el suelo hay una pasarela portátil para facilitar el embarque, pero no la han desplegado. La marea está baja y el barandal de estribor casi en línea con el cemento del muelle. La emoción me inmoviliza unos segundos. Deseaba dar este brinco que cambia la tierra por el mar. El de los marineros que veía de niño en las películas o en

el Puerto de Mazarrón. El ser humano transporta su pasado con él y esa mercancía vale por igual para el placer y el daño. Después de tantos meses, de tantas llamadas, de tanto especular cómo sería, estoy dentro del *Carrumeiro* con un bullicio de dudas y nervios. Sigo las instrucciones de Lolo. Subo por unas escaleras de metal, entro al puente de mando, localizo las otras escaleras que bajan al primer piso inferior del barco y detrás del portón, a la derecha, encuentro el baño. Seis pasos más y leo el cartel: ENFERMERÍA. He cumplido ciegamente una orden. La primera que recibo en el barco. El camarote tiene un armario cerrado con llave, un portillo con forma de ojo de buey, dos literas: una «cegada» con una cortinilla de tela basta y el camastro de abajo, con un colchón fino algo vapuleado, una manta delgada, sucia, raída, y una almohada a estrenar aún dentro del plástico. También una mesa con luz fija, como en los compartimentos de los trenes cama, y una silla con el asiento rajado y la gomaespuma por fuera, remendada con cinta aislante transparente. La humedad tampoco se esconde. Los marineros están a lo suyo, desinteresados. Y yo con la cabeza llena de vientos, sin tener claro (ahora menos) por qué estoy aquí, en el puerto de Castletownbere, cuando la mañana se abre paso al pie de un barco arrastrero. El mar espejea perezoso en la bocana y propaga una extraña calma psíquica parecida al instante previo a la emboscada. A Laura le bastó con el mensaje que le envié al llegar, por eso respondió horas después con un tenue «Buen viaje. Disfruta la experiencia».

Dejo el macuto y la mochila sobre el catre y regreso por el mismo camino al mismo lugar. La descarga termina cumpliendo la predicción de Mónica. Después de vaciar el barco de pescado, Lolo y los otros dos van a ducharse, y aparecen más marineros. Hombres grandes que se mueven con cadencia y descienden a tierra por la pasarela del embarque de proa que uno de ellos extiende y ajusta. Bajan sin demasiada fiesta. Cuatro negros y un blanco ordenados por estatura. Se presentan con una cortesía blanda y curiosa: El Hadji, Ahmed, Paul, Fabac, Babacar. Uno a uno dispensan la mano grande, áspera y floja. Chocan la mía y después se llevan la palma al corazón. Cuatro de ellos son musulmanes y están en los últimos días de ramadán. Esta información la deslizó el armador en una de las dos o tres conversaciones breves que tuvimos por teléfono en los días previos al viaje, después del aviso de aquella mujer. También me advirtió de que viven en lo hondo del barco, en camarotes donde pueden dormir hasta cuatro, y que no es gente propensa a entablar relación con desconocidos. Dijo desconocidos marcando bien la palabra, para evitar más detalles.

Tienen la cara surcada de fatiga. Los ojos grandes de un punto antes de llegar al cansancio, con un leve velo amarillo. Altos, flacos, algunos de aspecto aniñado. Senegaleses, ganeses, marroquí... Tienen entre veintitrés y sesenta y dos años. No preguntan, solo observan con atención despreocupada. Los gallegos aún están dispersados por dentro del *Carrumeiro*. No todos bajan en las pocas horas que el barco atraca en Castletownbere, cinco o seis entre la descarga y el repostaje de gasoil. Hay quien prefiere quedarse en el catre. Las primeras horas pasan demasiado rápido. Lolo vuelve al muelle. Hace recuento de voluntarios y encabeza el desfile al pueblo sin aviso previo. El hecho de que comience a caminar es la señal de arranque. Lo acompañan Bieito Lago Ulloa, patrón de costa; Celso Mosquera Ramos, «Xouba», cocinero; y Lois Calvo Mariño, «Graxa», engrasador. Anxo López Cruz, jefe de máquinas, se queda a bordo, fumando, en cubierta.

—¿De dónde eres? —pregunta Lolo sin levantar la vista del suelo.

—De Madrid.

—¿Y qué buscas en Gran Sol?

—Quiero escribir de esto, de vuestra vida. Se conoce muy poco fuera de Galicia.

—Y qué más da que se conozca. A quién le va a importar... La gente quiere el pescadito en los mercados y para qué saber más... El mar es muy cabrón, pero eso tampoco le interesa a nadie... Lo peor aquí es el invierno. Entonces sí se pasa mal, cuando viene un temporal de fuerza nueve y tienes que volver a puerto a la capa, con un viento del demonio, con unas olas que se comen el barco. Ahí es cuando tendrías que venir y contarlo. Ahora es un paseo, chaval. En noviembre, en noviembre, que es el infierno...

Lolo hace de jefe de expedición por la cuneta de la carretera que une el puerto con la única calle grande de Castletownbere. Un camino que se estrecha más al llegar al supermercado que delimita la entrada al pueblo y que los veteranos de Gran Sol recorren como una cofradía insomne, desplazando el sueño con algunos comentarios de relleno. Conviene quemar tiempo hasta que abra el MacCarthy's.

—Estos irlandeses son la hostia, siempre igual. ¡No dan de beber hasta las doce, cuando acaba la misa! ¡Si es lunes, joder! La puta religión es un atraso. Sin bar hasta que acabe el cura. ¡Y a mí qué las caralladas del cura! —reprocha Lolo con un aspaviento algo teatral.

—Calla, calla, condenado, que al final nos quedamos fuera por herejes —contesta Bieito arrastrando la voz como en una letanía.

Unas sonrisas ligeras espuntean el paso de procesión. Los chubasqueros desprenden un ritmo de metrónomo por los roces del andar. Casi es la única melodía. La mañana es nublada y ventosa, aunque el viento no golpea tanto como lo hizo el sábado. Observo a los marineros aprovechando que alguien dice algo y llama la atención de los otros. El más animado es Lolo, también el más hábil para dispensar unos silencios monumentales. Entre ellos se conocen demasiado y de mí no saben casi nada. Eso hace más tenso el paseo. No tienen costumbre de compañía, su elocuencia es callada. El marinero extrae conclusiones hacia dentro y desconfía de la necesidad de compartir ciertas intimidades por fuera. Ese hormigueo lo preservan con celo y cuando dejan asomar alguna cuestión propia lo hacen sin darle importancia, disimulando la condición de misterios desorbitados que tienen algunas intuiciones o certezas marineras, de tan concretas, de tan salvajes. Puede ser una estrategia de defensa para soportar mejor la vida en el espacio gigantesco del mar.

La entrada en el MacCarthy's es otra rutina decisiva en unas existencias tan rutinarias que no merecen ser acosadas por más incertidumbres. El mar es lo más incalculable del mundo. A la una abren la puerta por dentro. Un ruido de llaves lo anuncia. Alcanzamos el fondo del local con una naturalidad algo torpe. Somos cinco extranjeros haciéndose sitio en un bar donde a esta hora del lunes las sillas aún están sobre las mesas. Nada más contrario a un *pub* prometedor que ese recogimiento. Detrás de nosotros se arma una pequeña cola de nativos con ganas de refugio. Pedimos cuatro pintas de Guinness y una media. La última es la mía y esa medida genera de nuevo suspicacias. Callan, miran, beben, apoyan los ojos en algo que habrán visto demasiadas veces, como descubriendo un detalle. Nada parece haber cambiado en el MacCarthy's en décadas. Este bar tiene un significado casi mítico, y eso no es fácil de lograr. La camarera me dispensa un saludo «especial», haciendo saber que me reconoce.

Dicen que la mar estuvo bien, con viento suave, sin fuertes tormentas. Hablan entre ellos y toda la conversación tiene que ver con la faena, con el tiempo, con el caladero, con la desapacible idea de volver a echarse al océano. Sospecho que es su manera de esquivar otras conversaciones. Lo que los une es el Atlántico Norte, la pesca de altura en unas aguas infames, hechas de amenaza y desmemoria. Este mar es una máquina de matar hombres. Lo han visto tragar compañeros y cañonear barcos con olas brutales, inhóspitas, grandes como casas grandes. Saben de tantos naufragios que solo invocan un milagro: flotar. Flotar es la única manera de vencer al agua embravecida.

Hubo una época dorada, en los años ochenta, cuando la bonanza, en que cientos de chavales probaron a enrolarse. Pocos aguantaron los rigores del oficio: el miedo, la ansiedad, el desgaste físico, la convivencia, la soledad. La soledad en Gran Sol promete ser insoportable, una anomalía evidente, y sin embargo esa promesa me ha empujado también hasta aquí. Imagino una soledad desconocida, más de palabras que de emociones. Una soledad avara que convierte en incómodo cualquier indicio sentimental, el que sea. Los escucho hablar y cada vez me siento más fuera de sitio, más impedido para subir a bordo. Lolo mira el reloj. «Salimos en cincuenta minutos». No me deja pagar. «A la vuelta, si regresas, te encargarás de la primera», advierte juntando las risas de todos, ya más fuertes y nerviosas.

De nuevo, nuestra mínima caravana de chubasqueros enfila el camino hasta el muelle. Nadie habla demasiado. Nadie pide una tregua de tiempo. Nunca contradicen al patrón. En esta breve ruta hasta el *Carrumeiro* se puede adivinar el estado mental de unos hombres que van a echarse al mar, a este mar, con periodos de descanso de tres o cuatro horas en un día, con jornadas de trabajo de dieciocho o veinte, a veces más. Ese hastío llena de nostalgia cualquier corazón. Ninguno mira hacia atrás. Al pie del *Carrumeiro* los pasos se aceleran. La marea empieza a crecer. De un salto suben a cubierta porque alguien retiró la pasarela. Yo necesito tres intentos. Al momento, todos se desbandan no sé hacia dónde ni cómo.

Manuel Mariño Vilas, Lolo, da orden de recoger las gazas. Cada hombre está en su puesto o en su catre, apurando. El motor levanta una espuma de cataclismo. Serán seis horas de navegación hasta el umbral del caladero de Gran Sol. Son las cuatro de la tarde. Extiendo el saco de dormir sobre el colchón raído. Dejo las botas de agua bajo la litera. El macuto, al pie del catre, amarrado a una pata de la mesa fija como me han dicho. Todo formando una pequeña brasa de hogar en un lugar que no puede serlo. El ruido del motor, al maniobrar, taladra el ánimo. Es un bombeo atroz, crujiente. Un estruendo desaforado de metales y maderas, constante, terco. Por el portillo miro el muelle, que ensaya su lejanía. El pueblo se empequeñece también. En el cielo se aprietan nubes carnosas formando un alvéolo. La vida se recorta en círculo, el del ojo de buey del camarote. Me tumbo y desde el catre solo veo un palmo de cielo y alguna ola que sube de más. Las gaviotas chillan noticias por encima de la mancha del agua. Es un cortejo blanquecino, a media altura, con vuelo dócil y, a la vez, encrespado, de rendimiento asombroso. En el puerto soplabla el mismo viento de popa, manso, que sigue con nosotros.

El barco aún mantiene el equilibrio estable sobre un mar que no se mueve. Subo al puente de gobierno con cierta agilidad. Es la falsa firmeza del estreno. Tantas veces me han advertido de las terribles sensaciones de los primeros días que seguir en pie es un triunfo, aunque solo llevemos veinte minutos de marcha. Con cierta excitación veo cómo nos enmaramos. Sobre la mesa de derrota Lolo trastea un ordenador. Hay tres en cinco metros cuadrados. Uno marca las rutas. Otro está apagado. El tercero es un portátil para la música y las películas del patrón. En este espacio diseñado para mantener en alto la claustrofobia hay mapas, cuadernos, un armario botiquín, una Virgen del Carmen de medio metro sobre un plinto, prismáticos, dos relojes de pared, un cubo de basura amarrado a la madera con dos pulpos elásticos, junto a la escotilla de babor. También una brújula de techo, un barómetro, dos radios, un pequeño teléfono portátil gris, uno de pared negro y otro más grande de color verde junto a los mandos. El negro, cuando suena, es para dar malas noticias. También hay un bajorrelieve de la Virgen con el Niño, de un palmo, del que cuelgan unas ramas secas. En otro extremo, un calendario grande dispuesto en la hoja del mes en que estamos: junio. Y dos días tachados. Bajo la visera del cristal de visibilidad un par de alcayatas sostienen varios juegos de llaves: uno es del botiquín, alguien lo anotó en el llavero; el otro no lo sé. El suelo está forrado de caucho antideslizante como un viejo vestuario de piscina. Nada indica que este sea un buen destino para consumir más de la mitad de la vida.

Cualquier decisión sale de aquí y la toma Lolo. Solo él puede aplicarla. Y conviene que su diagnóstico sea correcto. En Gran Sol la improvisación es un riesgo al descubierto. El mar no admite otro cálculo que ser bien navegado. Es preferible no estimular la tentación del naufragio. Lolo lleva veintisiete años faenando en Gran Sol. Acumula aquí más biografía que en tierra, miles de millas náuticas dando gas a la cabeza. Tiene una sonrisa bien dibujada que a ratos se pliega en un gesto de visible recelo. Patronea el barco con una autoridad aparentemente taciturna, siempre solo aquí arriba. Pero podría dar una orden tajante sin abrir la boca. Es uno de esos tipos cuyo poder esquivo el espectáculo. Lanza los ojos más allá del pañol de proa, hacia la boca de la bahía, donde el mar no repara en límites. Lolo habla poco y con tono imperativo, grave y a veces burlón o descreído. Está pendiente del «chivato» de la radio, escuchando una voz indescifrable que lanza desde el puerto de Castletownbere frases sueltas. Ese morse dispensa información, hasta que una última cortesía da por concluido el informe: «Buena mar y hasta la vuelta». Quien sea lo ha dicho en español, antes de que el murmullo rascado de la

radio deje en la atmósfera una música de lija. El *Carrumeiro* se mueve a 10,5 nudos, con una potencia firme, sonora, expectorante, como un viejo animal resignado, a su manera altivo.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunto con ánimo de abrir conversación.

—A Porcopín —el tono de la respuesta no deja hueco para más.

Porcopín es Porcupine, una de las «estepas» de Gran Sol. Aquí los nombres se adaptan según convenga. El de Gran Sol también es un accidente de idioma. Los franceses que descubrieron la riqueza de estas aguas lo llamaron «Grande Sole» (Lenguado Grande), pero al español pasó con una épica traspapelada que no delata su naturaleza violenta: Gran Sol. Las cartas náuticas se interpretan desde una tradición marinera que cada cual ha hecho suya.

—¿Y cuánto tardaremos?

—Unas seis horas de navegación constante, pero en cincuenta minutos empezamos a lanzar aparejo, así nos entretenemos. Tómatelo con calma. En el mar las prisas solo valen para llegar antes al fondo. ¿Y a qué has dicho que viniste?

—A escribir una serie de reportajes. Desde que era niño quería vivir algo así... Conocer esta vida, supongo. La de Gran Sol.

—Bueno. Es raro, pero vale. El armador me dijo que alguien había llamado varias veces a la oficina para saber cómo podía subir a bordo. Que un conocido suyo le estaba ayudando con las gestiones y que si a mí me importaba. Que sería por una marea. Me extrañó, pero qué carallo. Tú sabrás. Estar aquí no sé a quién le puede apetecer. No es un crucero de esos. Ni un paseo en barca. Cada vez cuesta más encontrar marineros. Nadie quiere hacer esto... Y me traen a un periodista... Por cierto, chaval, ten claro que, pase lo que pase, el barco, una vez que crucemos por ahí, no regresa hasta que no llevemos las bodegas llenas de pescado. Y se puede dar bien o mal. Hacerlo en quince o en veinticinco días. Es lo que hay.

En quince o en veinticinco es una medida de tiempo que no permite distinguir entre «bien o mal». El augurio inconcreto de Lolo es parte de su carácter encofrado. Resulta más fácil adivinar en qué no cree que buscarle el rastro de algún entusiasmo. Una breve sacudida nos tambalea. Es la primera. Hay que hacer un esfuerzo para adaptarse a este entorno donde once individuos conviven sin posibilidad de escapar durante dos o tres meses seguidos, con paradas de pocas horas para descargar cada dos o tres semanas. Y vuelta a la faena. Van zumbados de sueño, de rutina. Rodeados de sonidos tremendos, de humedad insoportable. Trabajando en jornadas desalentadoras

que a veces doblan los relojes. Seres educados a no entenderlo todo y conscientes, sin embargo, de que cada casilla tachada en el almanaque es un triunfo entre dos malos presagios: el día y la noche. Pienso en cómo ha tratado la vida a estos hombres del mar. Qué sucedió para traerlos aquí. Pues Gran Sol nunca indemniza sus traiciones.

La del motor es la única conversación viva a esta hora. El barco aún me es fantasma.

V

Al entrar a puerto era de noche. El barco parecía, a la vez, grande y pequeño, robusto y frágil. Algo inexplicable que salía del mar con un juego de brillos agitados. La lluvia de madrugada le confería un carácter más espectral del que ya tiene un buque en lo oscuro. Lo observé con la avidez descentrada de quien abusa mirando algo por primera vez. Tardé horas en darme cuenta de cómo era. De su perfil. De su calado de mansedumbre. De su implacable serenidad en el amarre. De su condición superviviente, porque solo tiempo después advertí algunas zonas del casco con noticias de temporales vencidos: rasguños, una abolladura, alguna grieta soldada como una cicatriz... Imagino que las mismas muescas que lleva el patrón en el alma. El barco es la prolongación de sí mismo. Yo solo quería estar a bordo, pasar cuanto antes las calamidades de salida que me auguraban y perder la línea de tierra, consciente de que no volvería a recobrar en mucho tiempo el perfil mineral de este palmo de costa irlandesa.

Los barcos en punto muerto generan alrededor una calma súbita, una tibia sensación de tiempo quieto que dispara la imaginación. Puedo pasar horas contemplando estos trastos, el garabato de las artes recogidas, imaginándome ahí, en un mar que siempre tiene algo de acontecimiento y es de los pocos espacios donde la vida sucede de manera distinta, más irracional, más imprevista, menos segura. Lo bueno y lo malo se sofoca de otro modo.

Bajo a tumbarme en el catre sin pensamientos. De momento es la única ruta que conozco: del puente al carro. Llevamos tres horas navegando. Miro el cielo color plomo a través del portillo del camarote. Un ligero mareo tunela el ánimo y anuncia reacciones desagradables. Anxo, el jefe de máquinas, se asoma, se presenta y sugiere enseñarme por dentro «la casa» antes de que la cabeza empiece a dar peores vueltas. Lo ha dicho así, «la casa». Anxo se había quedado fumando en la cubierta de proa cuando los otros bajaron a puerto. Hasta ahora solo me muevo por la enfermería donde me han instalado, la cubierta y el puente de gobierno. El barco es un laberinto de escalas y pequeñas secciones difícilmente habitables. Casi siempre lugares de paso. Para los marineros solo hay un espacio cierto e inofensivo: la litera.

A Anxo le dicen «Toxo» cuando no está presente, por su carácter difícil. Es el más veterano. Un tipo de estatura normal y hombros anchos. Gaznate grueso de color rosáceo. Manos graves con los dedos rematados en una estela de uñas roídas. En la mirada acumula un cansancio que agravan dos párpados resignados. Tiene la mandíbula abalanzada hacia fuera. Los dientes de arriba algo separados. Lleva un gorro de lana y sostiene una lata de cerveza que apura en dos golpes estirando vistosamente el cuello. Le asoma media sonrisa hecha de claudicación y un saliente de nostalgia.

—Así que tú eres el «polizón»... Vaya careto, tío. Estás bien jodido, ¿eh?... Ven, anda, te enseño dónde debes ir a vomitar y dónde están las cervezas. Es lo más importante ahora. ¿Subiste antes en algo así? —La pregunta es de quien sabe que no.

—Ni en una zódiac.

Al incorporarme, el barco recibe un golpe bronco de mar y se desestabiliza con dos movimientos casi definitivos, casi últimos. Y yo, patoso, con él.

—Tienes suerte. El primer váter está detrás de esa puerta, junto a tu carro. También la ducha, aunque no creo que vayas a tener ganas de agua... Seguimos. Abre esa otra puerta... Son las escaleras que dan al comedor, a la cocina, al frigorífico, a la despensa, a los carros de los marineros, a la lavadora; y del otro lado está el parque de pesca, la bodega donde se estiba la carga y la sala de máquinas, que es mi «oficina». Vamos, baja. Hazlo de espaldas, agarrándote al pasamanos. Es más fácil mantener así el equilibrio. Acostúmbrate, porque si caes rodando nos la lías, chaval.

El comedor, a un costado de la caja de la escalera, suma el espacio de tres camarotes. Dos mesas con bancos corridos para seis comensales cada una (tres frente a tres), un reloj de agujas y un almanaque con la imagen de una mujer rubia, desnuda y con las piernas abiertas sobre un fardo de paja. Xouba, el cocinero, aparece. Celso Mosquera Ramos. Cuarenta y siete años. En Castletownbere tiene fama de ser el mejor guisandero de la flota de Gran Sol. Eso dijeron los dos gallegos del MacCarthy's cuando desplegaron los méritos de esta marinería. Xouba es flaco. Tiene un flequillo de muchacho zangolotino. Voz cadenciosa y cantarina. Al hablar echa la mirada al suelo y solo levanta los ojos para esperar la respuesta del otro. Tímido, que no serio. Y con el gesto suave de los seres dotados de bondad. Invita a pasar a la cocina mientras Anxo se sienta en uno de los bancos con la cerveza y otro cigarro de espera. Xouba opera en un espacio pequeño e infernal.

—Aquí estoy siempre. A las seis de la mañana preparo el primer café, que nunca falta, y a las siete empiezo con la comida. Pescados, guisos de carne... Platos fuertes. Hay mucho desgaste y la gente debe comer bien. Si en un barco la comida no es buena tienes un problema, amigo... Dicen que eres de Madrid. Estuve dos veces con la familia. Buena ciudad Madrid. Fuimos a la Warner, por los críos... Vale, a ver: a las doce llega el primer turno, ya te habrán dicho que aquí nunca se descansa. Cada tres horas se recoge un aparejo y se lanza otro, así todo el día y todos los días. El primer turno de cena es a las seis y media, el de los marineros. A las ocho el patrón de costa, Anxo y Graxa. El patrón de pesca, Lolo, come y cena solo en el puente de mando. Es su costumbre. Y yo, cuando puedo, con unos, con otros o también solo. Los domingos hay cocido gallego. Es la tradición en Gran Sol. A los marineros musulmanes les preparo otra comida, ya sabrás que ellos lo del cerdo... Ahora comen y beben una vez al día porque están con el ramadán. Les quedan dos o tres noches, creo... Hay que respetar todo... Ahí, a la vuelta, está la cámara, el frigo. Coge lo que necesites. El agua debes aprovecharla bien. Y la fruta la trae cada uno y se guarda en el frío. Si tienes fruta bájala, con la humedad se deshace en dos días... Si necesitas algo, me dices.

—De momento no tengo hambre, pero bajaré en un rato una bolsa de plátanos y unas manzanas que compré en el pueblo. No creo que cene hoy, pero muchas gracias.

Anxo reduce la lata de cerveza con una mano grande y capaz. El ruido del aluminio es un aviso para continuar la visita guiada.

—Venga, Xouba, que al chaval se le va a hacer de noche y aún tiene que echar dos o tres papillas —dice demostrando una pequeña confianza desde la burla.

—¿De noche aquí? ¡Si hasta las once no se va el sol! Tiempo tendrá de conocer el palacio —Xouba guiña un ojo y vuelve a supervisar las ollas para la cena.

—Y esto es el parque de pesca —explica Anxo—, donde se vuelca todo lo que sale del copo, se descarta lo malo, se eviscera lo bueno, se encaja el pescado por especie y tamaño, se cubre de hielo y se lleva a esa bodega. Es el rincón más complicado cuando el mar pega fuerte. Ya verás... Por este portón llegamos a mi «oficina». Usted primero. Aquí el taller donde arreglamos piezas y hacemos chapuzas... Y ahora cruzamos por esa otra puerta. ¡Bienvenido a las tripas de la bestia!

Con unos cascos de almohadilla gruesa para aislarse del estrépito, Lois Calvo Mariño, «Graxa», cuarenta y ocho años, controla tuberías y comprueba las agujas de varios aparatos de medición. El ruido es irracional. Es el peor punto posible para todo. Anxo me llama con dos toques bruscos en el hombro y habla tan a gritos que la vena gorda del cuello se hincha monstruosamente.

—Acojona, ¿eh? Mil cuatrocientos caballos de potencia que nunca se detienen... En esta mierda echamos la vida, chaval. Menos mal que me jubilo en seis meses, si nada nos jode antes.

—¿Cuánto tiempo estáis aquí dentro?

—Hacemos turnos de seis horas. Seis horas y descanso; seis horas y descanso. Un día, otro día, otro más. Llevo treinta y seis años de mareas. Es para salir loco, carallo. Lo malo es que te acostumbras. Te pones los protectores en las orejas y...

Anxo hace un gesto con la mano, como si la echara a volar. El olor a combustible, el calor, el ruido percutiendo tan salvaje. Estamos sobre un tanque de tres mil litros de gasoil. Tres mil litros de gasoil dan para veinte o veinticinco días de faena constante. Anxo prende otro cigarro. La ceniza cae sobre un suelo que esconde el carburante necesario para inaugurar en cualquier momento una franquicia del infierno. La sala de máquinas es un laberinto atroz de conductos, alarmas, indicadores de presión, de temperatura, tubos metálicos. Y rastros de aceite que rebrillan por todas partes cuando Anxo chasquea el mechero. En este océano, un barco sin motor es jugar a la ruleta rusa con el cargador lleno.

VI

Hace horas que vomito sin tregua. Cierro los ojos para concentrarme mejor en no sé qué. El *Carrumeiro* se mueve con un bamboleo incesante y la vida protesta en el estómago. Lolo me observa a rachas, con cierta compasión, quizá también con prevista ironía. Ni tumbado en el catre, ni de pie en el puente de gobierno: ningún lugar es más comfortable que el baño que hay junto al primer pasillo de camarotes, donde un charco de agua se desplaza de un lado a otro, como un océano en miniatura que agoniza. Un péndulo líquido para la hipnosis de incautos. Más allá de los ojos todo es inestabilidad y un frío que barre por dentro, una náusea abriendo paso a otra que incuba la siguiente, sin tregua. Conviene beber agua para no caer aún más. En el espejo que hay sobre el lavabo metálico repaso mi rostro, las concentraciones de sudor que se acumulan en la frente y un poco en las sienes. Gotas que aún no pesan para desprenderse y se enfrían como escarcha. Es un reconocimiento patético. El del espejo soy yo y no sé cómo dejar de serlo. Tampoco ayuda el azogue comido, que me hurta pequeños fragmentos de cara y desprende una imagen luctuosa, envejecida, fantasmagórica. Un rostro precario, pálido o levemente verdoso. La sensación de tiempo quieto, concentrado en minutos inmensos, dificulta cualquier iniciativa. Otra descarga de náuseas me obliga a inclinarme. El gesto de vomitar, ese espasmo violento, atiza aún más si el cuerpo está vacío. Enjuagarse la boca es un falso alivio contra el sedante del mareo. Suplico por un mar quieto. Por salir del barco, tan voraz y ensañado. El chillido seco de las gaviotas que acompañan la travesía del *Carrumeiro* incrementa el desconsuelo de tanta derrota anticipada.

VII

Lolo está en el puente de mando, estático, casi ausente como un ser deshabitado, mirando tras el cristal un mar a cada rato más crespado y roto. Da la orden de recoger las artes apretando un botón rojo. Suenan en la nave tres timbrazos como tres graznidos pelados. Un campaneo nervioso y eléctrico que va desde la verga del radar hasta el timón. Así cada tres horas. Día y noche. Por una de las escotillas de popa sale la marinería somnolienta. Son las diez y media de la noche y estamos a dos horas de entrar en el perímetro abrumador de Gran Sol. Cinco hombres con trajes de agua amarillos y uno en color rojo. El frío y la humedad se agolpan en sus cuerpos reblandeciendo los huesos. La cubierta acumula un hedor a pescado. La oscuridad aún no cubre el horizonte. El sol de junio desaparece a las once y diecisiete en el paralelo 50 del Atlántico Norte y despuntan algunas estrellas nerviosas y delgadas como las de Miró. Lolo maneja mandos y pulsadores con una concentración monótona. El barco se hace más estruendoso. El bullicio metálico de las maquinillas que recogen las redes (ciento veinte metros de longitud en semicírculo) reduce el barco a una bulla de fragmentos metálicos, de cascabeles de plomo. Los carreteles recuperan el cable de arrastre, la falsa boza, la malleta, el calón, los bolos, el parfallón y, al fin, el copo. Una mercancía aleteante agoniza dentro antes de volcar miles de bichos en el pantano de la bodega. Cuando asoma el género por la rambla de popa, Lolo se abalanza hacia el cristal de visibilidad dispuesto a saltar si fuese necesario. Escanea con ojos vulpinos la captura y procesa lo que viene. La existencia de estos hombres se cifra en lo que el mar deja en la red, en las capturas por las que empeñan la vida en un océano que inquieta y desengaña. El espectáculo es grandioso.

—Una mierda —dice—. Lo que ha salido es una mierda. Empezamos mal.

—¿Pero esto ya es Gran Sol? —pregunto.

—Aquí tendría que haber más peces, cago en diola. El mar es canalla. Se descojona en tu cara... ¿Ya no vomitas? —No levanta la vista de los mandos en el lance del otro aparejo.

—Estoy más entero, pero es mucho peor de lo que me contaron. He pasado la tarde entre el catre y el baño —digo buscando su atención.

—Serán tres días jodidos. Si quieres que te echemos al agua, avisa —y se concentra en la pantalla de uno de los ordenadores con media sonrisa que podría ser un augurio de complicidad.

—Me gustaría hacer algo, ayudar en la cocina o en el parque de pesca. Lo que sea.

—Mira, esto no es un trabajo para probar. Lo que faltan son marineros, y tú no lo eres. Me dijeron que venías a conocer Gran Sol. Pues ya casi estás. Es muy parecido a lo que tienes delante. Tú sabrás por qué te has embarcado, pero este no es trabajo para ti —me mira de costado y sigue rechazando—. No lo tomes a mal, pero ya tengo demasiadas complicaciones con los que somos como para estar pendiente de otra más. Aquí cada uno tiene su sitio y el tuyo es mirar, quedarte con la copla y cuando sea necesario hacerte invisible. Si quieres escribir hazlo, pregunta lo que sea cuando proceda, aunque a nosotros nos gusta poco dar explicaciones. Aquí cada hombre tiene sus cosas. Y los problemas de cada uno son de cada uno. Ya te irás enterando... Qué ocupación puedo darte... A los marineros tampoco nos cae bien que otro haga lo nuestro... ¿Has comido algo?

—Aún no.

—En un barco no se puede estar sin comer, así que mañana intenta tragar lo que sea. Y bebe agua... A partir de ahora cada tres horas lanzaremos y recogeremos. Sin parar hasta que volvamos a puerto. Eso si no se jode el motor, que está dando problemas desde que salimos de Vigo. Siempre igual, cago en diola. Les importa un carallo lo que cojones pase, solo quieren carga, mucha carga, que llevemos pescadito, como sea. Te jodes si tienes problemas.

—¿A quiénes? —digo probando suerte.

—A los armadores, carallo. Cada dos o tres días llaman a ver qué hay. Solo quieren la carga. Si le cuentas un problema, que te den por culo. Que lo soluciones y llenes la bodega. Ah, amigo: pero cuando ellos no consiguen colocar bien el género en la lonja tienes que callar. Para eso siempre hay excusas: que si eran demasiados subastando, que si se importa cada vez más de fuera, que si la gente ya no quiere sapo... Y nosotros, como gilipollas, picados por sacar más...

—¿Qué es el sapo?

—Joder, no sabes nada... El sapo es el rape, como decís en Madrid... Qué mal color tienes, carallo. Estás puteado, ¿eh?... Come algo, anda. Baja y dile a Xouba que te haga un bocadillo de lo que sea...

Lolo lleva su cabreo hasta el ensueño o hasta el silencio. Depende. Un hombre que pasa tanto tiempo solo suele explotar de una sola arrancada, imagino que para ahorrar fuerzas. De otro modo, vivir en Gran Sol resulta insoportable.

El segundo aparejo ya ha caído. Al sumergirse deja un paisaje de aguas desmenuzadas, abriendo una herida en la piel del mar. La presunta calma vuelve al *Carrumeiro*. Anxo repasa con la linterna una de las pastecas del pescante en la rambla de popa. La noche ha caído por fin. Son algo más de las once. Un vacío de sonidos densos lo ocupa todo. Los marineros regresaron al fondo del barco por la misma escotilla de salida. El mar se confunde con la oscuridad y la vacante que deja parece una larga perspectiva de algo. El mar huele a sí mismo, sabe a sí mismo, suena a sí mismo. Estar en el mar es estar siempre en el centro del mar. La mente en suspenso también olea y tiene sus desniveles. Los ruidos no se apagan dentro del barco, aunque la falta de luz los suaviza. El murmullo constante es un veneno para el ánimo, como si en cualquier momento la nave y la penumbra fuesen a caer fulminados en un mismo abrazo.

Bieito releva a Lolo al timón del *Carrumeiro*. Cada ocho horas recibe las instrucciones precisas para que nada cambie si no es por algo impredecible. Lolo marca el rumbo y los tiempos. Cualquier alteración de lo que dispone debe ser consultada con él. Sus órdenes se cumplen sin objeción. Un barco no es una democracia. ¿Cómo se ve el mundo desde el borde de la nada o del Atlántico Norte, sin paisaje, sin opción a escapar? Pues así.

—Estamos en Gran Sol, rapaz —Lolo anuncia las coordenadas mientras desciende por la escalerilla del puente. Lo dice con inesperada satisfacción, pronunciando con detalle cada palabra. Haciendo la frase carnosa—. Ya puedes decir que has estado aquí. Ya no te mueres sin conocerlo. Incluso puedes palmar en Gran Sol si te lo propones —y ríe.

Al cerrarse, la puerta suma otro estruendo a la zumba maquinal de la noche.

VIII

Bieito se concentra en el ordenador y comprueba coordenadas. Pasea en la mano derecha una lata de cerveza. Es un tipo de envergadura aparatosa. De hombro a hombro puede alojar tres botellas de oxígeno. Camina con los brazos algo arqueados para no rozarlos con el tronco, un poco echado hacia delante, lo que apuntala aún más su corpachón. El pelo rapado al dos le concede un aspecto fiero, de forzudo emblemático. Lleva pantalón de chándal, unas zapatillas de suela gruesa y mullida, camiseta blanca sin mangas de talla extra. Con unas gafitas de vista cansada que apoya a mitad de la nariz ojea el papel donde se anotan las capturas. Podría parecer un administrador de fincas si no fuese porque es un marinero hecho en los peores temporales. Hace dos o tres apuntes propios, guarda después las gafitas en el estuche, lo deja a un lado de la mesa de derrota, junto a un lápiz, en paralelo, y ese gesto delata su propensión metódica. De la garganta le sale una voz ronca. Muy ronca. Y lenta. En el esternón apoya un cristo de oro colgado de una cadena gruesa.

—¿Qué tal lo llevas? —consulta con ademán de cortesía.

—No es fácil, de momento. Soporto mal el mareo.

—Ya pasará, solo son dos o tres días. Tendrías que beber más agua. Aquí marearse es normal. Algunos marineros también lo pasan mal al embarcar, pero luego se va. Verás que mañana estás mejor. ¿De dónde dijiste que eres?

—De Madrid... Ayer también me comentó Lolo que hoy sería menos y...

—La insistencia en preguntar por mi origen me intriga.

—El mareo de mar desaparece cuando el cuerpo se hace a esto... ¿Trabajas?

—Soy periodista... En un periódico.

—En un periódico, ¿eh? Yo no leo mucho. Aquí no hay quioscos —me observa para comprobar que valoro la ocurrencia, y hago ver que la valoro—. ¿Y a qué has venido? Porque las noticias de Gran Sol no creo que importen mucho en Madrid.

—Os extraña que esté aquí, ya veo... Quiero saber cómo es esto. Y eso solo es posible...

—¿Estás casado?

—Sí. Mi mujer...

—¿Tienes hijos?

—No.

—¿Por qué no tienes hijos?

—No sé. Falta de interés, supongo. Pereza o miedo, quizá. No pienso demasiado en eso.

—Aquí se pasa peor cuando tienes familia. Un marinero está demasiado tiempo fuera de casa. La familia es importante. Yo tengo dos hijas, una de diecisiete y otra de once. De madres distintas. La pequeña sufre cada vez que embarco. Y yo también, por ella. No le digo cuándo marchó para evitarle la tristeza de despedirnos... La familia es lo que más extrañas.

—¿Y aun así te gusta?

—Qué me ha de gustar... A ningún marinero de Gran Sol le gusta esto si tiene la mente clara. Pasamos trescientos días embarcados. Cincuenta o sesenta de trabajo seguidos y ocho o nueve en casa descansando. Después otros dos meses a la mar. Así, un año, y otro, y otro. Esto no es vida, carallo. ¿Me gusta de qué? Gran Sol siempre es igual... Pero si no es aquí, adónde voy yo. No sé otro oficio. La gente cree que el mar es la playa... Mira qué agua negra, y esas olas que nunca paran, que se echan encima a rociones. Hay días en que flotar parece un milagro. Cuando te engancha un temporal de fuerza nueve o diez y tienes que capear con el barco sufres, carallo... En fin, y tú qué. Buen aspecto no tienes.

Bajo de nuevo al baño con precipitación, tambaleante. La torpeza fragiliza aún más. Cada paso es una opción de caída. Cada pisada, inestable. Mantenerse en pie es tan importante como respirar. El espejo mínimo del baño confirma a Bieito: estoy verde. El ruido del mar se cuela con ímpetu por una de las escotillas de popa que ha quedado abierta. El rumor es de multitudes. Un sonido que contrasta con la soledad de afuera, donde el abismo es indudable. La noche en el Atlántico Norte tiene algo de concavidad, y nosotros somos sus rehenes. Miro el charco del suelo, su vaivén preciso acariciando la goma antideslizante. Esa danza me ayuda a cumplir la misión. Sigo el movimiento sostenido del agua mientras me encorvo sobre la boca del inodoro apoyando las manos en las rodillas flexionadas, con las piernas muy abiertas para mantener la estabilidad. Solo hay que dejar caer los ojos al fondo del váter, respirar hondo, sentir la salivación abundante y esperar a la señal irrevocable. El vómito brusco asusta porque en él se implica, estremecido, todo el cuerpo. El tiempo entre una náusea y otra ofrece

una falsa tregua, un reposo mínimo. Lo justo para pensar en cómo soportaré este viaje. Para qué hacerlo. Y en qué momento decidí que algunas obsesiones infantiles merecen ser saciadas. Por ejemplo, enrolarte en un arrastrero. Después de los últimos espasmos me salpico la cara con agua en el lavabo. Con la humedad en la piel veo de nuevo mi gesto desencajado en el espejo turbio. Todo es escaso en mí: la fuerza, el color, la barba trasquilada, la respiración, las ganas de seguir.

Sin despedirme de Bieito, al que dejé en el puente de mando para bajar acelerado al baño, sigo el pasillo tanteando con los brazos las paredes hasta el camarote. ENFERMERÍA. Creo que me alojaron aquí conscientes de que es el lugar que mejor se adapta a mis necesidades. Cierro la puerta. Un olor denso impacta al entrar. Una mezcla de yodo, humedad, pescado crudo, aceites de cocina y ráfagas de gasoil. El abatimiento es extremo. Sobre la mesilla dejé tres cajas de biodramina, una de primperán, dos libros (Jack London y una guía de Irlanda), un paquete de tabaco de liar y una botella de agua mineral de litro y medio que me dio Xouba. Todo sigue ahí, algo zarandeado, como un bodegón catastrófico. Me quito las botas con esfuerzo. Extiendo el saco sobre el catre menestral. Solo me desprendo del impermeable y lo hago por mantener una cuota básica de normalidad, casi de dignidad. Un ser humano encamado con el abrigo puesto es una criatura vencida, indefensa, difunta. El mar golpea los costados del *Carrumeiro* con una insistencia matemática y lacónica. El motor tampoco disimula su pregón. Los cables de sostén de las puntas de la red tienen a la vez su propia verbenas.

Tumbado en el catre, mecido por las consecuencias de un viento que aquí siempre trama algo, pienso lo de tener hijos. Para la pregunta de Bieito no logro armar una respuesta elaborada, tampoco para mí. Ni siquiera una que vaya más allá de la desgana de pensarlo. Si alguna vez sentí curiosidad, no dejó demasiado rastro. Existe un ímpetu español para abordar en cualquier momento conversaciones sobre la descendencia, a bocajarro. Por preguntar a los otros sobre el tema, por prender una cierta violencia de sobremesa. Existen patrullas interrogadoras que no aceptan la posibilidad de renunciar a ser padre. Una pareja heterosexual, aún joven, con cierta holgura económica, sin atropellos de salud, independiente y presuntamente afianzada suele ser sospechosa si no produce herederos. Hay una presión instintiva, incluso por parte de quienes renegaron alguna vez de la paternidad, de la maternidad o de cualquier modelo de tribu. A ciertas edades uno debe justificar ante ese tribunal el porqué de su anomalía social. Y desarrollar, además, una tesis convincente, persuasiva, inapelable, extendiendo si es preciso razones más

poderosas de las que se exige a cualquier tarado que llegó a ser padre por descuido o inconsciencia. Un hombre y una mujer sin hijos tienen, hasta cierta edad, algo de descampado humano para los hinchas de la natalidad. Les parece abominable el propósito de estar juntos sin más, pues confunden la soledad con dormir solos. Alguna vez lo hemos hablado y puede que no hayamos sido enteramente sinceros entre nosotros. Quizá algún día nos preguntemos, cada uno por su lado, qué sucedió. Si no tengo hijos mi familia acabará en mí y en mi hermana, que no es madre. Tantas generaciones previas encontrarán en nosotros su extinción. También por parte de Laura, que es hija única. La certeza de un fin de raza lleva adosada una cierta agonía que ensancha la idea de que más allá de la muerte, nada. Pero es que después de la muerte, qué importa. Uno perpetúa en los hijos una memoria propia. Un deseo de legado. Los padres y los hijos se temen entre sí porque antes o después uno de los dos desaparece primero. ¿Pero quién se anticipará? Esa es la carga, aunque el porvenir no pertenece a nadie ni a nada. Tampoco el peso del lamento o la alegría. Ni el catálogo de tanta sangre junta que se concreta en ti. Permanecer, ya se sabe, es una concesión de los otros, de los que vienen después, de los que aceptan tu huella en sus zapatos, y unas veces las cuidan y otras las borran como deshace el mar un surco en la orilla. La idea del hijo tiene mucho de naturaleza sustitutiva de uno mismo. Puede que la soledad retumbe más sin ellos, la hija o el hijo imponen un pavor multiplicado, pero dicen que aseguran una fuerza desarmada. De ahí su peligro. Debe ser alucinante sentir una fragilidad tan contagiosa, pues los entusiasmos extremos provocan bajadas de defensas arriesgadísimas. Cualquier emoción fuerte tiene mucho de insoportable. Los budistas atemperan sus pasiones para evitar la quiebra de los equilibrios. Aprenden a vivir con menos para no tener que morir tanto. Pero no soy budista.

Estoy algo entumecido sobre el catre frío, al compás de estas ideas desmadejadas que van, como la nave, deambulando por el agua profanándola. Algunos marineros perdieron a los suyos en el mismo mar que ellos navegan. Contra eso no hay bálsamo. Qué piensan cuando se quedan solos, al vaivén del océano. Y lo miran. Y lo odian. Y lo surcan como esclavos de un daño al que acostumbrarse, aunque insuperable; cuando las redes suban del mismo fondo donde quedó el cadáver del hijo. Qué sucede por dentro de un hombre que navega durante meses por esa tumba de la extensión de su sangre. Qué espera ver. Qué espera olvidar. Qué venganza insaciable acumula. Cómo sonrío quien contempla el mar con más desprecio que a su propia muerte.

La tripulación duerme mientras Bieito vela. Lo imagino en este momento sentado a la mesa de derrota, en el centro de una soledad sin atributos, amenazante para la mayoría de seres que conozco. En cualquier momento sonará el grajo metálico y los marineros saldrán a la cubierta para la virada. Son casi las tres de la madrugada y el barco trompea contra la noche, en el hueco que queda entre el cielo y el mar.

IX

Los tres timbrazos. Los tres graznidos. La alarma seca y tensa como un zarpazo en lo oscuro. Los portillos que atruenan al cerrarse, el rugir de la maquinilla, el quejido crepitante de los cables de acero de tres pulgadas que arrastran el aparejo. Comienza la cuenta atrás para recoger la red y esperar el milagro del copo con sus entrañas nerviosas y plateadas, refulgentes por el impacto de la luz de los focos de cubierta, que atavían de color lo invisible. En el catre escucho el ajetreo veloz y destemplado de la marinería, en mezcla con un viento recio, curvo, y una lluvia despiadada. Cada vez tengo más frío, más dudas. Hasta el camarote llegan las voces de los marineros en medio del estruendo. Hablan todos a una, ríen como apretados en una sola garganta, gritan a un mismo tiempo lanzándose órdenes. Este es un momento de peligro. Un golpe de mar puede tragarse a cualquiera en el tiempo de un parpadeo, y si un cable se destensa podría segar un cuerpo con la pericia del cuchillo que entra en la mantequilla. Recreo la escena, los movimientos monótonos de los hombres de cubierta, sus posiciones para ultimar la recogida. Es un equipo con reglas, con un claro reparto de papeles, con gestualidad precisa para cada momento. Cuando ataca el temporal, los marineros se intuyen más de lo que se oyen. También veo sin ver la humedad de sus trajes de aguas, el tedio en las expresiones de hacer siempre lo mismo, cada tres horas durante años, para capturar un pescado en el que les va la supervivencia. Pescado que cumple con el rito de paso de la especulación. Pescado para comer también sin apetito. Pescado para tirar. La secuencia de corrupción que desfigura los precios desde la captura hasta el fin de la cadena de consumo empieza en este momento, a las tres y media de la madrugada, en el caladero de Gran Sol, sin garantías de nada. Once marineros dentro de un barco arrastrero con bandera española son la expresión pura del azar ingrátido del mercado laboral. Para un hombre enmarado los ataques de frustración son devastadores. Una descarga de amargura puede hacer que la cabeza carbure con la tristeza por delante y considere más cruda aún su credencial de mano de obra invisible, maltratada, precaria.

Desde el camarote escucho la vida de los otros en la infame negrura de afuera. Hace dos días que me aparté del móvil. Está en el macuto, quizá apagado. No siento alivio y me deslizo lentamente en esta otra realidad que impone deshacerse de lo que hay al final del mar, de tu vida de allá, del otro lado del agua. Suceden demasiadas amenazas en cualquiera, capaces de echarlo todo a perder. El milagro es que las cosas finalmente salen, una y otra vez. Y, sin embargo, jamás hay garantía de nada.

En el barco se atiende poco a lo que ocurre en tierra. Ayer Lolo sintonizó unos minutos Radio Exterior de España en la frecuencia de Oriente Medio, Índico y Gran Sol. La señal es potente y el sonido nítido. Entre semana emite de cinco de la tarde a una de la madrugada. Los fines de semana, de cuatro a doce de la noche. Siempre en onda corta: 12 030 kHz. El campo de antenas emisor está en Noblejas (Toledo), a unos miles de kilómetros de distancia del *Carrumeiro*, sorteando el Atlántico Norte. En algunos programas mujeres, hombres y niños dejan mensajes para las tripulaciones. Se informa de los asuntos de España. Se da el parte meteorológico de cada día, y de los que vendrán, con una precisión admirable, aunque apenas se escucha aquí la radio. Esta gente echa de menos una tierra de la que prefiere saber cuando regresen. Su realidad no es un país, sino una familia: afectos, complicidades, una casa, el espíritu de clan. Después de tantas mareas acumulan un concepto fuerte de lo propio, un arraigo emocional que los meses de faena no devalúan.

Echando la cuenta, he dormido algo más de dos horas. Sigo en el catre. Son las cuatro y diez de la madrugada de mi tercer día a bordo. Ya reconozco cada uno de los sonidos, casi puedo anticiparme a lo que van a hacer en la exacta coreografía de recoger y lanzar el aparejo. Otro momento delicado es la zambullida de las puertas. Dos estructuras de hierro colado de mil quinientos kilos cada una. Van en los extremos de la red y hacen que esta baje hasta las doscientas brazas, la zona mesopelágica del océano, donde habitan rapes y merluzas, pulpos cabezones y calamares gigantes, también el pez serpiente, el gallo, el lenguado, el camarón rojo, el pez luna... Siempre hay artes calando el fondo. Una sustituye a otra, sucesivamente. Lanzar y virar. Siempre hay un hombre en el puente de gobierno y otro más al fondo de la vida: en la sala de máquinas, donde escasean la luz y la alegría, liberado de los lazos que lo atan al mundo.

Mi enumeración de ansiedades se reduce a lo elemental: adaptarme a este escenario calamitoso.

Conviene apaciguar algunas manías y temores, suspicacias absurdas, egoísmos, vanidades domésticas, envidias y otros placeres mediocres que aquí

no importan a nadie y además estorban. La banalidad de cierto confort, los caprichos confusos. Podría morir ahora de golpe y mi muerte, como mucho, sería un inconveniente en el barco. Nunca un daño. Nada es más anónimo que acabar hundido en el mar, donde otros tantos miles de seres sin huella, sin lápida, sin lugar donde honrarlos, con los huesos al vaivén de las corrientes. Los muertos de Gran Sol nunca están quietos. Pueden flotar unos días, incluso semanas, pero en algún momento el cadáver se abisma y el esqueleto sumergido se dispersa lentamente desconcretando a un hombre, a una mujer, reduciendo la existencia a despojo disgregado. Las redes, a veces, suben a la superficie fragmentos humanos, carnes tumefactas, miembros amputados, restos óseos, calaveras. Los marineros devuelven veloces el regalo al mar, por superstición y porque solo a él pertenece. Por historias así, salir intacto de cada marea, un año tras otro, es una exaltada afirmación de la vida. Y de las más rotundas. Aunque se regresa indemne solo por fuera, pues cada marinero aloja una variante propia de zarpazos, de averías, de certezas que impresionan si en algún momento las dejan ver o se despliegan solas. Son daños de código íntimo que asoman en su manera de mirar, de moverse, de estar quietos, de casi no dormir. Y en la forma de permanecer ausentes, conviviendo con el mar durante meses. O con las córneas clavadas en el techo de las literas, que algunos ratos viene a ser lo mismo que mirar el agua por no poder mirar nada más. Pues el océano se instala en los ojos, en la cabeza, en los pulmones, en las manos grandes y gastadas, en la conversación lenta, en la sonrisa escasa. En los sacos de dormir.

X

El día previo a la llegada del *Carrumeiro* fui hasta la parte nueva del puerto, donde preside la escena una factoría de ultracongelados, a buscar la lápida. En el MacCarthy's me indicaron cómo encontrarla siguiendo el camino que limita con las vallas de la obra de ampliación de la escollera. Era un domingo desolado en Castletownbere, de calles vaciadas.

A la lápida, que son dos, le dicen «el monumento». No parece un lugar de peregrinación. Estos trastos, una vez instalados, quedan ahí para nadie. En las planchas de mármol negro están grabados los nombres de medio centenar de marineros que han fallecido en esta latitud. Víctimas de Gran Sol. Es una manera de honrar a los que solo habitan ya en la memoria de unos pocos. Tener presente a los difuntos no puede ser malo.

A los dos o tres años de conocernos, Cachi, periodista con el que he forjado una amistad inesperada (con los años estos acontecimientos son cada vez más insólitos), me habló con detalle de su hermano Agustín. Estábamos en el restaurante Lúa, en Madrid, y la conversación se detuvo en algunos recuerdos de infancia. En las ausencias del padre marinero, en la madre en estado de espera, en los hermanos. Una familia justa de recursos, pero sin escasez. Todo se empañó el día en que Agustín dijo que cambiaba los estudios por el mar. El padre había dejado el oficio cuando los barcos aún eran de madera y faenaban a la pareja solo en verano. Agustín navegó en congeladores que pescaban calamar y pulpo en los bancos subsaharianos, después en un carguero alemán y en petroleros españoles de Campsa. Se casó en el hueco que le quedaba entre dos embarques y regresó al mar; tuvo hijos y regresó al mar; enterró a colegas y regresó al mar. Hasta el día en que un temporal de fuerza diez obligó al Condesa de Pombal, el barco de bandera británica donde iba enrolado, a regresar a puerto capeando. Era el primero de agosto de 1986 y su estreno en Gran Sol. Al timón estaba un conocido de su padre, al que este pidió el favor de que lo sumara a la tripulación.

En lo terrible de aquel temporal, el patrón escogió una de las dos posibles entradas a la bahía de Castletownbere, la más estrecha, la que exige mejor mar, la que limita con Bere Island y sus paredes de roca en punta. La más

rápida para hallar refugio, pero la más desprotegida y la más exigente. Agustín era jefe de máquinas. Su mejor amigo en aquella nave, el Chisclo, marinero. Los golpes de mar fueron escorando la nave hasta hacerla ingobernable y la estrellaron finalmente contra la escarpadura del islote. El golpe abrió una vía de agua en el casco y alguien gritó: «¡Agua!». Y alguien gritó: «¡A las balsas!». Y alguien gritó: «¡Falta el Chisclo!». Agustín sabía el secreto del Chisclo: sufría ataques de epilepsia si la tensión se disparaba a su alrededor. Al fondo destellaban temblorosas las luces de Castletownbere. Ya había oscurecido. La lluvia caía con rencor y el viento arremetía con desprecio. Era una de esas noches fieras, cuando el agua se aúpa como un gigante sádico y en la cresta de las olas asoman filas de dientes homicidas. El barco se desplazaba sin sosiego, con el púlpito de proa bajo el agua. Un barco descendiendo una ola de ocho o diez metros activa un presentimiento apocalíptico. Y el estruendo de la caída es una hecatombe. El Condesa de Pombal se balanceaba como un madero loco, en una agonía condenada e indomable. No había consuelo en el cielo ni en el agua. Aquellos hombres que veían temblar las luces del puerto a menos de dos millas, y en ellas la seguridad de una tierra perturbada pero firme, debieron de sentir el pánico de más agonía. Las lanchas no podían salir al rescate, la fuerza del temporal las habría volteado al soltar cabo; y para ellos el afán de alcanzar la costa con sus balsas era otra manera de zozobrar. El barco asumió un vaivén zombi en la deriva imantado contra la escarpadura de Bere Island, donde en los días de tormenta el agua rompe en mil espumas. La tripulación hacía equilibrios en cubierta mientras la nave se iba ya del todo. Había que abandonar el Condesa de Pombal. ¿Qué hacer cuando la muerte se pone de tu parte?

Desde el puesto de control del puerto, los consignatarios observaban con prismáticos lo irremediable. Algunos marineros saltaron a las balsas con esa desesperación de último estertor. Pero faltaba el Chisclo. Agustín, dicen, dio la vuelta para llegar hasta los camarotes del piso más bajo cuando los vapuleos del barco eran atroces. Debió de descender con el agua amenazando las rodillas. Alcanzó la sala de rancho y el parque de pesca con el mar metido hasta las clavículas. Seguro que no llegó a los catres. Es probable que braceando agotase las fuerzas, que los bultos de la carga suelta le impidiesen volver atrás. Es probable que supiese que iba a morir y que el Chisclo ya estuviese muerto, después de tanto todo para nada. En Marín dejaba mujer y cuatro hijos pequeños, por menos de dos millas. Dos millas de distancia a tierra. Las balsas resistían malamente los latigazos del temporal. Algún marinero se lanzó al agua con chaleco salvavidas y la hipotermia lo detuvo. El

Condesa de Pombal zozobró pocos minutos después de que saltara el último hombre. Sobrevivieron cuatro de nueve. Cómo será ese silencio sumergido de no tener ya nada alrededor, ese silencio admirable, puro, de la memoria misma de lo hundido.

En la lápida de «el monumento», el decimocuarto de la segunda columna de nombres si cuentas desde arriba es Agustín Villanueva de Castro (1948-1986). Treinta y siete años. Cachi no ha visto la piedra que pusieron una década después del naufragio. No conoce Castletownbere, donde el cuerpo de su hermano estuvo dieciocho días custodiado en una morgue, abundando aún más la soledad de los nautas. El cadáver lo reconoció uno de los supervivientes. Lo encontraron a unos metros del Chisclo cuatro días después del naufragio, al refloatar el arrastrero varado a escasa profundidad, en un saliente submarino de Bere Island. Esa mañana hubo un magnífico sol en el sur de Irlanda, un festival de soles, mientras la llovizna oscurecía el puerto de Marín.

XI

No hay rastro del mareo. Desapareció al tercer día. La impresión de estar fuera del tiempo se esfuma cuando el cuerpo vuelve a su función de cuerpo. Entonces aparecen matices y sensaciones que la voladura de la cabeza no permitía apreciar. Descubro plenamente a lo que huele el barco. A lo que huele este mar que no ofrece consuelo. El camarote acumula una insoportable densidad de aromas mezclados. Agresivos. Palpables casi. Mohosos. Se impregnan en la ropa, en la barba, en el pelo y en las manos como una invasión, como una cacería, como otra piel. Los olores se revelan aquí con una teatralidad desagradable, aumentada por esta humedad gigante que todo lo hace más pesado. Moverte. Respirar. Sonreír. Dormí con la misma ropa del primer día, y del segundo, y también será la del quinto. El ruido metálico de los carretes convive con el zumbido renqueante del motor. Despertar es ir sorteando una avalancha de estímulos extravagantes antes de salir del catre. Después, todo lo demás.

Las olas, breves y continuas, salpican el cristal del portillo con una urgencia absurda, con una prisa de no sé qué. Cuando el barco se inclina a estribor veo gaviotas hacer recortes o asestar pequeños tajos al agua con la punta del ala si el vuelo es rasante. Hay algo hipnótico en esa danza aérea, aunque quizá la concentración en la acrobacia solo sea una manera pueril de retardar la inquietud de otro día largo, lento, entero. Desconcierta la necesidad de despertar cuanto antes por no estar aquí abajo solo, y el terror, luego, a verte despierto en el barco grande, cadencioso, desesperante.

Ahora pesa el estómago hueco. O no pesa nada, pero es la sensación más clara. Puedo caminar más de diez pasos sin temer la caída. Me calzo las botas con una estabilidad recobrada. Es la primera mañana que bajo a desayunar. Al abrir la escotilla que da a las escaleras sube una oleada durísima de aceite reconcentrado. Un golpe que lleva a una arcada y me clava en la caja de la escalera unos segundos, inmóvil, hasta que controlo la combinación de escalofrío y náusea. Xouba trajina en dos ollas grandes. Me mira de soslayo, con la benevolencia de quien te compadece. En la sala de rancho no hay nadie. Son algo más de las ocho y media de la mañana. Unos descansan en

sus catres, otros están en las horas de faena. En un rato sonarán los tres timbrazos y el barco volverá a virar y a lanzar redes, que es la única misión, casi la única certeza en Gran Sol.

Xouba besó a su primer hijo cuando este tenía once meses. Le avisaron del nacimiento dos días después de embarcar en Vigo para hacer campaña en el caladero de Mauritania. Un padre ausente es una blasfemia que profiere la vida contra la vida. Xouba lleva en esto tantos años que ya no logra acostumbrarse. Cada vez le cuesta más, dice, volver al barco después de la semana de descanso. En los ojos almacena una pureza que descuaderna. Cuesta mantenerle la mirada porque prolonga en ella su blancura, su alma limpia. La marinería acumula unas turbulencias de carácter que enlagunan al intruso, pero este hombre establece una continuidad sencilla entre las palabras y los gestos, casi familiar desde el primer contacto. No tiene en el ánimo la celosía, el ensombrecimiento, tanta letra menuda, tantas cosas caídas por dentro.

—Debes empezar a comer —dice cumpliendo con el primer auxilio.

—Hoy. Hoy seguro. Aunque no sé si tengo hambre. Ni sé si tengo sueño. Solo sé que a la noche siempre tengo frío.

—Tú come algo. Aquí no puedes resistir con nueces, agua y pan. Que esto es duro, rapaz. Que esto no es un barquito de vela para divertirse. Yo no sé a lo que viniste, pero imagino que no querrás que de aquí te saquemos a enterrar...

—No hará falta. Estoy mucho mejor. ¿Cuántos años llevas en esto, Xouba?

—Tengo cuarenta y siete y empecé a los veintiuno, aún con acné. Echa cuentas. Veintiséis años, ¿eh? Más de media vida aquí. La primera vez que embarqué hacia Gran Sol me prometí que sería por dos o tres campañas, pero la vida ha empujado tanto que ya no sabría salir. Me casé muy pronto, tuve a los hijos demasiado joven y otro empleo es difícil.

—Dicen que eres el mejor cocinero de los barcos de Vigo, ¿por qué no abres algo en tierra?

—Qué va, yo en tierra no cocino. No sé cocinar en tierra firme, te lo juro. Donde tengo que estar es aquí, para qué dar vueltas. He hecho campañas en África, en Canadá, en Indonesia, en Malvinas... Al final te quedas en Gran Sol para ver más a la familia. Un par de meses y luego siete o diez días en casa. Echas en la mar unos trescientos días y tampoco sales millonario. Sacas la vida adelante y poco más. No se gana el dinero de hace veinte años. Por eso

escasean los marineros. Aunque falte el chollo en tierra, nadie quiere subir a un barco...

—¿Qué es el chollo?

—El trabajo. El chollo, ¿nunca lo oíste?... La juventud es más cómoda y si les dices de subir a un bicho de estos salen corriendo. Gran Sol no les va a hacer prosperar y lo saben. Casi todos los marineros son africanos y marroquíes. A ellos les compensa. Al resto, pues eso. Dejas de aprender pronto y cuando te das cuenta ya no tienes otra manera de llevar a casa dinero. Es una trampa.

—¿Te gusta el mar?

—No, hombre, cómo va a... Cuando bajo a tierra ni lo miro. Aquí padeces mucho. Por conseguir pesca. Por los temporales. Por el tiempo alejado de los tuyos, con ansiedad por cómo estarán, por qué sucede allá. Y ellos sufriendo por ti... Nunca sabes. A mí el mar, lo justo. Una vez estuve a punto de naufragar y nos salvó la suerte o lo que sea. Lo respeto y me respeta, pero nada más. Habrá a quien sí le guste, pero ese veneno de mar que tienen algunos yo no lo he sentido... Bueno, oye, a las doce y media bajará a almorzar el primer turno. Estoy haciendo un guiso de sapo y el postre será melocotón en almíbar con nata —Xouba no quiere caer en el vicio de pensar demasiado en lo que tiene y ataja la charla entre peroles y un rape enorme que dejó preparado anoche.

Vi cómo lo abría y lo destripaba mientras la víctima aún respondía con espasmos a las incisiones del cuchillo. No sentí nada ante su muerte lenta, ante la respuesta de sus nervios por el ataque del metal. Nada. Al dejar de moverse solo era un monstruo inerte sobre el acero inoxidable de la encimera. Materia para comer. Xouba cogió un puñado de vísceras y las examinó despacio, con una delicadeza que no tuvo durante la agonía del pescado. «Hay que asegurarse de que no tiene anisakis ni otras sorpresas. Las vísceras son el carnet de identidad de los peces. Las vísceras y las branquias». Habla para decírselo a sí mismo. Él lo sabe, pero entiendo que le gusta «cantarlo». Hay erudiciones arcaicas de las que uno goza sin desgaste...

—Come, que esto va a ser largo.

—Empiezo a tener hambre, sí... ¿Qué va a ser largo?

—El día. Anoche dio problemas el motor principal y ahora vamos con el auxiliar, así que no pinta bien. Están intentando hacerle una *chafallada* para que podamos tirar. También perdimos mucha pesca en un embarre y los marineros no pudieron dormir atando las redes rotas. Esto es así, duermes cuando se puede, qué le vas a hacer.

Al hablar, Xouba deja un rastro de confianza y el tono monódico arrastra una suave obstinación de ola. Nada de lo que dice es realmente alentador, pero consigue que una mala noticia (la del motor principal averiado es de las malas) suene a posibilidad de catástrofe y a esperanza al mismo tiempo. La cocina es una estafeta, un confesionario, un depósito de inquietudes y de alivios. También un noticiero lanzado a todos los rincones del barco. Es el celador de las intimidades y la lanzadera de las primicias buenas. Un periódico arterial hecho por un solo hombre. Uno de esos tipos a los que, al poco de conocerlos, les confiarías tus órganos. Vive indefinidamente en el temor, porque vivir así es posible, feroz y posible. Aunque ningún ser humano puede perdurar en el miedo. Xouba no contagia sus penas. Por gente como él, apresada en este océano, se puede odiar el mar con intensidad.

XII

Vamos de seguido hacia el noroeste, a lo que llaman los marineros La Volta. El mar está calmo, a la manera de aquí. Las horas caen lentas, con picos de silencio y soledad difíciles de manejar incluso para el tipo más práctico. En la cubierta de proa sucede quieta la mañana de este trasfondo de lucha humana. Los pescadores de altura responden a un linaje extraordinario. La noche de embarre y mal motor ha dejado a la marinería casi sin dormir. Cuando algo no va bien, Gran Sol es más condena. El vaivén del *Carrumeiro* es una parsimonia a la que el cuerpo se adapta aunque el viento sople aún peor. Los que no se sujetan son los pensamientos. «No conviene estar con la cabeza muy llena de cosas», advierte Lolo. Las emociones se estiran demasiado. Se agigantan y se apropian del espacio. En Gran Sol una preocupación minúscula puede ser insoportable. Una nostalgia, peor que el temporal. Un daño del ánimo mal curado mata. Es demasiado tiempo a solas frente a un paisaje que se hace y se deshace como una demolición incesante.

Salta de barco a barco la historia de un patrón que enloqueció en una de las campañas por el Índico, ocho o nueve meses faenando. Su mujer regentaba un bar en un pueblo de las Rías Baixas y él era un celoso descontrolado. Un maltratador. La marinería bromeaba sobre su obsesión y los comentarios rijosos se embalsaban en su cerebro como un combustible de odio descomunal. Pasaba semanas solo en el puente de mando, murmurando, blasfemando, disparatado, crujiéndose los dedos compulsivamente. A cualquier hora inusual llamaba desde la radio de avisos a su casa o al bar y si ella no respondía se liaba a puñetazos contra lo que fuera, bramaba contra el marinero que tenía más a mano, amenazaba con hundir el barco. Hacía insoportable cada hora, cada día, cada mes. Y los otros atizando con chascarrillos, masajeando su desquicie. Al llegar a puerto, tanto tiempo después, aquel hombreapestaba a crimen, a delirio, a cárcel. En el muelle no se despidió de nadie ni esperó a su quión. Caminó encelado hasta el bar de su mujer. Abrió la puerta con tal furia que algunos clientes se pusieron en pie en un acto reflejo de defensa. Se acercó a ella y con un cuchillo de un palmo le abrió una zanja en la garganta. Los parroquianos se quedaron clavados

mientras agonizaba. Él se dejó caer al lado y la sangre escapada a presión encharcó el suelo y le empapó medio cuerpo. Desde su teléfono móvil llamó al cuartel de la Guardia Civil, confesó el asesinato y esperó a que la patrulla llegara al local. El océano está sobrado de historias así. De tremendos naufragios íntimos.

Lolo aprieta el botón de los tres timbrazos, mueve palancas y observa detenidamente una de las pantallas del puente de mando. Parece un instrumento más de la navegación. No está conversador y para entenderlo hay que interpretarlo. Los humanos también nos vamos conociendo así, por lo que nos deducimos unos a otros con audacia o a capricho, sin necesidad de palabras elementales, como abriendo desvanes al azar. Salgo a la cubierta de popa y a los pocos minutos aparecen por la escotilla de estribor los hombres más encofrados, los seis africanos que recogen la pesca, lanzan las artes, sufren el agua y las inclemencias, y limpian pescado, y estiban las cajas, y duermen en catres minúsculos, y respiran con recelo. Si desaparecen, no siempre hay quien reclame el cadáver. Los seres más invisibles del mar. Parias calados hasta el alma, resignados a la obscenidad de este océano hecho de turba y desastres, con una larga historia de nubes cerradas, de cielos rencorosos. De estos marineros, de su destreza y de su fatiga depende el destino de la pesca una vez que vira toda la red. Con los trajes de agua bajarán en un rato al último espacio habitable del buque para seleccionar por tamaños y especies, descartar la pesca inservible, eviscerar los ejemplares válidos, anotar las capturas, encajar con hielo y almacenar. Un ejercicio monótono, alienante, de mucha intemperie y desgaste. Da igual si el frío corta, si el mar golpea o el viento les vuela la nariz al asomar la cabeza por la escotilla. Da igual si duermen o no. Da igual si se tumbaron alguna hora suelta con las botas de agua colgando por el extremo del catre. Y la ropa húmeda como una fiebre. Y el cuerpo desentrañado. Todo da igual cuando la vida se balancea tan violentamente. Sobrevivir aquí requiere algo más que fuerza: un cerebro bien sujeto a lo real, con los menos puntos de fuga posibles.

El baile monótono de los seis marineros es una enseñanza de algo. Quizá solo de oficio. Es difícil verlos quietos fuera de las horas de rancho. En los tiempos muertos prefieren quedarse en sus camarotes. Tampoco hay adónde ir. Cuando están en la cubierta de popa su coreografía es admirable. Tres maniobran en la rambla y otros tres se ocupan de que las artes salgan de los carreteles sin pliegues ni enredos. Lisas para abrirse bajo el agua como un abrazo. Si un marinero pierde la destreza en el instante del lance, el peligro de muerte es de casi darlo por muerto. Algunos probaron profesiones de tierra,

pero no duraron (su vocación o las profesiones, qué importa). La necesidad o la inadaptación los devolvió aquí de nuevo, como expulsa el mar el cebo a la orilla. Viven en una vigilia agotadora, en un lugar sin tierra. Aprietan las mandíbulas cuando el final de la red asoma y el copo deja al descubierto una nube de filigranas. Recogen el arte, lanzan la otra gran redada y desaparecen en busca del refugio de la bodega, donde nada mejora pero el mar no cañonea.

Seis vidas de las que nada sé. «No les gustan las preguntas», advirtió Lolo el primer día. «A mí tampoco me han contado mucho. Dos están en este barco por primera vez. Son muy trabajadores, pero cago en diola, no sueltan una palabra. Mamadou es el que lleva más tiempo con nosotros, unos seis años, y también conversa poco. Él se encarga de traer africanos cuando necesitamos más marineros o cuando alguno abandona. Él sabe quién vale para esto. Los de África son casi los únicos que aún quieren hacer Gran Sol. De Mamadou tampoco sé mucho, que tiene tres mujeres en Dakar, que allí también se dedicaba a la pesca y que, como los demás, es musulmán. Prefiero una tripulación de africanos o indonesios que de portugueses, rusos o lituanos. Esos cabrones son conflictivos y suelen armar unas broncas tremendas. Los marroquíes, en grupo, también son jodidos. Los negros no te cuentan su vida, pero tampoco les importa la tuya. Hacen su trabajo y ya. Esto no es una familia. Aquí estamos para pillar todo el pescado posible... Y nosotros no jodemos el mar. Mira qué pocos barcos de pesca si comparas con trasatlánticos, militares, cargueros, petroleros... A mí me jode mucho cuando en las redes sacamos porquería. Un microondas, bicicletas, televisores, zapatos... ¿Quién tira tanta mierda? Los marineros, no...».

La homilía de Lolo aviva mi interés. Los marineros africanos han construido la vida fuera de su país con determinación e intemperie, con esfuerzo, desarraigo y sigilo. Trabajan como una melé compacta en esta mezquita tumbada donde rezan cinco veces al día sobre unas esteras raídas, de rodillas, contra el maleficio de las olas altísimas, torres de agua de las que salen chorreando oscuridad y escamas por 1500 o 1800 euros al mes.

Hay que empatar de nuevo los paños de red tras el embarre de la noche. Ellos recuperan en la proa los aparejos a una velocidad insólita, con destreza artesanal. Las manos se mueven rápidas como arañas grandes, desangeladas. Ninguna tecnología supera la exactitud de unos dedos perspicaces. Su maña es parte de lo que llamamos civilización, pero en el paralelo 54 del Atlántico Norte, a 3,5 nudos de velocidad constante, a bordo del *Carrumeiro*, la palabra «civilización» está en desuso. De estos hombres recobrando redes depende

todo lo que importa ahora en el barco, lo que hace viable la ocupación de templar cada día un poco más la muerte, la desesperación, el asco.

Actúan con una indiferencia envidiable mientras cruzan cordeles de un roto a otro roto con navetas grandes, afinando las rendijas de las redes. ¿Y cómo me verán ellos? ¿Con qué desinterés? ¿Con qué recelo? ¿Con qué desgana de ojos tristes y descomunales? Quizá como un adorno más de la navegación, un estorbo, una incógnita. Llegué hasta aquí impulsado, en parte, por la memoria de un amigo con un hermano muerto en este mar.

Subí a bordo hace cuatro días con menos propósitos que ansiedad. También para encontrar la mecha de algo que contar. También para entender de otra manera que no soy lo que quise, y lo que tengo lo estoy perdiendo. No he sabido nada de quienes dejé atrás, yo que tantas pistas suelo dar de mí, que con tanta pasión me anuncio en lo minúsculo, en lo doméstico, en lo accesorio. Tan teatral, y sin embargo no me incomoda estar solo. El conflicto de mis silencios soy yo. Me embarqué para probar la experiencia de Gran Sol y siento que a cada rato me hundo y sobrevivo un poco. A veces me detengo en cosas que aún no me atrevo a pensar, como temiendo un fondo último de verdad que no debiera saber. Asuntos propios más allá de mi estupor, de mi mansedumbre, de mi mediocre condición de hombre en un mundo que no le corresponde. Tampoco hoy llamaré a casa.

El mal tiempo aguarda un poco más allá. Lolo, el patrón, anuncia que mañana tendremos nubes densas y el viento más fuerte. Lo único demostrable es que aquí todo cambia a peor. Solo el océano está seguro de sí mismo. Hay tres tipos de hombres: los muertos, los vivos y los que hacen la mar. Aún no tengo claro el que vine a ser.

XIII

Graxa ha sobrevivido a dos naufragios y no quisiera sumar el tercero, el de la inmortalidad. Sería un abuso violentar de nuevo el estatuto de los muertos. Graxa tiene también las manos inmensas. Tan grandes que duele el espectáculo de verlas colgando al final de los brazos. Dos palas gigantes que mueve despacio al hablar, muy despacio y muy poco. Graxa ajusta al cuadro de mando del puente el soporte de una de las pantallas de ordenador que arrancó el impacto de una ola brava contra el casco. Tiene el corpachón echado sobre la máquina y lanza unos cortos gruñidos de esfuerzo con alguna que otra blasfemia. Lleva en esto de Gran Sol media vida, como casi todos. Habla con unas pausas contrarias a la seriedad definitiva de quienes alardean de dureza. Desprende algo rotundo hecho de empujones vitales, como de hombre al abrigo de las cavernas. La infancia de Graxa fue pobre y marinera. Sin demasiados sobresaltos y hecha a las claudicaciones. Es el segundo de máquinas y aspira a ser jefe pronto, cuando Anxo se jubile. Viste un mono azul y le asoma el cuello de una camisa recia de leñador por la abertura que deja en el pecho la cremallera a medio ultimar. No parece afectarle el frío.

—¿Qué, te vas haciendo? Por abajo dicen que ahora andas medio tirado y no estás comiendo mucho —interroga mientras afianza la pantalla.

—Ya estoy bien, pero el estómago no se recupera tan fácilmente.

—Bueno, hombre, pasará. De momento es lo que hay —y echa los ojos hacia donde estoy por encima de uno de los hombros.

—¿Por qué a ninguno os gusta el mar?

—Pues no sé. Ahí está. No lo pienso demasiado. Tú sabrás... Mírate. Y solo llevas unos días... Pero no es el mar. Es este oficio. Entré en esto cuando era un rapaz y aquí me quedé. Prefiero estar en casa con la familia, pero qué hago yo en tierra... Mi *filla* quiere estudiar en Barcelona, cine, teatro o algo así. Eso cuesta dinero. Tiene veinte años. Cómo voy a negárselo. Pues a currar. La familia es lo único que importa... ¿Tienes familia?

—Mi mujer, mis padres, mi hermana.

—¿Y los hijos? —Con un trapo se repasa los dedos de una mano y después los de la otra. No estaban manchados, pero los lustra en señal de

misión cumplida. Y se sitúa de frente esperando respuesta.

—No, eso no.

—Entonces no sabes de lo que te hablo. La vida se hace por los hijos, y por la mujer, claro. Pero por los hijos. Yo no me pregunto si me gusta el mar... Vivo de esto, ando por aquí y poco más. A veces le doy vueltas a cómo habría sido de haber estudiado algo, pero era burro y en casa necesitábamos dinero. No soy de muchas profundidades. A los míos no les falta y eso no lo pueden decir muchos ricos. He trabajado toda la vida y no me quejo de lo que me ha tocado... Que quisiera otra cosa para mis hijos, claro. Pero yo ya estoy enfilado... Por cierto, esta noche parece que la cosa vendrá dura. Dicen que hay temporal. Tuvimos problemas con el motor... A ver si aguanta, porque le hicimos un apaño y en cualquier momento nos deja tirados. Abajo, en la «oficina», los temporales son peores que aquí arriba —en uno de los bolsillos del mono guarda el trapo, da por concluidas las confesiones y regresa a la pantalla, comprobando que quedó bien fijada atizándole dos golpes secos.

En la «oficina» podría habitar el «ángel de los calabozos en llamas», como en el poema de Melville. Me gusta escuchar a Graxa, aunque sospecho que él no es un hombre interesado en hablar. No por esconder, sino por una suerte de renuncia voluntaria a perder el tiempo en decir de más. El barco, en ocasiones, acumula unos silencios blancos contra el zumbido de esta mar negra, del viento azul oscuro, descorazonador como un dios o su demencia. Un viento constante al que siempre le sobra fuerza, capaz de dar de baja a barcos como ciudades, como regiones, como países pequeños.

Graxa está apoyado en la mesa de derrota y ahora me observa con el descaro de los que miran fuerte. La cabeza rotunda aloja unos ojos pequeños. Tiene la nariz ancha y aplastada en la punta, difícil de describir. Parecida al pico de cuchara de los patos.

—¿Y por qué no tienes hijos? —pregunta con curiosidad inquisitiva.

—No lo sé —sí lo sé, pero ya esquivé en esto mismo a Bieito. La tradición hispánica es de preguntar mucho por estos temas. Y de someter al otro a una descarga de verdades que no solicitó, fingiendo confianza y autenticidad.

—No hay que pensarlo. Los hijos se tienen y ya. Si estás casado, pues lo siguiente es un hijo, qué más necesitas. La familia te hace hombre, rapaz. Es raro no tener familia. Es triste llegar a casa sin nadie esperando. Tú echa cuentas. En el naufragio del Monte Galiñeiro, en Terranova, lo que más me asustaba era pensar que si la palmaba perdería a la *filla* y a la mujer. Toda una

puta vida trabajando para darles lo mejor y acabas debajo del agua, con los ojos comidos por los peces. Qué va, hombre.

—¿Cómo fue?

—Hacía un frío del carallo, tres grados bajo cero, pero el mar estaba tranquilo. Éramos veintidós tripulantes entre gallegos, africanos, un rumano, creo, y una bióloga de Madrid. Iba todo bien hasta que sonaron dos golpes secos y una explosión. A los pocos minutos la bodega del barco estaba llena de agua y gasoil, con una escora casi total por la popa. Saltamos a las balsas y en menos de quince minutos aquel barcazo se fue al fondo. Dime si no acojona. Estábamos pescando fletán negro allá, en Canadá. La suerte es que los guardacostas fueron rápidos... Naufragamos a pocas millas de la isla de Terranova. Las balsas eran buenas, pero si hubiésemos caído al agua no duramos ni cinco minutos. La hipotermia te come. Ahí sí me asusté. Lo único que me importaba era la familia... Mira qué te digo: sin hijos me habría dado igual salir de allí que no.

—¿Y no pensaste en dejarlo?

—Hombre, piensas, piensas. Y la mujer cuando llegas también te dice... Ella lo pasó peor que yo. ¡Si salimos hasta en el telediario!... Dejarlo, vale, pero adónde voy. Adónde vamos nosotros. Estuve trabajando en tierra dos años, en los astilleros de Marín, pero no me acostumbré. Que sí, que tenía más tranquilidad, pero a mí me faltaba algo.

—¿El mar?

—Qué sé yo. Cuando estás aquí dentro y pasan los meses piensas en que lo mejor sería dejarlo. Pero luego te quedas una semana en casa y ya estás otra vez con el nervio de salir. No lo entiende ni dios, pero es como te cuento. Aún me queda para jubilarme, que tengo cuarenta y nueve años, más vale aguantar. Y que no toque una enfermedad o algo, porque entonces sí que se va todo al carallo. Esto te envenena, como una droga. Es raro de cojones...

—Así que tu relación con el mar...

—¡Pero qué relación ni qué hostias! Pregúntale a un minero por su relación con el carbón. O a una marisqueira por su relación con la playa. De algo hay que comer, hombre. También estarás harto de lo que hagas, del periódico ese, ¿no? Trabajas en un periódico, ¿verdad? Y sin embargo aquí andas... Y ves lo que es esto... Quién quiere esta vida, carallo... Vamos a cenar, anda. O tampoco quieres comer hoy.

—Baja tú, yo paso antes por el carro.

Después de escuchar a Graxa parece que es el único al que en verdad le gusta el mar, su vibración vagabunda. Sus ideas tienen algo lenitivo y, a la

vez, de cruda verdad. No tengo hambre. Desde hace rato Lolo mira rutas en el monitor recién fijado. No ha dicho nada mientras le preguntaba a Graxa o él respondía. Lolo desaprueba las tertulias en el puente de mando. Esta la dejó correr, quizá por aclarar de una vez qué hago en su barco. Prefiere escuchar a interrogar, de lo que digo a otros saca conclusiones propias. Es un tipo sagaz y sabe que preguntar es exponerse a no saber lo que uno quiere saber, así que deja hablar. Este es su territorio, y un patrón no debe ceder su espacio. La jerarquía consiste en impedir que la tripulación desobedezca las normas que el patrón impone. Mientras Lolo apunta algo a mano en un albarán salgo a cubierta. La luz cae arrastrando hacia el mar todo el cielo.

El frío de fuera se suma al frío de dentro, de dentro de mí, y según el día pierde claridad las nubes calcan la noche. La noche abierta. La noche más allá de la noche. Nubes oscuras, densas, masticables. Debería bajar a cenar y no tengo hambre. Mañana entrará el temporal.

XIV

No bajé al comedor. No cené. Antes de tumbarme en el catre comí un puñado de nueces, pan tostado industrial y bebí toda el agua que pude sin contar con la sed. Me alimento aún del escaso avituallamiento que traje en la mochila de apoyo. Doy por perdida la fruta que dejé en el frigorífico de la bodega. El agua mineral es de la «despensa» que Bieito tiene acondicionada en la litera superior de la enfermería, justo encima de donde estoy tumbado. Dejé de tomar biodramina y primperán. En Gran Sol no valen de nada.

El *Carrumeiro* vacila en una danza calamitosa. Estirado en el saco siento un segundo de ingravidez entre dos golpes de mar. Quizá sea medio segundo, pero el cuerpo lo recuerda hasta el siguiente empujón. Conviene tumbarse haciendo dique con una delgada tabla de madera entre el colchón, el saco y el suelo. O amarrarse con alguna cuerda gruesa para que el bamboleo no te estampe. El barco sube a cada rato un poco más alto y la caída es fuerte antes de emerger entre triunfal y agónico. Contra el portillo del camarote estalla el océano dejando en el cristal una reyerta de espumas que amenazan con entrar en cualquier momento. No tan lejos, los truenos detonan camuflados por el ruido del motor. La noche pesa lo que el plomo. Salgo al baño deslizando la espalda por una de las paredes del pasillo y el estruendo lo llena todo. La puerta que conecta la cubierta de popa, donde las maquinillas, está abierta. El mar, sin dar tregua, zumba y se endemonia con un fragor incesante. Parece que salta y se da la vuelta, y se echa sobre sí mismo, y se levanta, y se parte en dos, y se sumerge como dándose a luz o se eleva hasta su nombre, y golpea en todas direcciones. Lolo grita desde el puente de mando a la marinería, que intenta virar redes. «¡Demasiada mar y poca fuerza! ¡Deprisa, joder! ¡Deprisa, cago en diola!». Los hombres de chubasquero amarillo soportan los embates con una firmeza inexplicable. Se mueven veloces desenredando la red para echarla al mar. La que estaba abajo subió rota y con una cantidad ridícula de peces. Lolo consulta en los ordenadores. Faenando a 52 grados longitud norte y 11 latitud oeste, todo es una misma masa parda. Cielo y océano. Un rayo agrieta el fondo de la noche como un látigo celeste.

El viento descarga ráfagas que hacen temblar toda la nave, las olas crecen como intentando tocar con la cresta alguna estrella. El *Carrumeiro* vacila. Parece una cicatriz de luz en medio de la oscuridad tempestuosa.

—Chaval, bájate al carro. Aquí no hay nada que ver —dice sin apartar la mirada del cristal de visibilidad mientras maneja las palancas de los carreteles con golpes nerviosos.

Abajo, en la rambla, los seis marineros trastean el aparejo francamente inquietos ante los estertores de un mar herrumbroso que parece emerger del abismo. El agua negra y los golpes contra el casco impiden mantener la mente clara y el corazón en su sitio. La maquinilla echa a rodar lanzando los cables de arrastre. Los carreteles suman un orfeón nuevo al lamento agónico del viento. El agua salta cada vez con más insistencia sobre la cabeza de Mamadou, de Ahmed, de El Hadji, los tres hombres de la avanzadilla de proa. Babacar, Paul y Fabac esperan atrás. El penduleo es bestial y, en plena maniobra de viraje, con la rambla abierta, un alud de agua entra desaforado, con olas que llegan de tres en tres y son las más feroces. Una de esas zarpas del demonio descarga contra Ahmed. Lo arrastra por la bañera de proa, inundada, y lo estrella contra la base de la grúa. Alguien grita. Alguien grita por ese grito. Alguien grita sumando el suyo a los gritos anteriores. El peligro no solo está en el impacto, sino en que esa agua ciega y amontonada vuelva a su sitio con un marinero entre los dientes. Como una jauría salvadora, cuatro de ellos se lanzan a proteger a Ahmed de la siguiente ráfaga de olas, de la fuerza con que estas salen del barco, atropelladas, por la rambla abierta que desemboca sin remedio en la muerte. Se apartan el agua de la cara a manotazos. Caer al mar es caer del todo, sin opción de regreso.

Bracean entre las redes para evitar que el viento las enmarañe y sean un bulto incontrolado y bloqueen la hélice. La lluvia empieza de golpe. Ahmed, arrastrándose por la cubierta deslizante y embalsada, se cobija entre dos fardos de aparejos apilados. Los gritos son agónicos, la nave cruje y el desgarrar de metales suena como un último aviso. La red se desliza a toda la velocidad que permiten las maquinillas, y desciende hacia el fondo mientras Lolo sube la plataforma de la rambla golpeando una palanca. El barco no encuentra calma, pero pierde un poco de peligro.

Ahmed acusa el dolor abrazado a la pierna derecha. Es difícil aguantar más trazo en un temporal. Lolo sigue gritando. Bajo con torpeza hasta donde se refugia Ahmed, en el hueco de la escalera que une la proa con el puente. Tiene los ojos espantados, el gesto desenfrenado del daño. No habla, solo parpadea con fuerza mientras el agua le entra por las mangas del chubasquero,

por el pecho sin cerrar. «Ya está, Ahmed, ya vienen», digo. Me mira y asiente despacio. Lo recogen con un caos de brazos, lo levantan al peso en un ejercicio algo desesperante, sin equilibrio claro. A Ahmed le cuelga la pierna golpeada. Mamadou dice que sean solo dos quienes lo bajen hasta el camarote. El barco se agita. Entonces Fabac y El Hadji lo sostienen penosamente, soportando el zarandeo incesante. Desaparecen por la escotilla de estribor como pueden. La capucha del chubasquero de Ahmed va suelta, rozando el suelo, como desmayada. Entonces comienza el protocolo: llamar al seguro, explicar a un médico de guardia el accidente por un teléfono que se oye a espasmos, describir la herida, tomar la tensión, enviar alguna foto de la pierna machacada cuando el wifi lo permita... En el camarote, Ahmed no se queja. Tan solo cierra los ojos, extenuado, y aprieta los labios. Un marinero de Gran Sol va a porcentaje de pesca. Perder una marea es perder parte del salario. Estamos a dieciséis horas de Castletownbere en navegación continua. A 154 millas de distancia. Lolo precisa: «Dieciséis horas si el tiempo fuese favorable. Tal y como estamos no es posible hacer el cálculo. Y va para largo». Ahmed debe esperar siete, ocho o nueve días más de desventura para tener a un médico delante.

El temporal es de fuerza siete y desnivela al *Carrumeiro* con olas por las que el barco sube y baja como por toboganes oscuros. A la claustrofobia de vivir en pocos metros cuadrados hay que sumar la imposibilidad de asomar la cabeza fuera del puente. Nadie habla del motor, pero me acuerdo del motor. Por dentro de la cabeza se agolpan demasiados cabildeos y todos tienen que ver con el miedo. Un miedo hipnótico. Imposible desclavarlo del pecho.

En momentos así no existe un rostro amable, ni palabras sinceras de alivio. Quizá una broma que desata risas nerviosas, más por afán de despiste que por cuota de gracia. Alguien habla de sus hijos. Del terror a verlos un día en el mar. «Aquí lo único que puede pasar son calamidades». En cubierta los marineros, cinco tras la baja de Ahmed, abocan despavoridos el pescado del lance engarfiando la red con un cabo. La madrugada se recrudece. Estas embestidas son el símbolo de toda la humanidad que ha naufragado. Cuentan que Pompeyo, en un alarde de entusiasmo visceral, dijo que navegar es necesario; no vivir, sino navegar. Lo dudo mucho. El único salvoconducto de supervivencia es dejar la mente en blanco. La mente en blanco puede exagerar, pero nunca engaña. Igual que no conviene confundir un tiempo inmenso con lo inmenso, porque no es igual.

Moverse por el barco con este temporal es una hazaña para la que me faltan costumbre, fuerza, estabilidad y ánimo. En el puente, Lolo tiene el

gesto *amorrinado*. A la derecha de la mesa de derrota, sobre un plinto volado de madera, sigue en pie la imagen de la Virgen del Carmen, de medio metro, en plástico y colores pastel, sin escapulario. Bieito aparece, aunque no es su turno. Todos los hombres del *Carrumeiro* trabajan contra el temporal. En Gran Sol solo resisten los mejor adaptados. Los que escapan, además, a la desesperación de estar aquí. A la picada del alcohol. Al tifón de las drogas. Regreso a la enfermería con sensaciones que podrían parecerse al pánico. Me temo que nada puede salir bien. Ruego, balbuceo oraciones de redención, pido clemencia a no sé qué.

El mar atiza desmedido y se dispone a ocupar el lugar del cielo. Ahí es donde requieres de toda la fuerza mental para no arrancarte del mundo. En el camarote, a las tres menos cuarto, la noche está ofuscada y trae un mensaje claro: la vida es una forma de atravesar por todo y no ser nada. Llevamos soportando el temporal casi ocho horas. Parece que la crujía del barco se abriese como una fruta madura. La soledad del catre, tras horas de inquietud, se hace insoportable. A ratos deseo que acabe todo de golpe en el naufragio más espectacular de la historia de Gran Sol. Y que sobrevivamos estableciendo entre nosotros un vínculo tan fuerte que mantenga viva para siempre la memoria de este día. Escucho las voces de la marinería porque las redes suben de nuevo rotas. El viento huracanado pecha contra la nave y aumenta mi ansiedad de bulto a la deriva. Entré en el saco vestido, con las botas. Si alguien grita «¡vía de agua!», que me pille listo para las balsas. En situaciones así es imposible la previsión o el cálculo. Hay que salir del camarote, pero para llegar a dónde.

Subo al puente de mando, donde Bieito releva a Lolo e impone su calma, ajeno al relente zen que lo acompaña.

—¿Y si esto va a más? —pregunto sin disimular el espanto.

—No irá a más. Ves que seguimos trabajando, ¿verdad? En otras tres horas hay que recoger el lance. Aquí estarás peor que en el carro. Baja, anda. Y recuerda: «*Non durmir con pensamentos*». Te lo dijimos —en su condición de marinero curtido, Bieito da confianza mirándome con leves giros de cabeza.

—No voy a soportar ahí abajo. Prefiero quedarme aquí. Estoy paralizado —digo sin ánimo de que me escuche—. Si me dices un tranquilizante... En el botiquín tenéis de todo, seguro que hay algo para la ansiedad. No será la primera vez que te lo piden...

Esta gente ha faenado en situaciones donde se sobrepasa cualquier límite imaginable. Hasta dos días navegando a la capa con olas de quince metros

hociéndoles. Y, sin embargo, no claudican. Hace rato que miro fijamente la llave del botiquín que cuelga en el marco superior del cristal de visibilidad, prendida de una alcayata. La imaginación se dispara y busca alojamiento en los peores pronósticos. El pánico aumenta en cada resoplido de Bieito, en cada sacudida del viento, en cada erupción de espumas contra el cristal. La llave baila en el aire y yo estoy dominado por una sola certeza: si alguien alertase de un desastre inminente iría directo a por ella y una vez abierto el armario tragaría todas las pastillas que pudiese, considerando que caer a este océano en el momento álgido del temporal no acepta más condición que morir cuanto antes. Le comento a Bieito esto mismo y me observa con cierta compasión que no empaña su compromiso con la lógica.

—Antes de que las pastillas te hiciesen efecto estarías muerto por la hipotermia o ahogado por el cansancio de intentar salvarte, así que te puedes ahorrar el atraco —y sonrío como quien anula con sensatez mi delirio.

—Alguna manera habrá de no sufrir si esto se va a la mierda... —contesto con un tono ya de súplica.

—De momento, calmarse. Por mucho que te muevas, que aprietes las manos o que supliques, el temporal va a seguir. Lo mejor es volver al carro y tumbarte un rato con los ojos cerrados, a ver si duermes y al despertar ha pasado. No durará mucho más.

—Prefiero quedarme aquí.

—Como quieras, pero agárrate, que vamos a coger algunos baches —bromea exagerando la carcajada.

Después de un rato en que asumo mi invisibilidad, Bieito alcanza la llave y abre el botiquín, un armario con una quincena de pequeños cajones numerados. Solo el patrón y él pueden manejar el dispensario. Busca en el casillero número 12, donde alguien escribió en una pegatina blanca: «Ansiolíticos». Saca un repertorio de envases y después de leer los prospectos de varios de ellos me sugiere el más suave: Lorazepam de 1 mg. «Hace mucho que este cajón no se abre. Antes de tragar mira la caducidad». Una tromba inesperada nos desplaza un par de metros. El estrépito es diabólico. El agua arrastra de un lado a otro los peces muertos de la cubierta como un *ballet* sin ritmo.

—Toda la vida metido en una cárcel —dice Bieito apretando los dientes.

—¿Qué cárcel? —pregunto.

—El barco, carallo. Esto es peor que la prisión. Al menos allí tienen visitas y derecho a patio.

El temporal enseña las encías con una descarga de rayos que dismantela el cielo por mil puntos. Qué llevará a estos hombres, un mes tras otro, a Gran Sol. Tampoco se divierten como antes. Ni los desembarcos entre mareas tienen aquella intensidad, aplicando un raro principio de Arquímedes etílico. Hace años permanecían en tierra al menos una noche después de la descarga y en las barras de los *pubs* de Bantry o Castletownbere aliviaban las fatigas con ingestas de *whisky* y de cerveza, gastando lo que el cuerpo aguante. Madrugadas que se apuraban como la Nochevieja de un fin de época antes de zarpar de nuevo. Pero ese Gran Sol acabó. Tampoco flamea ropa interior de mujer en la arboladura de los barcos.

El temporal empieza a amainar. De fuerza siete a fuerza cuatro. El viento del norte afloja diez horas después. Nadie ha dormido. A las cinco y algo de la madrugada el sol desprende ya un ámbar ofuscado entre dos nubes negras. Es el alivio. El barco recupera despacio una calma que mejora la vida. La vida difícil en Gran Sol. En las caras de la tripulación que prepara la izada del enmallado hay surcos de insomnio, pero los rostros perdieron la tensión acalambrada. Bajo los efectos del Lorazepam acumulo una cierta calma que casi es eufórica; y la contemplación del mar, con la primera claridad, me produce una inoportuna alegría que no sé compartir. Aunque todo parece manso, el ruido constante delata la actividad exaltada. El motor principal resiste. Salgo a la cubierta de proa, donde las gaviotas y los mascatos regresan a su rutina de vigilancia. Durante el temporal desaparecieron. Todo adquiere ahora una razón inesperada. Los pájaros, la mañana desplegando su rampa de luz sobre el horizonte, el océano como una inmensa lejanía por la que vamos flotando. Olvido a ratos que no soy ellos. Olvido llamar a casa. Olvido que tengo otra vida y que me embarqué para contarle en el periódico. Es parte del inmenso olvido en el que me propongo vivir. Y es una sensación extraordinaria. Tenía la necesidad de distanciarme tanto de mi realidad que me he desentendido. Esto sucede en distintos momentos de una vida. O debería suceder. Escapar de lo inmediato y aceptar la indefinición, el vértigo, la posibilidad de hundirlo todo y recomenzar. Saberle en verdad a solas, abandonado al tedio de un sopor sin recuerdos, casi sin pasado, confuso en una plenitud de nadie alrededor. La mar es propicia para estos auxilios. Para la dureza irrevocable de sentir una ausencia, una ausencia que eres tú, de desaparecer, de cortar el hilo. Quizá estos marineros se aferran a los recuerdos por lo contrario, porque el océano ya les ha vaciado y solo les queda esa causa: los otros, como en los versos de Wallace Stevens. «El alma, dijo, está compuesta / del mundo externo».

Olvidamos tachar la casilla del almanaque de cada día que pasa. Doy aviso y, ahora sí, Bieito hace el aspa con un bolígrafo, y de la fuerza deja marca, y sonríe. El *Carrumeiro* renquea monótono, rotundo y altivo a 3,5 nudos. Casi triunfal. Casi en buena mar.

XV

Es el sexto día. El primero en que me ducho. No es fácil encontrar el equilibrio, aceptar el frío, comprender que el tizne de óxido de la cabina de ducha solo es óxido. Para no caer varias veces por minuto ato dos cordones de bañador, de los dos bañadores que traje en un absurdo alarde de vacaciones. Los dos cordones me aseguran (eso creo) una cierta estabilidad: un extremo lo amarro a una tubería gruesa que va en paralelo al brazo de la ducha y con el otro me rodeo la cintura simulando un arnés. Es un pésimo remedio. Me ducho mal, rápido, con una precaución incompatible con la prisa. Algo alivia, eso sí. Ya era difícil disimular la bronca de olores que llevaba encima. Una combinación de higiene desatendida y aceites de cocinar, gasoil, salitre, humo de tabaco, fumarolas de pescado crudo, y tiempo.

La mañana es una balsa, después de lo de ayer. Lolo está en el puente de mando. Bajé a desayunar y a charlar un rato con Xouba, pero encontré a Anxo con una taza, un Marlboro y los ojos casi tumbados sobre el párpado inferior, abultados de sueño y desengaño. Un tipo cordial y recio, vecino de Marín, con la piel endurecida por miles de horas de salitre y el sinsentido de la espera. Son las nueve de la mañana. Anxo bebe *whisky*. Demasiado *whisky*. Es un alcohólico con disculpa por el mar, aunque evita adornarse de tristeza o heroísmo. Tiene a un hijo enrolado en un atunero que faena en Canadá. Seis meses de trabajo y seis de tregua en casa. «Vive mejor que yo, al menos ha mejorado», dice.

Está con los brazos apoyados sobre la mesa de rancho. Solo. Casi siempre está solo o con Xouba. Tampoco ha podido dormir. El temporal exigía quedarse velando donde el motor. Habla poco y aun así desprende una suave cordialidad. Observa lo que hago, cómo abro un armario, cómo me apoyo sobre la encimera de la cocina, cómo preparo el desayuno de leche con cacao y una rebanada de pan tostado. Sé que me mira, pero no disimulo mi falta de equilibrio, ni la impericia que me delata como ajeno. Es uno de esos tipos a los que querrías escuchar sin tregua, si hablase.

Me siento enfrente. Me mira de abajo a arriba y sonríe sin intimidar.

—Poco desayunas —y se concentra en la brasa del cigarro.

—No suelo comer mucho por la mañana. ¿Y tú cuándo descansas?

—En eso estoy, descansando —y esboza una mueca traviesa.

—¿Nunca sales afuera?

—Sí, hombre. No voy a salir... Pero todo esto lo tengo muy visto. En los ratos de calma prefiero quedarme aquí sentado y que el tiempo pase. Algunos se vuelven locos porque no resisten la monotonía. A mí me da igual la calma que el chollo. Dormir no vale de nada, chico. Es mejor ver cómo se van los días. Estar atento, escuchar y mirar. Un marinero escucha mejor que habla. Y sabe que este oficio es lo que ves y lo que no ves. Quien te diga que le gusta es que no está muy bien de la cabeza. No he conocido aún al marinero feliz de estar en la mar, al menos en esta. Olvídate de esas caralladas. Como mucho tienes algún rato tranquilo —explica, imperturbable, convenciéndose él más que a mí.

Vivir Gran Sol es una manera de ir perdiendo teorías y aprender a faenar de otro modo en la memoria. Recordar es traducir las olas sin tener en cuenta el mar y con el pecho hacer frontera contra la angustia del agua. El corazón del hombre se deshace en la humedad y deja paso, algunos ratos, a la desolación. Los años le han iluminado la piel dura del rostro, pero no le han restado una cierta dulzura en el gesto. Rellena la taza de *whisky* 100 Pipers que dispensa el patrón a cinco euros la botella. Un barco es un colmado libre de impuestos. Tabaco y alcohol. El cartón de Chesterfield sale a diez.

Anxo desconfía de la luz resbaladiza del exterior. Busca los espacios de sombra, que en un arrastrero son casi todos cuando abandonas la cubierta. Podría ser uno de esos seres que guarda un secreto inconfesable, pero sospecho que todo el misterio que acumula, según bebe y le relampaguean las pupilas, está concentrado en que es un marinero alejado de la vieja comedia de hablar de más. Tiene razón en que algunas palabras son una invitación para el naufragio.

La cocina en silencio acumula una sedimentación de grasa que aviva el tiempo quieto.

—¿Tú sabes qué es lo peor de estar aquí? —pregunta elevando la voz mientras dejo en el fregadero la taza y el plato del desayuno.

—Depende para quién.

—Coño, te has puesto gallego —bromea racheado de impaciencia por decir lo que quiere decir—. Pues lo peor es no saber cómo escapar. No digo escapar del barco, que eso es fácil: te tiras al agua y hecho. Me refiero a que una vez que tienes costumbre en hacer mareas, un año y otro, ya no sabes

salir. Al final echas la vida sin enterarte muy bien de qué ha pasado. En Gran Sol quien cree que elige se equivoca.

Ese hallazgo primordial de Anxo, con la mano derecha en la taza y un cigarro nuevo entre los dedos cargando de humo las cejas abundantes, es uno de esos descubrimientos que un tipo hace en medio de alguna soledad y solo muy al final es capaz de concretarlo en una frase que puede ser su epitafio o, más modestamente, el de esta mañana: «En Gran Sol quien cree que elige se equivoca».

—Cuídate, chico. Y no le des demasiadas vueltas a lo que ves. Tú a lo tuyo, que es de lo que se trata —dice a modo de despedida mientras subo al pasillo de los primeros camarotes, con intención de salir a la cubierta de proa y ver el sol de pleno por primera vez desde que dejé el puerto de Castletownbere.

XVI

Puede que no existan horas más lentas que las del mar. Es necesario encontrar alguna manera de defenderse de la cachaza, la rigidez, la espera. No es fácil acostumbrarse a una rutina tan penosa. La carraca de las maquinillas al virar y al lanzar. El estruendo de bolos de las redes. El del motor al ralentí. La coreografía de los marineros. Los mismos gestos y expectativas, cada hora, cada día, en el puente de mando. Incluso parecen las mismas gaviotas y mascatos los que acompañan al *Carrumeiro* desde que salimos. Todo igual. Las olas también son siempre las mismas, lo que cambia es la manera de sortearlas. La paciencia de estos marineros es providencial. El mar es espera. Esperar evitando la quietud. La quietud aquí no es templanza, sino derrota. Es difícil definir la insoportable indiferencia del mar. Si al menos tuviese la posibilidad de leer, pero tampoco. A la primera página todo empieza a dar vueltas de nuevo. El tiempo en el barco es un desagüe. Nada importa demasiado. Nada que no sea mirar el agua con curiosidad suicida. La tripulación del *Carrumeiro* tiene los días pautados. Sabe exactamente qué corresponde a cada hora, en qué momento de la jornada estamos. Luego el océano dispone. Los miro hacer sin hacer nada. Y en eso consiste la paciencia, incluso la alegría. Pienso en que estoy repitiendo el viaje de un hombre que falleció en este empeño de hacer Gran Sol por el auxilio de ganar dinero. Un hombre joven al que jamás he visto. Parte de lo mío en este viaje queda vinculado a él sin saber más que tres o cuatro datos sueltos de su paso por el mundo. Antes o después tendremos también un muerto nuestro. En una conversación de sobremesa quise prorrogar su existencia haciendo mi viaje. El mismo que el suyo. Casi en las mismas fechas. Y eso, a ratos, hace de estar aquí una conversación con nadie. Como en el poema de Luis Rosales: «Guardo luto por alguien a quien no he conocido».

En el puente de mando Lolo hace su turno. Igual que siempre, callado, con los ordenadores lanzando luces y datos, mapas y cifras. Tiene los ojos fijos en el horizonte, que es parte de la limosna diaria de ver, un falso infinito que parece ser final o antes del mundo. Suele devolver el saludo rápido y sin apartar la mirada de lo que esté haciendo. Necesita tomar impulso antes de

arrancarse a la conversación. Les sucede a los hombres solitarios. Tienen otra manera de callar, más encrespada. Y miran sin pestañeo, como los lagartos. Lolo está a lo suyo mientras las nubes vuelven a juntarse simulando en el cielo una embolia.

—¿Cómo vamos? —pregunto.

—Pssss. Ni bien ni mal. Tendríamos que llevar más bichos, pero no están saliendo. Serán unos lances más por aquí y si a la noche no mejoró marchamos para La Volta —precisa el detalle de la ruta pensando más en voz alta que respondiendo.

—¿Y lo del motor?

—Ahí están, a ver si lo arreglan. Tiene mala pinta. El armador parece que enviará las piezas de repuesto a Castletownbere para cuando regresemos. —No deja de ser él por mucho que ofrezca alguna frase más larga.

Al contarle el pánico de ayer, ríe. Lo del lorazepam. La tentación de asaltar el botiquín y no querer estar solo en el carro. Ríe y muestra un cierto interés por algo que no sean las capturas del día, el estado del motor y las rutas a seguir.

—Pero, rapaz, si lo de ayer fue una tormentilla. Cago en diola, si estuvieses aquí en invierno. Entonces sí se arman unas buenas farras. Antes había que atarse para no salir volando, cuando los barcos clásicos. En una de esas, con olas de nueve metros, sí que te acojonas. El mar te sube y te estrella contra el agua. Una vez, y otra vez, y otra vez. Y como pierdas el motor, chao, adiós, date por jodido. Entonces solo te queda rezar, y que pase pronto, y poder contarlo.

—¿Eres creyente, Lolo? —Queda en silencio un instante, me da la espalda y se sitúa firme de cara al océano. Al rato empieza a contestar como repuesto de un flechazo, sin bajar la guardia.

—No. No creo en nada. Tampoco soy supersticioso, pero algunas veces rezo. En invierno, con temporales mucho peores que este, claro que he rezado. Aguantando olas que saltan por encima del barco como si lo fuesen a tragar. Días enteros así. Entonces rezo o digo frases que la gente llama rezar. Carallo que sí. He visto a tíos duros como las rocas hincar las rodillas en el suelo, juntar las manos a la altura del pecho, suplicar y hacer promesas rarísimas. Cosas que nunca iban a cumplir.

—Eso es creer.

—Eso es no querer morir.

—¿Y qué piensas en momentos así?

—Buff, en mil rollos, pero siempre van a lo mismo. Me pregunto para qué he tenido hijos, si no los disfruto, si nunca los tengo cerca. Es muy difícil mantener el vínculo. Hasta nos olvidamos del día de nuestros cumpleaños, que a mí siempre me pillan en el mar porque es en abril. Lo recuerdo un día o dos después, y entonces no llamo. A ellos les sucede lo mismo. De todo se ha ocupado mi mujer. Gracias a ella aún tengo familia. No quiero que me suceda como a mi padre, pero se está repitiendo. A él lo conocí realmente cuando se jubiló, y a ambos se nos hizo tarde. Hasta entonces fue un desconocido. Era un tío que pasaba algunos días en casa y se marchaba para meses o para siempre, porque eso no lo sabes cuando te echas al mar. Gastó, como yo, la puta vida en los barcos. Nuestras familias están hechas de historias así. Son diferentes a las de tierra... Entre campaña y campaña, cuando estoy en mi pueblo, veo a mi hermano con sus hijos y me doy cuenta de cuánto tiempo me ha faltado a mí con los míos.

—¿Cuándo empezaste?

—A los catorce años ya estaba tirando el aparejo en un bote para coger cuatro pulpos. O a la amanecida, al chipirón. El padre de mi padre palmó en el mar, y eso que en aquellos años los barcos clásicos solo hacían Gran Sol en verano, porque en invierno era muerte segura. En los días buenos dormían en cubierta echados en colchonetas... Qué ganas tengo de jubilarme, cago en diola. En dos años. Solo dos años.

—¿Y después?

—Pues vivir. Y que le den por culo al mar. No pienso volver. Hay hombres retirados que hacen sustituciones en verano. Eso no lo entiendo, a no ser que falte dinero en casa, claro. ¡Pero por placer, qué va! Esto no es vocación, *fillo*, esto es necesidad.

Tras varios días embarcado aprendes que un marinero siempre habla en serio. Aunque bromea. Y tiene la eterna herida abierta de preguntarse cosas.

La muerte, la idea de la muerte, está fijada de una manera aún más firme en ellos. Velan la muerte. La rondan, la acarician, la burlan. Saben que está ahí y cada uno la piensa a su modo, la encuentra a su modo, en un golpe de mar, en un descuido, en una torpeza, en una confianza, y como todo lo que no se ve existe constantemente. La energía explosiva de sentirla rondando es una experiencia que se concreta mejor en un barco que surca estas aguas. A ratos es como si te vistieras con su piel.

—¿Y tú esto cómo lo ves? —pregunta Lolo a destajo, mientras bebo agua de una botella que me he acostumbrado a llevar a todas partes, a las pocas donde tengo posibilidad de ir.

—Llevo seis o siete días, quedan otros tantos con vosotros y creo que aún no sé qué hago aquí —Lolo me mira con condescendencia.

—A los de tierra os gusta mucho llenar de palabras el mar, pero es una gilipollez tanto sermón, y perdona que lo diga así. Esto es un asco, menos para el armador. Él se lo lleva crudo. Los demás resolvemos con lo que hay. Dicen que si los patrones cobramos bien. ¿A qué le dicen cobrar bien? Carallo, de mí dependen once personas, acertar con el perímetro de pesca, que se cumpla el plan de viaje, que el barco regrese entero a puerto, que sorteemos los temporales, que pasemos aquí la vida y soportemos putadas que solo las crees cuando las sufres. Entre los marineros la solidaridad es la hostia, claro, pero es que solo uno que padece igual que tú sabe de qué va este invento. En Gran Sol arriesgas la vida a conciencia, pero a eso no le das más rango del que tiene. Luego ves por ahí a algunos *pringaos* que sacan un pulpo en la orilla y parece que vienen de hacer la guerra, cago en diola... Sacar peces de verdad es cada vez más difícil. El armador quiere más y más, pero el mar cada vez da menos. Para llevar a casa lo que hace diez años tienes que navegar el doble y casi siempre en peores condiciones. Está muy difícil, chaval.

Lolo saca una lata de cerveza del bolsillo de la parka y la abre dejando que la presión dispare una espuma pequeña. Asesta dos tragos largos y vuelve al ordenador. Al rato aparece Xouba con la comida de Lolo. Es un almuerzo contundente. Son las doce y media. En la bandeja lleva algo más parecido a una marmita que a un plato. Un guiso denso, un vaso, cubiertos, servilleta, pan.

—¿Bien aquí? —pregunta el cocinero.

—Bah. Está entrando poco *pescado*. Esta tarde nos vamos a La Volta, a ver si allí hay más suerte... —Lolo estudia el plato y acerca la nariz—. Carallo, esto huele bien.

Xouba hace una mueca de gratitud, esa leve sonrisa beatífica con su fondo de temblor, de paciencia y de extrema dulzura. Baja por la escala para regresar de nuevo a la cocina y en el último peldaño se da la vuelta hacia mí.

—Cuando le suba a Lolo el segundo plato te traigo un bocadillo. Al final te vas a ir sin probar mi comida —la puerta retumba al cerrarse.

Lolo come sin levantar la vista del plato hondo, sentado en una silla de oficina venida a menos. De un cajón archivador saca una botella de vino. Come con más ansiedad que apetito. Los nervios le asoman en los gestos, en la mirada, en la forma de bufar aire rematando una frase. Cuando sale el copo aprecias aún más su inquietud, incluso la codicia. Siempre le parece escaso.

El mar nunca sacia. Cansa y mata, pero no templa las ganas de arrancarle cosas.

Salgo por la escotilla de babor a mirar por mirar un mar que alivia el ánimo vacilante. Como una limadura del recuerdo, recupero detalles de mi realidad de Madrid, la única que tengo, y los siento más lejos de lo que creo y también más cerca de lo que quiero. Sé que cuando regrese... Sé que ella no estará. Observo el mar y cada vez me acostumbro mejor a la extrañeza, al desasosiego de contemplar un horizonte donde los ojos no tropiezan con nada. Cuanto fue expectación es ya paisaje acostumbrado, y vagamente yo es otro.

XVII

Dos semanas antes de viajar a Castletownbere, Laura y yo salimos a pasear. Habíamos perdido la costumbre de acompañarnos. Durante varias horas de una tarde repasamos nuestra vida juntos. El vagabundeo se prolongó casi hasta medianoche. La distancia entre nosotros comenzó no sé cuándo, no sé cómo. Un alejamiento dócil, amable, casi natural. Incluso espontáneo. No era un repudio mutuo, tan solo un desorden de preferencias que se manifestaba en absurdos desacuerdos y en suaves vértigos. Estábamos desfondados como pareja. Nos casamos hace seis años. Hace ocho o nueve meses fuimos conscientes, casi a la vez, de la carcoma que amenazaba. Pero silenciamos el asunto. Con asombroso desparpajo habíamos dejado de follar, sin preguntas, sin dudarlo. Unas semanas después ella tomó la iniciativa de los reproches, de la frialdad, del desinterés, de denunciar aburrimiento. Yo no decía nada. Habría podido soportar la glaciación con mi habitual nostalgia resignada, la menos audaz de las emociones. Nostalgia de lo bueno o de lo que yo consideraba bueno. Es la manera de inhibirme de las evidencias más rotundas. Pero ella aceleró el paso y aquel día, dos semanas antes de embarcar, condicionó mi viaje a su marcha. «Cuando regreses no estaré. No tengo aún argumentos elaborados, créeme. Solo sé que no estaré. Los dos somos conscientes de que llegamos a un lugar sin salida. Podríamos vivir así un tiempo más, tampoco demasiado, o convencernos de que algo cambiará, pero entonces no será lo más nuestro». Me impresionó que no llorásemos. La conclusión no parecía un hallazgo involuntario. Laura goza de un pragmatismo implacable ganado a pulso después de muchas inseguridades vencidas. La primavera llenó de tristeza la noche y aproveché para dormir. Ella se quedó leyendo en el salón y despertó allí. No volvimos a hablar del asunto, lo que de algún modo reveló que la catástrofe avanzaba. Cuando dos seres se dan estas noticias y siguen andando juntos es que empezaron una lucha ya ganada para acabar definitivamente. Dejamos de disimular y empezamos un proceso callado de separación, natural, aparentemente acordado. Demasiado cobarde o escasamente maduro, pero sin bálsamos ni arrepentimientos. No éramos más que eso: una mujer y un hombre dispuestos

a no sufrir de más por un daño que les estaba alargando el miedo; y aún no sabían cómo pedirse perdón.

Yo no quiero perderla.

Solo miro el mar.

XVIII

Salgo a proa a pasar el tiempo, con el viento tibio y casi rubio por un sol que no agrede. Me siento en la caja que cubre el pozo del ancla. Seis gaviotas sestan en la baranda de babor, como ejerciendo un contrapeso innecesario. La madera del suelo está pintada de verde. Un verde con cierta vanidad de color. Brillante ahora que la luz de la mañana abunda. El barco está mecido por una extraña placidez. Nada que ver con el brusco tiroteo de días anteriores. Hasta los ruidos dan una tregua. Siguen ahí, pero no incordian. Las redes están lanzadas y los marineros ocupan los camarotes. El *Carrumeiro* cabecea mansamente.

La rutina es plácida, incluso en estas aguas. Pienso en Laura y los años compartidos parecen una esfera casi perfecta. La memoria es capaz de concentrar su patrimonio en un espasmo, en un contorno, en un instante. Mi vida con ella es una historia cumplida, pero no puede serlo. No hay planes. No hay proyectos. Solo un eco de ausencia que se hace fuerte y lejano, y ajeno, y desconsiderado. El océano también es eso, premonición y ausencia. La tarde se desliza suave y de algún modo guarnece.

Anxo irrumpe por una de las escotillas con dos resoplidos adecuados a las exigencias de subir las escaleras que van de la sala de máquinas al exterior. En la misma mano sostiene la taza y un cigarrillo que desprende algo de ceniza dentro.

—Qué, disfrutando el paisaje —dice más de tanteo que de saludo.

—Más o menos. Es la primera vez que me siento aquí desde que salimos del puerto. Ayer esto era un aquelarre y hoy es una pradera. El agua, con la calma, ha ido de lo negro a lo gris. Es alucinante.

—Así es este cabrón, que a veces casi te gusta. Esta tarde o mañana será otra cosa. La calma del mar siempre tiene algo de mala tentación, de aviso... Voy a por combustible, ¿vienes?

—¿Combustible?

—Claro, gasolina de la que se mea. *Whisky*, que me he quedado seco. A ver si el patrón me vende unos galones para animar la función —y hace un chasquido con la boca indicando broma y sed.

En el puente de mando Lolo ve una película en el ordenador portátil. No nos mira cuando entramos, ni al saludarle. Detiene el vídeo y echa la cabeza atrás estirando los brazos hacia el techo con un aullido plácido, con la media sonrisa maliciosa de quien espera un motivo, el que sea, para enroscarse.

—Patrón, dame dos de *whisky* —dice Anxo con un canturreo burlón.

—¿Otra vez? —contesta desdeñoso.

—Sí, otra vez. Y a lo mejor mañana más —la voz le sale ya con filo.

—Llevamos una semana desde la última descarga y vas por cuatro botellas. ¿Qué carallo haces con el *whisky*?

—Lo uso de colonia, no te jode... Dame dos, anda, que tengo que hacer.

—Anxo, estoy hasta los cojones de tus *whiskies*, cago en diola. Vamos a tener un problema. ¿No puedes estar un día sin beber? Llevamos el motor principal jodido, así que ándate listo...

—Déjate de hostias. De todo quieres saber más que nadie. Toma, diez euros. Anda, dámelas —la aspereza del diálogo tiene de fondo el rumor sequizo de los cables de red en las roldanas de popa.

Lolo saca del bolsillo un juego de tres llaves y con la mediana abre uno de los armarios bajos. Mete el brazo y trae del cuello una botella de *whisky* 100 Pipers. Después, repitiendo la operación, otra. Las deja sobre la mesa de derrota con un golpe que levanta burbujas.

—Estoy hasta los huevos de tus caralladas de *matao*. El puto día bebiendo, que ni duermes.

—Y un cartón de Chester —desafía Anxo.

—Vete a tomar por culo. ¡¿Quién está en las máquinas?!

—Es el turno de Graxa... El cartón. Toma, otros diez euros. Estamos en paz.

Anxo me guiña el ojo derecho y baja silbando por la escalera hasta desaparecer tras la puerta que desemboca en los primeros camarotes. Es probable que acumule más de veinte horas sin dormir. O durmiendo a cabezadas entre dos tragos. El portazo de salida activa a Lolo, que baja con rabia la pantalla del portátil. «Se va a matar, el muy *toxo*». Encojo los hombros por respuesta. «Cumple con lo suyo, es verdad, pero el alcohol te va amargando, y te acobarda. He visto a muchos aquí dentro que no saben funcionar sin beber. Poco a poco dejas de confiar en ellos porque solo están para lo suyo. Y eso, en un barco, es una mierda... En tierra revienta si quieres, pero en el mar no puedes andar colgado... ¿Te gusta Barón Rojo?...». Lolo está nervioso. Le altera el enfrentamiento, y más si hay testigos. Un patrón está obligado a tener razón. Su autoridad también consiste

en ser el de la última palabra. Levanta de nuevo la pantalla y trastea en el teclado hasta que suena «Los rockeros van al infierno». Ha cambiado de expresión. Ahora es burlona, de ojos guiñados y gesto gamberro pronunciado por el bozo de una barba dura de tres o cuatro días. «¿La sabes o no?». Conozco la letra y cantamos a dúo con golpecitos de cabeza, haciendo con los brazos la guitarra. «Vas sin afeitar, dice el *sheriff* del lugar / y además con tías buenas. / Dicen que fumar es pecado y es mortal / y al infierno me condenan. / Si he de escoger entre ellos y el *rock*, / elegiré mi perdición. / Sé que al final tendré razón / y ellos no... Mi rollo es el *rock*». Este último verso lo interpretamos con voces sobrecogedoras y riendo en paralelo.

El puente de mando, por un momento, parece otro sitio. Un espacio incluso amable. Aplaudimos y Lolo propone más grupos: AC/DC, Iron Maiden y Los Suaves. «Me gusta mucho este tema», dice confiscando para la música toda la atención. Suenan los primeros acordes de la versión que la banda hizo del poema «Palabras para Julia», de José Agustín Goytisolo. Lo escuchamos con menos coreografía que los otros y al terminar le sugiero la versión original de Paco Ibáñez, que fue el primero en poner música a este poema. Le pido permiso para buscar en el ordenador, vamos a media fuerza de wifi, y pulso. Miro expectante a Lolo. Sus muecas. Su atención. Su manera de pasar los dedos de la mano izquierda por la barbilla...

—¿Pero esto qué carallo es? ¿Te gusta ese tritón con guitarra?

—Hombre, no está mal. Es para que veas de dónde sale la primera versión...

—Bah, chaval. No jodas. Después de esto nos tiramos al mar cogidos de la mano... A mí este rollo no me va. Además, canta como un cura de aldea... Qué va. Quitale eso. Joder, hasta Amaral me valía. Este tío nos va a espantar los sapos —Lolo sonríe por su ocurrencia y mira uno de los relojes—. Hora de virar. ¿Ya comiste algo?

—Ahora bajaré a por un bocadillo. Aún no quiero comer demasiado, sigo tocado del estómago.

—Voy a ir preparando esto, a ver qué sale. Vamos por debajo de lo que quiero, así que esta noche marcharemos al arrastre a otra zona. A ver si encontramos a los pececitos del fondo de una puta vez.

Aprieta el botón de aviso. Tres segundos cada vez. Y comienza el baile. El horizonte entero está bordeado de unas nubes pálidas. La tarde parece interminable, como de costumbre. La anchura del paisaje es demoledora. Los marineros salen con los chubasqueros y los cascos. Falta Ahmed, el herido. Bajo al carro a buscar el teléfono que guardo en uno de los bolsillos de la

mochila, miro los mensajes. Contesto los cuatro breves de mi madre en uno largo y subo de nuevo al puente a hacer tiempo hasta que rematen la próxima lanzada para llamar a Laura, una semana después.

XIX

De mañana bajamos del 52° N hacia el sureste, por el 11° W, hasta donde empieza el territorio de La Playa, no muy lejos de La Camocha y El Sindicato. Otras zonas del caladero de Gran Sol. Desapareció la crispación del mar y una brisa a babor hace agradable estar a bordo. Incluso aprecio el movimiento del *Carrumeiro* bajo mis pies, bamboleándose hacia el sur por el Océano Atlántico. El motor resiste. No hay rastro de la crispación de otros días, ni por dentro ni por fuera del barco. Empiezo a sentirme secretamente seguro, casi orgulloso de estar aquí. Llamé a Laura, pero saltó el buzón de voz. Dejé un mensaje preciso, breve, sin pliegues: «Hola. Sigo vivo. Esto es duro, ya te contaré. Aún no sé cuándo regresaremos a tierra. Intentaré llamar en otro momento, a ver si tengo más suerte. Cuídate». Eso fue ayer y no he vuelto a mirar el teléfono. Hace tiempo que perdimos la costumbre de devolvernos las llamadas y ese desapego espontáneo también nos ha empujado a la desidia, un poco al abandono. Hemos ido descuidando algunas atenciones mutuas en favor de una falsa certeza: nos bastaba con saber que estamos ahí, sin más. Esas restricciones, porque al final son restricciones, resultan difíciles de remontar. Si este viaje lo hubiese hecho hace dos o tres años, llevaría el teléfono en cualquier bolsillo, siempre cerca y, estoy seguro, no dejaría pasar un solo rato de cobertura para enviar un mensaje, para llamarla.

He dormido cinco o seis horas por primera vez desde que embarqué, casi sin sobresaltos. La sensación al despertar es más amable que en otros días. Miro por el portillo del camarote y observo la claridad, la luz maligna de este océano. Me entretengo unos minutos en esta inesperada placidez hasta ahora inédita. Ordeno mentalmente el día como si tuviese en verdad que repartir las horas, las horas que tanto se parecen entre sí. Escucho dos o tres voces vagas, sin distinguirlas, que cruzan frases cortas. La conversación acaba con un golpe de puerta al cerrarse. Puede que me haya acostumbrado a estar aquí y eso me calma, aunque no he pensado demasiado en los reportajes, en mi trabajo, en el motivo aparente de mi afán por hacer una marea en Gran Sol. Digo aparente porque hay algo más. Algo relacionado con Laura y conmigo y

que empieza a tener sentido en la distancia: la frialdad mutua, la falta de contacto voluntario, el desinterés común de las semanas previas a mi viaje. Los recuerdos no siempre son fiables; los de una vida compartida, aún menos. Quién puede estar seguro de que las cosas sucedieron como las recuerda. Incluso las razones más claras y pactadas entre dos personas ocultan un doble fondo donde se acumulan restos de memoria intransferible —detalles, gestos, agravios, desengaños, placeres— que creímos perdidos, o superados, o inocuos, y que aparecen minuciosamente volando los puentes de cualquier consenso de apariencias incuestionable. Lo que sucede entre dos seres que se amaron y se alejan coincide demasiadas veces con la sospecha de que nunca se conocieron tanto y la verdad de estar juntos tiene una buena dosis de destilado mal hecho.

Debería volver al cuaderno de notas e ir fijando impresiones de esta aventura, como en los dos primeros días, cuando aún me engañaba con el deseo de hacer los mejores reportajes de mi vida. También es un buen momento para cambiarme de ropa. La que llevo acumula un aroma agresivo con el que ya no me entiendo. Salgo a la ducha y en la cabina, con enorme dificultad, disfruto del agua caliente. Intento no rozar nada al desnudarme, dejo la ropa sucia en una bolsa de plástico que cuelgo de una llave de agua, junto al lavabo. Estas pequeñas tareas son una conquista minúscula, una señal de familiaridad. En otra bolsa llevo la ropa limpia y el hecho de mudar una por otra me hace sentir integrado, más implicado en las rutinas difíciles, precisas y a la vez descuidadas, del barco. Dentro del océano un hombre es insignificante y da igual lo que le angustie. Pero siempre desasosiega algo. Algo adicional que en tierra no se tiene.

Al abrir el portón que lleva a la cocina aguardo unos segundos para afrontar el asedio de los olores que ascienden despiadados. Muchos años de guisos, sudores, respiraciones y mareas se acumulan en esta atmósfera cerrada donde la temperatura sube unos cuantos grados. Sobre uno de los bancos del comedor veo la taza de Anxo y un rastro de ceniza al lado. Al oír el golpe de la puerta al cerrarse, Xouba asoma la cabeza y a su expresión habitual de serenidad suma una frase de bienvenida. Lleva sobre el pantalón del chándal un trapo de cocina raído que cuelga pinzado de la goma de la cintura, como los chefs.

—Bueno, habrá que celebrarlo. Por fin vuelves al territorio de los pobres —exclama con un tono burlón que hace más cálido el recibimiento—. Ya tienes hambre o qué, mira que te veo más flaco aún y eso que tú eres de los míos... ¿Se te ha quitado el *espantallo*?

—Estoy bien, estoy bien, pero tendré que comer, sí. ¿Puedo hacerme el desayuno o espero a que acabes?

—Lo hago yo, siéntate. El cacao y un par de tostadas, ¿verdad? Tienes aceite o mantequilla y mermelada. ¿Has podido dormir algo?

—Sí, ahora mejor... Entro contigo a la cocina... Las tostadas con aceite... He descansado, me he duchado, me he cambiado de ropa...

—Carallo, pues habrá que decirle al patrón que esta noche cenamos en la cubierta para que no sea en balde el suéter limpio que llevas... —dice contento por su ocurrencia mientras deja dos rebanadas de pan sobre la plancha—. ¿Y esos reportajes salen o no salen? Aventuras tienes ya para varios libros...

—Pues no sé cómo los llevo. Hace un rato pensaba en eso, en cómo hacerlos. Os escucho, os observo, intento comprender lo que supone estar aquí, pero aún es pronto. Solo llevamos nueve días, creo... Ya ni tachamos la casilla del calendario.

—A no ser que nos hundamos todo va a ser parecido a lo que has visto. Un día y otro son lo mismo —explica con tono de meditación coloquial.

—Ya veo. Los barcos son mundos difíciles.

—Ah, carallo. Si te contara... Tanto tiempo con la misma gente y en un espacio pequeño solo trae problemas. Cada uno con sus manías y sus rollos. Es verdad que entre nosotros nos apoyamos si hay que hacerlo, pero también se arman buenas *loitas* de repente, por cualquier chorrada. Es raro el día que sale limpio, siempre hay algo. Y, claro, la gente gripa. La vida en el mar agita mucho los nervios... Tus tostadas.

Xouba despieza un par de gallos gigantes de los que saca unos filetes blancos y carnosos. Los pasa por huevo y harina y los deja con cuidado en una sartén grande con el aceite humeando. Guarda esos silencios en los que parece camuflarse. No acepta ayuda, pero agradece la conversación. Al rato, los intensos olores se hacen menos agresivos y con su dulzura al hablar consigue que la cocina sea casi una zona de acogida. La única en el *Carrumeiro*. A la vez pela patatas que deja caer, enteras, en un perol con agua hasta la mitad.

—Como has bajado poco no hemos podido conversar. Cuéntame tú —dice alentando la confidencia.

—Nada interesante. Estar aquí es lo más destacable de lo que, hasta ahora, me ha sucedido en el último año. Eso tiene una parte buena: que ha sido todo más o menos apacible; y una parte mala: que cualquier día dejará de serlo. De

hecho, estoy en el rato previo a la tormenta. A punto de perder algo que, desde aquí, se parece mucho a perderlo todo.

—¿No te bastó con el temporal? —exclama desviando la atención hacia la fuente en la que deja los filetes de pez rebozado.

—Demasiado, pero hablo de... Bueno, ya sabes. Cuando subí a bordo dejé asuntos pendientes en Madrid: dudas con mi trabajo, una situación complicada en casa, el hartazgo... En fin, no sé. Quizá tampoco es para tanto, solo que desde aquí las cosas se ven inmensas o diminutas, depende, como si fuese posible cortar de un solo tajo sin temer las consecuencias.

—Piensa bien, anda, piensa bien. Estar en el mar también se parece a estar borracho. A la tercera copa puedes resolver cualquier problema, pero con la resaca todo vuelve a ser lo que es, o algo mucho peor, y las alegrías también son menos —Xouba habla para sí mismo, de algún modo convenciéndose—. El mar da seso y lo quita; y enseña que, más allá de lo que creas, careces de un lugar propio. Bueno, eso es vivir, ¿no?

—El qué.

—Pues darte cuenta de que lo único importante es lo que a veces no sabes que tienes... Cuando mi padre maldecía la soledad en el mar mi madre siempre le contestaba igual: «Xosé, ¿tú no sabes que la soledad también está sola?». Yo no entendía qué quería decir, pero conseguía que mi padre dejara de quejarse. Ahora creo que lo entiendo un poco. Desde el mar las cosas de tierra a veces parecen ajenas pero colocadas en su sitio exacto, y esa es una buena ley. Son las sensaciones las que resultan enormes. Haz la prueba: cuando nos acerquemos a tierra observa Castletownbere, lo verás pequeño en la distancia, como de juguete, y sin embargo el deseo de saltar del barco se hace más fuerte a cada milla, según se define y el pueblo toma sus dimensiones... En esas pocas horas sientes cómo la realidad está esperándote. A lo mejor tus reportajes deben hablar de eso: de lo que sientes, no solo de lo que ves... Aparta un momento, que van las patatas.

En la cocina hay un termómetro de pared colgado de una púa. Marca treinta y seis grados. Estoy seguro de que su única utilidad es que Xouba no olvide que la cocina es un territorio ingrato. Creo entenderlo mejor de lo que sé explicarle a él. Xouba es un confesor impecable. Me despido y subo por las escaleras al primer piso de camarotes. En el rato de charla la ropa limpia se ha echado a perder impregnada de los mismos olores confusos que hay en la cocina y el comedor. Al abrir la escotilla que conduce al puente, un aire renovado, casi de estreno, rodea la cara y deja una agradable sensación de

mañana conseguida, de altura inmediata. Arriba vivir parece una posibilidad menos sombría. Al día le queda una eternidad.

XX

Todo resbala sobre los sentidos sin dejar rastro. Recupero del camarote el cuaderno de notas. Reviso lo escrito, tres o cuatro páginas con algunos datos sueltos y varias frases que ahora carecen de interés. Lo vuelvo a dejar. Tras el ojo de buey, el mar parece recién inaugurado. Nada hay más amable para la imaginación que contemplar cómo las olas se llenan de sol después de días de intemperie. El Atlántico, con su densidad voraz, desprende a veces una esponjosa calma, incluso alienta la frivolidad intrínseca que cualquier hombre acumula. Paso por el puente de mando, donde Lolo patronea, saludo con familiaridad y salgo a cubierta, ajeno a cualquier compromiso. Tumbado sobre un montículo de redes, con una brisa que encalma, veo cómo se hacen y deshacen unas hilachas de nubes. Aún tengo casi una idea clara de lo que soy. No sé concretarlo, pero lo sé. En este momento podría abandonar todo con un falso ánimo de enigma resuelto. Podría llamar al periódico y anunciar que no volveré. Podría llamar a Laura y rogarle que no deje nuestra casa. Podría llamar a mis padres y jurar que mi vida es esto porque no acepto más peaje que el del mar cuando se desata. Que esta es una experiencia más directa y concreta que todo cuanto viví.

XXI

Lolo está a los gritos en su rincón de gobierno. Remata cada frase corta con un golpe contra la mesa de derrota. «¡Pero eso es una cabronada, carallo. Tenemos cascado el motor y las bodegas ya van casi llenas!... Ya, ya. Y nosotros, qué... ¡Joder, llevo a un hombre con la pierna mal desde hace días, tirado en un camarote!... ¡Y qué culpa tengo yo de la miseria de la puta lonja! Eso es asunto vuestro... ¡Aquí estamos hasta los huevos, chupando pólvora con medio motor; y el auxiliar, a lo que dé!... Pues nada, vosotros mandáis, vosotros mandáis... Pasaré otra vez por Porcopín, a ver si están allí de vacaciones los putos peces. En dos días hablamos». Encaja con estruendo el auricular del teléfono verde sobre la base y, milagrosamente, queda bien colgado. Hablaba con el armador. Lolo consulta mapas en una de las pantallas, tira dos nuevas líneas de color rojo con el puntero y entretanto empieza a hablarme con tono fuerte. «Tómatelo con calma. Nos vamos a quedar unos días más de los previstos. Tenemos que llenar las bodegas. Regresamos al sureste, a Porcopín. Por allí habrá lo mismo que aquí, pero el otro día me dijeron los del Cachacho que no les había ido mal. Aunque en esto ni dios dice una verdad».

A las tres de la tarde, el *Carrumeiro* bornea para poner rumbo al destino que Lolo decide. En unas horas alcanzaremos las nuevas coordenadas: paralelo 53° 48' N, latitud 13° 07' W. Después de la llamada, el ánimo del patrón se ha encapotado y la sensación borrascosa se contagia. El anhelo marinero, como en cualquier espacio de reclusión, es salir cuanto antes del mar, así que unos días extra de faena asestan más inestabilidad al dudoso equilibrio de estar aquí.

—Bajo a por una cerveza, ¿quieres? —La voz de Lolo ha vuelto a su condición natural, recia, de arranque lento y seco, propio de gargantas encurtidas por muchas horas de silencio.

—Va, te acompaño —respondo espontáneo a la inesperada invitación.

—Voy yo, tú quédate vigilando por si aparece Moby Dick —y palmea mi hombro derecho en un gesto de complicidad.

Dicen que el mar es la esencia de la vida. Lo leí en una página de Josep Pla. Se refería al Mediterráneo. Qué difícil es cualquier relación seria con el mar. Exige una absoluta sinceridad y en quienes lo trabajan detectas la agónica condición de seres cuyo tiempo ya ha pasado. El mar tiñe de una dudosa reputación a quien lo habita. Tiene que ver con lo indomable de estos seres que se mueven por un espacio con reglas propias, y a quienes acecha constantemente el desencanto de una biografía exagerada en todos sus aspectos. Es el fruto de su propio impulso. A Laura le gustaría mirar el océano desde aquí. Su capacidad de abstracción no conoce límites. Ella tiene con el mar una historia de confianza, porque del agua brotan las condiciones ideales para dar sentido al universo, eso dice. El mar provoca a veces la sensación de estar en la entraña de la felicidad; y del abismo. Rodeado de agua ocupas el sitio donde todo empieza. Quisiera que me viese aquí, solo, en el puente de mando de este barco, frente al océano, en esta otra manera de ser yo frente a un paisaje donde todo varía constantemente, desde la fuerza de los vientos al sabor del pescado.

Lolo anuncia el regreso desde abajo: «¡Servicio de habitaciones!». Trae en una mano dos latas de Estrella Galicia. Sube las escalerillas silbando. Abre la suya, estira el cuello hacia atrás y arquea la espalda, al final del trago chasquea la lengua contra el paladar y abre la boca exagerando la satisfacción. Lolo es propenso a exhibirse a lo grande: gritar, reír, comer, cerrar de golpe una conversación, dejar que la escotilla de acceso al pasillo de los camarotes golpee monstruosamente, peinar sin tregua un fragmento de Gran Sol hasta lograr el copo más prieto de peces, callar profundamente o soportar días sin dormir. Como buen marinero, tampoco disimula su predilección por el sigilo y lo oculto. La contradicción es parte del carácter.

—Con esos tragos que das la cerveza te dura hasta Madrid —habla de nuevo de espaldas a mí mientras aprieta algunos botones del panel de mando—. No sé si en Porcopín tendremos más pesca, pero por cojones tenemos que ir. Esto funciona así.

—Cómo.

—Pues sin saber. A ojo. Pescas a ojo. Sobrevives a ojo. Todos estos aparatos están bien porque facilitan el trabajo, pero a la hora de hacer buenas capturas solo tienes tu instinto y tu suerte. Aunque lo de la suerte tampoco es muy fiable. Más o menos como en la vida, ¿no? Aquí lo primero es mantenerse lo más lejos de la posibilidad de palmarla. Lo difícil no es saber adónde tienes que ir, sino encontrar el camino... La putada es esa, amigo.

Exhibe una sonrisa leve por la esquina de la boca. Con imprevista fuerza reduce la lata de cerveza con una mano y da orden de virar con un dedo que activa los tres timbrazos agrios. Cinco de los seis marineros salen a la cubierta de popa con los chubasqueros, uno rojo y cuatro amarillos.

XXII

La pesca sigue escasa. Cuando acumula varias lanzadas de poca mercancía, Lolo se apenumbra y lentamente, igual que una nube invade la cresta de una montaña, empapa con su ánimo al resto de la tripulación. Mamadou aparece en el puente con la nota de las capturas. Estira el brazo desde el penúltimo peldaño de la escalerilla, que cruje levemente, y deja el trozo de papel sobre un libro de mapas. La operación no requiere palabras.

—¿Cómo está Ahmed? —pregunta Lolo mientras lee el trozo de papel con desgana.

—Aún dolor, pero ya anda poco, despacio. Mañana comer con los otros. Termina Ramadán —Mamadou parece esperar al siguiente silencio para volver a sus asuntos.

—¿Cuándo acaba el Ramadán? —insiste el patrón.

—Ahora, de noche.

La conversación entre ellos se simplifica hasta quedar en nada. Lolo regresa a su concentración, contemplando la amplitud que tenemos delante, agitada por unas pequeñas convulsiones que no llegan a ser olas, tan solo elevaciones que dejan nubes de motas líquidas, como un espejismo de bolsillo.

—A ver si Ahmed se recupera porque aún faltan días para que lo vea el médico... Cuando te pasa algo aquí estás jodido, cago en diola. Y si además tienes dolores es para volverse loco... Aunque no sé si es peor estar puteado en el barco o que te miren los matasanos de Castletownbere. Yo a esos no dejo que me toquen. Hay marineros capaces de resistir casi cualquier dolor con tal de no caer ahí. Lo grave se atiende en Bantry o en Cork. Y muchas de esas cosas graves lo son porque las empeoran los burros de Castletownbere. Al sanatorio le dicen «la morgue» —celebra con una palmada espontánea el comentario y vuelve a la seriedad de origen—. Y tú qué.

—Voy a bajar a ver a Ahmed, si no es problema.

—Dile a Xouba que le avise antes. Es un tío reservado. Aquí no estamos acostumbrados a las visitas, a ver si se va a mosquear.

Xouba no está en la cocina y Mamadou me acompaña al carro de Ahmed. Desconozco esta zona del barco, después de tantos días aún hay espacios insólitos para mí. Es el territorio de los marineros y Anxo, imagino que por respeto, se saltó esta parte en el *tour* de bienvenida. La relación entre los españoles y los africanos es distante. Solo los he visto compartir espacio en el comedor, pero en mesas separadas y cada cual en su conversación. Xouba es el enlace entre unos y otros. Conoce, hasta donde puede conocer, detalles de la vida de todos. Fuera del comedor no los he visto juntos. Cada cual está en lo suyo y quizá deba ser así. Demasiadas horas de mar en un espacio habitacional ínfimo propicia distancias siderales. En un barco hay que acercarse a los demás muy poco a poco para disipar la neblina que todos llevamos por fuera, y por dentro.

Mamadou avanza por un pasillo estrecho con dos requiebros. Pasamos por tres cabinas de ducha consecutivas y salimos a una zona más ancha donde una lavadora da tumbos pequeños porque perdió alguno de los anclajes. La temperatura sube seis o siete grados y el ruido del motor añade unos decibelios de más, casi insoportables. La puerta del carro está abierta y Ahmed tumbado en el catre de abajo de una de las dos literas. Un armario pequeño y una mesa atestada de ropa es todo el mobiliario. Por el ojo de buey entra al galpón una ráfaga de luz inconsolable. El olor es fuerte y húmedo, de catacumba. Al escuchar la voz de Mamadou, Ahmed vuelve la cabeza y guiña los ojos para adivinar quién más va. Gira muy despacio sobre la espalda, levanta levemente la cabeza y con amabilidad invita a entrar. La soledad de los camarotes nunca deja a los marineros solos.

—Pasa, pasa. ¿Cómo estás? Siéntate ahí, en la cama de Babacar. ¿Cómo estás? —Ahmed es de voz acogedora, en algunos momentos casi inaudible. Habla español con fluidez y con estructuras propias. Solo le delata algún derrape de erres y la volatilidad de las eses.

—Venía a ver cómo estás tú —digo intentando que no se haga demasiado silencio.

—Ah, mejor, mejor. Muchas gracias. La mancha negra de la pierna ya es pequeña, pero duele. También tengo mal aquí —señala el costado—, y eso es peor. Al levantarme es mucho dolor. Ayer aún meaba en una botella. Hoy he ido al baño apoyado en paredes... La comida me la trae alguno de ellos. No, no es bueno así, pero... ¿Y tú cómo estás? ¿Qué tal de marinero?

—A lo mejor le digo a Lolo que me quedo a vivir con vosotros —contesto.

—Ah, sí, sí. Yo te cambio el trabajo, amigo.

—¿Después de un accidente así no tienes más ganas de dejarlo?

—Pues claro. Y sin accidente. Pero es difícil. Tengo cuarenta y nueve años. Casi viejo ya y desde los quince en el mar. En Agadir salía en barcos pequeños, había trabajo y pagan muy mal. A los veinticinco empecé Gran Sol, vine solo a Galicia y dos años más mi mujer y mi hija mayor. Y aquí. Ahora tengo dos hijas más, españolas. En vacaciones vamos a Agadir, con mi madre y hermanos. Agadir es bonito. ¿Tú sabes?... Ahora mucha gente hace surf allí. Tengo una casa buena para nosotros. Y ya está. Mi mujer y yo queremos vivir en Agadir, cuando ya no pueda más... Doy gracias a Alá... Dice Mamadou que haces un reportaje.

—A eso he venido, sí.

—Esta vida no es buena, amigo. Muchos días mal. Muchas horas con frío, sin dormir. Eso no es bueno. La gente se pone nerviosa. Aquí lo mejor es lo tuyo y no pensar. Es lo que hacemos todos. Trabajo y callar. Los problemas son hablar. Si preguntas a los otros no dicen nada. Los africanos comprenden, pero se hacen sordos. Y no quieren que les miren. Yo estoy bien porque voy solo y el patrón me conoce... Mamadou es el jefe de ellos. Es bueno. Envía dinero a sus tres mujeres en Dakar. Cuando un marinero se va, Mamadou trae otro. Mejor senegalés, como él. Ellos se entienden...

—¿Y los marroquíes?

—A mí me gusta estar así... No quiero problemas. Mejor sin otro marroquí... ¿Y tu familia? —Ahmed baja aún más la voz, exagerando la penumbra de un camarote donde respiramos un aire estrangulado.

Babacar entra arrastrando el chubasquero que trae medio enrollado en una mano. Sonríe con la boca llena de dientes y busca en una bolsa de plástico. Saca una manzana pequeña, la pinza con las mandíbulas y se quita las botas de agua. El ambiente denso y mínimo asume un peso nuevo con un olor intenso a pescado crudo. La ropa de Babacar tiene escamas sueltas, alguna hebra de sangre seca, incrustaciones orgánicas de eviscerar y limpiar pescado. Ahmed ha callado y Babacar expande aún más su dominio repartiendo obstáculos por el suelo, sin hablar, con la manzana aún entre los dientes, buscando ahora en un macuto negro que guarda en el hueco que queda entre el suelo y la litera donde me senté. Al entrar le dejé el sitio. Saca un móvil y un cargador, de una dentellada parte media manzana y, sin despedirse, sale de nuevo.

—No le ha gustado que estés aquí. En verdad, vino a ver qué pasa —informa Ahmed.

—¿Qué le molesta?

—Que vengas a verme, que entres, que hablemos. Le habrá dicho Mamadou que se acerque.

—Es mejor entonces que me marche. Me alegra verte casi bien. En unos días estarás saltando a tierra.

—Ojalá, amigo. Ya duele menos, pero aún... Los senegaleses me preguntan qué te he dicho cuando vean salir a ti. No son malos, pero en un barco nadie habla mucho su vida. Todos llevamos pasado que no se ve.

La complicidad que muestra Ahmed también tiene sus rincones de sombra, pero no levanta almenas de vigilancia como los otros. O disimula mejor. Es un sujeto capacitado para no molestar a nadie. Para pasar desapercibido en un mundo irritable. Fue el único que al embarcar me dio la bienvenida diciendo: «Bienvenido». Luego hemos hablado dos o tres veces en el comedor o en cubierta, iniciando conversaciones que no se rematan y resolvemos con urgencia. Supongo que esta forma de vivir obliga y enseña. Aprendes de quién fiarte sin poner a prueba las relaciones. Una de las veces, Ahmed me explicó cómo llegó a España, en 1998, en un barco de bandera portuguesa donde iba enrolado y que faenaba en el caladero del Sáhara. Un barco «pirata», dijo, capitaneado por un nigeriano que exhibía las cachas de una pistola embutida en los riñones donde descansaba la mano al hablar, advirtiéndole de que cualquier desacuerdo puede resolverse con plomo. En el puerto de Funchal, desesperado, decidió desembarcar y preguntó a otro marinero marroquí cómo llegar a Galicia. Lo que sucedió en ese trayecto de varios días prefiere callarlo. En Marín contactó con un conocido de Agadir que faenaba en Gran Sol y este le dio cobijo, lo ayudó con los papeles y le consiguió el primer empleo de estibador en la lonja. Ahmed resume así una peripecia de la que es fácil deducir miedos, peligros, desconciertos, alguna humillación, algún desprecio. De la cicatriz que le cruza la palma de la mano derecha no dice nada. La discreción es un escudo. Todos saben cosas de los demás que es mejor no saber, temas escuchados aquí o allá, en los puertos, en las tabernas, en las familias. Conocerlos no estorba si disimulas que lo sabes y evitas hacer de ellos mercancía. Lo que nadie conoce de ti es lo que acaba por salvarte. Ahmed está hecho a este código de alerta, atento a que nadie rompa la membrana. Aun así, es el más conversador de los extranjeros del *Carrumeiro*. Y el que mejor habla español. Sabes, como sucede con todos ellos, que la vida no le es noble, ni buena, ni sagrada. Y que su biografía está hecha de daños. Daños que un ser humano puede soportar, aunque no siempre entiende. La resignación es parte de su fatalidad. Y quizá también sea de los que piensan, como yo, que aún podría empezar de cero.

XXIII

Este es uno de tantos días que pasan sin más. En tierra se resuelven solos; o no se resuelven, pero las soluciones parecen más a mano. En medio del Atlántico Norte la infinitud desorienta. Las gaviotas y los mascatos juegan con las corrientes de aire, al compás perezoso del avance del barco. Vamos a 3,5 nudos. El océano está como echado sobre sí mismo, ondulándose con una pereza taciturna que alienta la inquietud y aviva algunas supersticiones. Lolo habló el otro día de la locura. La locura de algunos hombres de mar. Su locura brusca, sin aspavientos. Un desquicie lento, que ultraja la mente muy despacio hasta que la troncha. La locura en el mar es la más ciega, porque se construye hacia dentro y es difícil adivinar cuándo descarga. Llevo once días de océano.

A cada jornada de embarque su realidad es más desportillada. Los marineros de Gran Sol pueden soportar extremos de fatiga incalculables en medio del océano, pero continúan. Cotas terribles de intemperie. Noches donde el estertor del agua es un presagio desproporcionado. Y semanas de inclemencias. Y meses en que humea la sospecha constante del fin del mundo. Pero se mantienen en pie porque su gran asunto no es vencer el miedo, sino negar la vulnerabilidad; y desarrollan como antídoto un humor surrealizante y espontáneo creyendo que es otra cosa.

He pasado horas mirando el agua y en algunos momentos sentía hacerlo desde el fondo de un ser que no soy yo. Es peor que mirar el fuego. Mucho peor. El mar disuelve ensoñaciones y otras esperanzas tejidas. Mirar el mar aviva la idea de lanzarse. Es irremediable. Qué sucederá si caigo. O esto otro: por qué no acabo de un salto. O cómo será sobrevivir a la caída. Incluso morir. Desaparecer en el océano, resbalar por el agua como por las grutas de un espejo. Ahogarse debe ser algo así. Impulsarse como si alguien dijese «ven» y no eres capaz de desoírlo, de frenar. La amenaza del mar es el otro equipaje.

Lolo habló de cómo algunos hombres son pulverizados por sus delirios. Y de quienes aprenden a convivir con ellos y cuando se desatan reaccionan con todo el cuerpo. Unos se encharcan de alcohol. Otros se amurallan en una

tristeza acantilada y las cuencas de los ojos les abollan el rostro. A estos hay que dejarlos en paz. Luego están los «asintomáticos», los más inflamables e imprevistos. Cuando Lolo tenía veintinueve años y llevaba dos de patrón, un amigo le pidió que aceptase de marinero a un sobrino que había salido de las drogas y al que convenía mantener alejado de las tentaciones. En altamar aún es posible. El muchacho embarcó un mes de mayo, cuando el tiempo es más bondadoso, de prueba para una campaña en Gran Sol. Tenía veintidós años. Un tipo flaco, de estatura también justa, simpático sin excederse. Las dos primeras semanas cumplió con el trabajo. Resistía poco, pero se esforzaba en hacer bien lo suyo. Después de quince días en un arrastrero el sueño se acumula, el agotamiento va haciendo túneles y es cuando la cabeza reclama munición extra de templanza. Una tarde entró un temporal de los que purifican vidas. Duró más de diez horas. El barco estuvo cuatro a la deriva. El agua se arrojaba contra la cubierta con fuerza devastadora y el viento atravesaba de popa a proa con un silbo de amenaza incesante. En casi treinta años de patrón han sido cuatro las ocasiones en que Lolo ha mirado alrededor, en medio de un temporal, seguro de que llegaba la hora de ser la nada que acabaremos por ser. Esta fue la primera. Los marineros callaban concentrados en el comedor, agarrados a cualquier cosa. Lolo pidió al costa que tomase el mando, bajó con los demás y se fijó en el chaval porque era el único que no tenía experiencia. Estaba sentado en uno de los bancos corridos, entre el cocinero y el jefe de máquinas, que le hacían de estiba. Pálido, sudando, disimulaba mal el terror. Se apretaba las manos con tanto empeño, suplicando, que las yemas de algunos dedos se habían amoratado. Lolo intentó calmarlo diciendo que si superaba esto ya era marinero de Gran Sol. El muchacho levantó la cabeza y le devolvió lo que antes había sido una mirada. Sus ojos eran dos ruinas. Alguien le ofreció un cigarro ya encendido y sin deshacer el nudo de las manos, como un reo, fumó el pitillo a caladas hondas, tratando de dominar el temblor que saltaba de los hombros al pecho. Le costaba llevar la boquilla a los labios. Lolo presintió que aquel joven estaba a punto de romperse. En unos días se dejarían notar las cicatrices del espanto. Algunos desórdenes psíquicos provocados por situaciones traumáticas o extremas se manifiestan tiempo después, lejos del agravio o del peligro. Cuando pasó el cataclismo todos regresaron a sus puestos. Habían perdido las redes. Uno de los cristales del puente de mando estaba reventado y todo lo posible había caído al suelo. En los camarotes sucedió igual. Tardaron medio día en volver a una cierta normalidad, con la fatiga acumulada taladrando hasta el último rincón de la sangre. Llevaban treinta

horas sin dormir y se mantenían en pie, sin fuerzas, avivados por un extraño pico de vehemencia propio del regreso a la calma implorada. Lolo apuraba el turno en el puente, con el rumbo del barco corregido. Mantener el tipo ante la tripulación era un bautismo necesario que confirmaba su recién estrenada autoridad. Había dado orden de lanzar unas artes nuevas cuando el chico, transpirando locura, apareció sigiloso. Al patrón le extrañó la osadía de subir al puente sin porqué. Balbuceó algo inaudible y al segundo repitió con más claridad las mismas palabras. Quería darle las gracias por la confianza, pero este oficio no era para él. Lolo le dio la espalda y contestó con unas frases distantes: «Vete a dormir, anda. No es momento de gilipolleces... Aún queda para volver a tierra. Ya habrá tiempo de agradecer y de no regresar más». Si no es por algo real o muy concreto, un marinero no irrumpe en el espacio del patrón. Y menos cuando se ha dado orden de lanzada. Quizá fuese el agotamiento del novato, que hace más estragos que la impericia. A los cinco minutos, Lolo oyó unos gritos acumulados, como aullidos. Redujo a poca y sacó medio cuerpo por la puerta de estribor. Cuatro marineros daban la alerta atropellándose: «¡Hombre al aguaaaaaaaaa! ¡Hombre al aguaaaaaaaaa! ¡Hombre al aguaaaaaaaaa! ¡Hombre al aguaaaaaaaaa!». Lolo preguntó quién, cuándo, dónde. «¡El nuevo, el chaval, se ha tirado ahora mismo! ¡Lo he visto saltar! ¡Desde ahí, saltó desde ahí!», dijo uno. Lolo puso el motor al ralentí, cogió los prismáticos y cuando regresó a cubierta ya eran ocho hombres buscando a voces en un mar imposible de convencer para segundas oportunidades. La superficie había quedado lisa después del aquelarre de la noche anterior. Una hora estuvieron sondeando cada palmo de océano alrededor, recorriendo la cubierta para abarcar toda la superficie. El rizo de alguna pequeña ola confundía la espuma con el cuerpo del joven, pero no era. Los gritos de llamada se espaciaron hasta apagarse. Con las voces también se desplomó el ánimo. Lolo ordenó que cada uno ocupase su puesto. Cómo imaginar que aquella despedida absurda era una sentencia cierta. Un marinero ahogado es un minucioso fracaso. Se llamaba Xesús. No dejó evidencia de haber podido cumplir ningún sueño. Ni siquiera el desesperado encargo de ser marinero en Gran Sol.

XXIV

Ceno solo y temprano, a plena luz. La tripulación se dispersó hace un rato. Esto es lo más cerca que se puede estar de la calma. Los ruidos del barco parecen también amortiguados. Xouba recita el menú desde el fondo de la cocina y me presenta a la vez los dos platos y el postre. «Lo saco junto porque voy a ducharme. Cuando termines déjalo en el fregadero, por favor. Puedes repetir si quieres. A lo mejor vuelvo antes de que marches», informa. Ha preparado alubias con chorizo y filetes de gallo rebozado con grelos. Para los africanos, pasta con tomate de primero. Tengo hambre por primera vez. Estreno una tranquilidad a la que estoy desacostumbrado. Estar solo tampoco es una huida, y eso también es nuevo. El repertorio de olores acumulados en el comedor casi ha dejado de molestarme. En este momento podría ser uno de ellos. Ahora sí.

Laura estará empaquetando sus cosas en Madrid. O quizá ya ha dejado la casa después de que alguna empresa de transportes —podría ser la misma que contratamos hace siete años— saque las cajas de libros, de ropa, de cachivaches más o menos inútiles, algo de vajilla, recuerdos. Sus cosas de vivir juntos, por siempre tiznadas de nosotros. Convivir es una manera de soldar una existencia a otra y levantar un escenario común con lo acumulado. Con lo que se ve y con lo que se borra. Por mucho tiempo mantuvimos el propósito de no dudar jamás de nosotros. Nos dejábamos llevar, sin más. Teníamos la casa hecha y las expectativas claras. Los veranos plácidos, los trabajos estables, el sueño ligero, el carácter amable, el deseo de aventura controlado, los desengaños precisos, la sonrisa fácil. Nos contagiamos la certidumbre (cada cual a su manera) de que envejecer juntos era dejar que el tiempo nos desgastase hasta confirmar que habíamos llegado a viejos en paralelo, sin esfuerzo. A mí esa predicción me gustaba porque era directa, sin escalas. Un propósito pequeñoburgués, limitado, sincero, mediocre, acogedor, necesario. Creer en una rutina con final resuelto me permite caminar sin más sobresaltos que los irremediables. Y confirma la cobardía que aceptan los hombres y mujeres en favor del fastidio, del remordimiento, de la tristeza que también genera (a veces sin lógica) la convivencia. Teníamos la frágil

garantía de no estar solos, porque la soledad indeseada es enervante. Ya que descartamos tener hijos tendríamos ambición en lo nuestro. (Los dos gatos, por el momento, se van con ella). Esta forma de claudicar, a los cuarenta y tantos, es imperdonable.

Algo que desespera a Laura es mi incapacidad para entender qué ha sucedido. Ella lo tiene claro y diagnosticado: «Nos estamos acostumbrando peligrosamente a no esforzarnos». Lo verbalizó varias veces, casi siempre cuando regresábamos a casa después de alguna cena con amigos en la que se hacía competición de proyectos, de planes, de futuros. «Tenemos una relación llena de detalles amables, pero poco más». Yo sí veía algo más, y por ahí quizá me extraviaba. Quiero decir: sentía que estar juntos era el camino. Claro que habíamos perdido la propulsión del principio. Incluso a veces bastaba con sentir un razonable cariño, un protocolo de gestos más o menos trucados, para compensar la escasez de otros estímulos. Nos habíamos reducido a oficio, no a necesidad. Y en esos términos un mundo en paz, quizá demasiado, puede ser abominable. El cariño, sin más, es una mansedumbre, un desfallecimiento, una compensación barata. Y solo aporta palidez, un vago resplandor. Lo que pesa es amar, por eso hay algo patético al sentir que el vértigo del inicio es, antes o después, un fuego con asas. Eso es lo que sucedió. Eso es lo que sucede.

Siete años después de comprar la casa en la que consumirnos muy despacio estoy cenando solo en el inconsolable comedor de un buque arrastrero. A cinco mil kilómetros, a bordo del *Carrumeiro*, en el océano Atlántico, consciente de que mi vida con Laura se reduce, sin vuelta atrás, a un puñado de matrices sentimentales e instantes de memoria que modularé a mi gusto, a veces con temor y otras con hostilidad. Sin acontecimientos extraordinarios con los que justificar tanto desastre, lo nuestro será un vulgar relato de chimenea.

XXV

Son las nueve y cuarto de una noche que aún no anochece. Cuando subía al camarote llegaron los africanos. Uno soltaba carcajadas mientras los demás celebraban su risa con aplausos huecos de palma dura. Me saludaron en medio de su fiesta, pero sin dar opción a más. Hasta ahora no los había visto reír así. Las pocas veces que he intentado acercarme me han observado como a un aparecido. Responden con desgana cuando les pregunto, mirándose unos a otros y aprovechando cualquier excusa para dar la vuelta con gesto de liberación. Para ellos estar aquí es una alternativa a no estar mucho peor en cualquier otro lugar. Su trabajo es terrible y lo saben, lo saben mejor que quienes creemos que lo es al verlos trabajar en la cubierta o en el parque de pesca, en situaciones calamitosas y por un salario injustificable. Siempre se mueven juntos, repartidos en parejas o grupos de tres. Hablan solo de lo necesario con el resto de la tripulación, con los gallegos. A veces su discreción parece más desconfianza. A veces la desconfianza se parece al temor. A veces el temor incuba odio.

XXVI

Desde esta posición, tumbado en la litera, veo cómo decae la claridad en el exterior. El cielo parece absurdamente animado, aunque solo acumula unos vahos de nubes levísimas. Son las diez y dieciséis de la noche. Recordé mi casa tropezando mentalmente con las esquinas, con las sillas, con los pocos muebles. Pensar en la casa propia cuando estás lejos es un ejercicio extraño, le da a los espacios profundidad, amplitud. Todo parece en su sitio, pero a la vez adquiere una dimensión de nebulosa, de media luz. Es muy difícil recrear con nitidez el lugar donde uno cree ser más cierto, pues la lejanía estrangula los detalles. Vuelvo al ojo de buey, por contagiarme de la energía de este anochecer. Pienso en mis padres, que nunca cruzarán ni verán este océano. Les mentí suavizando lo que ni yo sabía y convenciéndolos de que esto era algo parecido a un crucero. Si les hubiese dicho la verdad habrían intentado disuadirme, y sufrirían más. La familia es una escuela de hacer rehenes. La familia es consciente de que sus miembros, aunque en la superficie varíen, tienen su fuerza en la estructura común. Una familia, como conjunto de seres, no siempre sale bien. Da igual en el amor y en el odio. Tengo la tentación de llamar a mis padres, en Madrid es una hora menos. No provocaría sobresaltos. Cojo el teléfono de uno de los bolsillos del macuto y mentalmente repito el número con la pantalla a oscuras. Lo vuelvo a dejar porque no hay cobertura y tampoco querría explicar qué hago, cómo es esto, si hace buen tiempo, si me tratan bien. Mi aval, para ellos y para mí, es hacer una serie de reportajes, aunque hasta ahora solo tengo unas cuantas notas fugitivas en un cuaderno gordo. Escuchar sus voces afianzaría el presentimiento hiperreal de que fuera del barco una parte de mi vida se está desguazando y no sé oponer resistencia. En el *Carrumeiro* también soy una sombra que se mueve sin pasado ni porvenir. Me gusta la sensación.

Aparte de eso, tengo una relación difícil con aquello que más quiero. Una dependencia que se manifiesta mal porque puede ser a la vez entrañable y áspera. Me sucede con mis padres y con mis libros. Con Laura y con los gatos. Con los amigos. Con el periodismo. Y, de otro modo, con este mar que

se mete en la cabeza y estalla dentro, insulta y hiere, liberando temores y falsos heroísmos. Parece que aquí la vida no avanza.

Hace horas que navegamos en paz, casi inmóviles. Desconfío sobre todo de la calma y de la inactividad. Su conspiración suele ser peligrosa. Apago la luz de la litera y en la oscuridad de este espacio húmedo —donde podría dibujar en el aire como en el vaho de un espejo— escucho al barco respirar.

XXVII

Despierto de golpe. Abro los ojos con el atropello de quien sale de una pesadilla, pero no recuerdo qué he soñado. Tampoco sé si he dormido o pasé el rato en un suave aturdimiento. El camarote tiene la misma negrura que el poco cielo que recorta el portillo. En cubierta suenan voces que llegan a mi litera como un eco sonámbulo. La balada de las cadenas que tiran de las redes lo agita todo. Los marineros están virando. Busco el teléfono, toco la pantalla y la hora que aparece aumenta el desasosiego. Son las cuatro menos veinte de la madrugada. Es inútil intentar dormir. El ruido, que empieza con un rumor de termitas, se hace fuerte según se activan los sentidos. La noche tiene una ligera inclinación de nave, y el barco, en la operación de subir redes, oscila nervioso. Al incorporarme noto el cansancio y un viejo resentimiento de noche perdida. Me ajusto las botas y subo al puente de mando, donde Bieito trastea las palancas de recuperar las artes. De uno de los ordenadores sale a buen volumen música tradicional gallega de mucha gaita. No se entera de que estoy aquí porque cerré la puerta con cuidado para no sobresaltarlo. La canción acaba con un contrapunto obeso, ronco. Entonces saludo.

—¡Carallo! ¿Qué haces, chaval?

—Ya se me acabó el sueño. ¿Va bien?

—Qué va. Una mierda. Me da que esta marea... Ni en Porcopín está el chollo normal... Ahora cuando acabe me vas a ayudar a rellenar un impreso, así te entretienes. Es por si viene la patrulla irlandesa a inspeccionar. Estos cabrones aparecen sin aviso y si no tienes los papeles listos te hacen mil preguntas hasta que pierdes el día. ¿Quieres una cerveza?

La música sigue y Bieito se vuelve hacia la popa para rematar la lanzada. Cuando los marineros desaparecen saca una carpeta de un pequeño armario que hay junto a los mandos y busca entre los separadores.

—Esta es la hoja de marinería. Aquí tenemos que estar todos, con la copia de la documentación. Toma, díctame los números de pasaportes.

Reviso los nombres. Once. Los vuelvo a leer. Miro en el reverso. Nada. Once nombres.

Bieito prepara sobre la mesa un plumier escolar, saca un lápiz afilado, se pone las gafas y busca algo más en la carpeta. Es un tipo ordenado, de los que maldicen cualquier desajuste.

—¿Es la documentación de todos los del barco? —pregunto.

—Sí, esta hoja sellada da cuenta de los que venimos.

—¿Y si no aparece el nombre de alguien?

—Entonces no está en el barco —dice inclinando levemente la cabeza y mirándome por el hueco que queda entre las gafas y las cejas.

—Pues yo no estoy.

—A ver, déjame —repara cada nombre moviendo los labios—. Coño, no estás. Eso es que no existes... —Hace una pausa, repasa otro documento que tiene al lado del impreso a rellenar y vuelve a mirarme—. ¿Tú esto con quién lo hablaste?... Ahora mismo eres un polizón o un fantasma. Como aparezcan los irlandeses tendremos baile.

—¿Qué sucedería?

—Pues detendrían el barco y nos obligarían a volver al puerto más cercano. Ahora no sé cuál. Te llevarían a comisaría, a nosotros nos retendrían a bordo y solo puedes esperar que el armador los convenza de que estás aquí porque eres periodista y todo eso... Algo que a ellos les importa poco. Lo que harían es repatriarte, a nosotros mandarnos para casa y al armador sacarle la pasta con una multa y una penalización del cupo de pesca... El caso es que no estás... Una putada... Vamos, lee los nombres y los números de pasaporte.

—Pero entonces, si no estoy en la hoja de marinería...

—Pues es como si no estuvieses en ninguna parte. En el mar no vale con dar el carnet de identidad... Ahora ya no se puede hacer nada. Venga, dicta.

Los leo despacio, pronunciando cuidadosamente las sílabas, repitiendo dos veces cada número de identificación. En el caso de los africanos, deletreando cada nombre y apellido. Al terminar, Bieito da las gracias y sigue con el papeleo murmurando en voz baja frases indescifrables con un cabeceo de desaprobación. Le pregunto por lo mío, lo del polizón o el fantasma, pero vuelve a subir la música que había bajado hace unos minutos acusando más mi estado de cuerpo sin acreditación.

Salgo a cubierta por estribor. El aire manso y limpio es casi pacífico. El mar convoca alrededor del barco una espuma débil que tiene algo de respiración luminosa, porque la superficie negra se entiende mejor cuando el blanco de la espuma hace veraz la conjetura del agua. No estoy en este barco. Para las autoridades irlandesas o españolas no estoy aquí y tampoco debería estar. Exactamente soy un polizón, con la carga fugitiva que eso tiene. De

algún modo me he arrancado del mundo físico de las cosas para incrustarme en el espacio platónico del mar. Y lo he hecho con una ingenuidad punible. Cuando recibí la confirmación del viaje no se me ocurrió preguntar cuál era mi situación legal dentro del barco. Creo que nadie pregunta algo así. Embarcas y navegas, eso es todo. Acabo de saber que legalmente no existo en una realidad cercada de normas, fronteras, balizas, reglamentos, números de identificación, aguas territoriales, aranceles, aduanas, códigos, tempestades. Es extraño, incluso agradable, casi excitante. Nunca antes había sido un descolgado burocrático. Mi condición es la de un tipo ajeno a la servidumbre de existir con los papeles en regla. Si cayese al mar mi naufragio sería el de un intruso, un ilegal. Existo porque once marineros me ven. Existo porque Laura sabe dónde estoy mientras borra sus huellas de nuestra casa pensando quizá en mí, o en el hueco que queda de lo que un día empezamos a ser hasta disolvernó. No tengo rastro legal en el océano. Mi pista desapareció en el puerto de Castletownbere hace unos doce días. Fue la última vez que mi documentación cumplía los requisitos de un extranjero. Soy parte de otro mundo. El de millones de seres sin sitio.

El mismo viento que me despeina y me confirma en esta cubierta, bajo la oscuridad vertical, proyecta una inconcreta sensación de vacío. Es algo que los demás no pueden percibir. Uno sabe cuándo existe, pero seguramente desconoce cuándo no. A veces una hoja de papel marca la diferencia. Respirar, apoyar un pie e impulsarse, saber tu nombre y apellidos, tener conciencia de tu origen, presionar con dos dedos la yugular del cuello y sentir el flujo de la sangre, aprender a decir «no», rechazar una injusticia, haber sido a rachas feliz, padecer alguna enfermedad leve, llorar a los muertos, huir, no aceptar lo inevitable. Esto, todo esto que es una afirmación minúscula de la existencia, pesa ahora menos que un documento timbrado donde la legalidad iguala a los seres decentes y a los indeseables. Estar fuera de sitio propicia un inesperado arrebató de placer.

El descubrimiento, por un momento, cambia radicalmente mi relación con el barco, con la tripulación y con el océano. Estoy aquí, pero a la vez no estoy. Aquí he vomitado y he sentido el cuerpo como un trozo de carne transpirada. Desde aquí he dejado un mensaje en el contestador de Laura. Ahora podría gritar y ese acto sería una afirmación incontestable de la existencia. Pero a la vez pertenezco a alguna de las tipificaciones del delito y sospecho que alguien más, igual que Bieito, lo sabe. De hecho, su escenificación del imprevisto ha sido escasa, distraída, de carril. En cuanto rellenó el albarán volvió a subir el volumen. Desde cubierta lo observo

abriendo y cerrando mapas en uno de los ordenadores. Ha evitado el asunto, no ha propuesto dar aviso al armador, ni a Lolo, ni a la comandancia de marina de qué sé yo. A mí no me parece mal seguir fingiendo. Es un pacto del que se me ha hecho partícipe cuando carece ya de arreglo.

Una suerte de exultación presiona el pecho en medio de la noche que empieza a desteñirse por el lado aquel del cielo, despacio pero con decisión. Sin darme cuenta, me disgrego con cada ola. Después de un descubrimiento así el ambiente logrado podría enrarecerse, sin embargo presiento que irá a mejor porque he sabido el secreto que aloja el *Carrumeiro*, y paradójicamente soy yo.

No recuerdo a qué hora regresé al camarote. Pero fue cuando Bieito dio aviso de virar las redes con los tres timbrazos mientras el amanecer tomaba la forma de un capuchón de nubes recién bruñidas. Ya no sonaba la música en el puente y en una esquina de la mesa de derrota estaban las notas para Lolo, que en breve subirá a dar el relevo. La humedad perdía el relente de alambrada hostil que despliega durante la noche y el sueño descargaba en los párpados suaves oleadas. Llevaba dos horas de pie, apoyado en el barandal de estribor, y tenía las piernas entumecidas. Estaba acoplándome sin sobresaltos a mi nueva situación desmanejada. En este momento, la parte más acogedora de mi existencia es no ser lo que creía.

XXVIII

El día empieza tarde y lleno de promesas. Me cambio de ropa por segunda vez desde que embarqué. Xouba dejó ayer sobre mi catre el repuesto limpio que llevé a la lavadora. Este gesto mínimo y mecánico es ahora una declaración de intenciones. Las prendas huelen bien y tienen un tacto desacostumbrado, suave, fresco, propicio para compartir. Me siento a anotar en el cuaderno impresiones del viaje. También pienso en Laura, y en que debería ser parte de los reportajes que me encargaron porque ella es un motivo más de que esté aquí, y de que al regresar mi vida vaya a ser otra, de algún modo. No es lo que quiero, pero es lo que será. Ahora sí, escribo con la intención de que esto sea la base del trabajo cuando llegue a Madrid, a mi casa, a la redacción del periódico (donde el tiempo también parece siempre el mismo). He despejado la mesa del camarote y por primera vez me concentro en escribir, ocupando un tiempo que hasta ahora he consumido sin plan, sin estrategia, sencillamente dejándome resbalar. ¿Pero qué he hecho hasta ahora? Y a esa pregunta podría contestar radiante con una sola palabra: nada. He vivido como había que vivir.

Y, sin embargo, cada uno de los días que llevo en el mar me parecen días logrados. Después de un tiempo, los hombres en Gran Sol se desprenden de cualquier abstracción y adoptan una realidad donde refugiarse: concreta, única, propia. Aprendieron que el océano no se idealiza: se soporta y se respeta. Y cuando están en tierra es fácil entender que de algún modo son conscientes de estar fuera de su hábitat. Sus vidas se han adaptado a la superficie ondulante del agua, a esa mitología acotada por el perímetro de una embarcación donde un aire medio heroico y de condena los va alejando de la tierra por partes.

Alguien llama a la puerta con dos toques suaves. Al preguntar, dice: «Soy Ahmed», y desde el umbral saluda:

—Buenos días, amigo. Solo que veas, ya puedo andar. Cuando estoy parado me duele un poco, pero ya es mejor. ¿Tú qué tal? —Su voz es cálida y monocorde.

—Bien, estaba repasando notas del viaje. Me alegra verte recuperado. ¿Sabes cuándo irás a un médico?

—Mamadou dice que en cinco días. Ya casi. Eso es muy bueno, amigo. Ahora puedo caminar un poco. Quiero trabajar. Si me llevan a España perdería el dinero. El dinero hace falta. Ya casi ando bien. La semana que viene, la semana que viene, *Inshallah*. Adiós, amigo.

Ahmed hace una discreta reverencia con la cabeza y cierra la puerta. En cinco días, le ha dicho Mamadou. En este momento me sobrecoge la idea de regreso. Resisto con gran esfuerzo en la mitad exacta de algo que me resulta difícil calibrar. ¿El animal que soy podría resistir separándose definitivamente de cuanto conoce? ¿Cuál es el peaje de cambiar el rumbo de una vida? ¿Y qué lo impide cuando no hay en verdad ningún impedimento? Aquí hay once marineros y cada uno tiene sus motivos para llevar esta existencia inconcebible. Mi osadía, por alguna razón, ha sido embarcarme con ellos contra todas las previsiones y eso coincide con un caos íntimo a punto de desatarse. Si no hubiese sido en el mar habría sucedido en otra parte. Pero es importante dónde ocurre porque estoy aquí, convencido de una decisión que, en rigor, alguien ha tomado por mí y por la que tantas vigas crujen. Que sea ahora, en este barco, a esta edad, no es casual. Cuando regrese a Madrid la marcha de Laura será el principio de la arritmia. Quizá no bastaba con cambiar el escenario.

XXIX

En la cubierta Lolo discute con Graxa por algo del motor, que sigue dando problemas. Graxa vuelca medio cuerpo dentro del portillo de babor. Apuntala sus frases con el destornillador que lleva en la mano izquierda. «Te digo que otro temporal no lo aguanta, así que tú mismo. Vamos justos para lo que queda, ya veremos si no hay que parar unos días en Castletownbere para cambiar más piezas». Con la misma herramienta me saluda y se despide. Son las doce y cuarto y la claridad va en aumento. Las nubes han desaparecido y es como si el cielo ayudara al océano a reposarse. Lolo se vuelve hacia mí con una mueca maliciosa.

—Así que estás preocupado porque no apareces en la lista de tripulación.

—Me extrañó, sí. Pero no sé cómo funciona esto. Imagino que no será nada grave —respondo como si el asunto no me importase demasiado.

—Pues claro que es grave, carallo. Si nos pillan se arma la de dios —no disimula el enfado—. A mí me dijeron que debía de ser así y tampoco quise protestar, pero es un problema. Si no fuese porque hay once familias que comen del pescadito que sacamos, por mí como si nos bombardean, pero como a los gilipollas de los irlandeses les dé por venir a enredar, vamos a tener baile. Si nos paran el barco, la marea se va a la mierda. No sé en qué cojones estarían pensando en Vigo. En fin, ya no tiene solución.

—Pero de todo esto no sabía nada hasta ayer.

—No lo digo por ti, chaval. Lo digo por quien lo digo. La culpa no es tuya, qué ibas a saber. Lo que me jode es que te hayas enterado, porque estos asuntos es mejor callarlos. ¿Quién más sabe que estás aquí?

—Mi mujer. O mi exmujer. O lo que sea. Mis padres y alguna gente del periódico.

—Media España. A ver si a alguno, con el rollo de que no hay mucha cobertura y con ganas de saber cómo lo estás pasando en el barquito, le va a dar por llamar a la Comandancia de Marina, al puerto o a la puta cofradía de armadores de Vigo y preguntando nos la lían. Ah, y ni se te ocurra contar nada en los reportajes esos.

—No te preocupes. Dudo mucho que nadie vaya a llamar a Vigo para preguntar por mí. A no ser que haya noticia de un naufragio o que encontremos un tesoro y salgamos en la tele, claro —la broma solo ha logrado una mueca oblicua de Lolo—. Me envían mensajes al teléfono y cuando hay algo de cobertura les contesto. Con eso basta. Lo advertí antes de viajar, que podía pasar días sin comunicarme —estas explicaciones me parecen estúpidas, pero la situación, por absurda, acepta cualquier marrullería.

—Veremos. Nos quedan cinco días de marea, así que con un poco de suerte pasas otra vez de fantasma a periodista sin que nadie se haya dado cuenta. ¿No te gusta ser un tío perdido en el mundo? —Esta vez acompaña la pregunta con dos palmeos rápidos.

—Tampoco sabía que regresábamos ya. Aquí es difícil mantener la noción del tiempo. En cualquier caso, lo de ser un fugitivo en medio del océano está muy bien. Aunque sea un fugitivo que no sabe serlo. Podría dejar atrás mi vida de ahora y empezar de otro modo.

—Bueno, bueno, tampoco seas peliculero. Los de tierra os imagináis esto como algo romántico, una aventura de gente que huye y lucha contra calamares gigantes y bebe ron y tienen patas de palo, manos de gancho... Pero esto es un trabajo. Una mierda de trabajo, pero un trabajo. Distinto a lo habitual, sí. Muy pocos lo soportan y no tenemos tiempo de ir al psiquiatra, como vosotros. Esto tampoco es un libro de aventuras. Nuestro objetivo y el tuyo son el mismo: volver a casa.

—Aunque yo no esté aquí...

—La historia de Gran Sol está llena de gente que, como tú, estaba y no estaba. Hasta hace veinte años se enrolaban algunos dispuestos a desaparecer por cualquier asunto de tierra, pero ahora es complicado. Por los mares del sur, que son más difíciles de controlar, aún hay tripulaciones fantasma en barcos que navegan sin licencia. Pero esa vida es aún más mierda. Suelen ser piratas, narcos, buscavidas, *colgaos* de aquí y de allá. Lo mejor es no cruzarse con ellos. Aunque el mar, igual que desgasta o aniquila, también salva a gente... No te hagas novelas, chaval. En cinco días vuelves a ser un periodista de Madrid con la vida en orden. No echarás de menos esto.

—Te aseguro que la vida en orden es justo lo que no tengo en este momento.

—No jodas que me han metido a bordo a un prófugo —finge un gesto de asombro, teatralizando con las manos en alto como en los atracos.

La radio parte en dos la conversación con ese ruido de pisar hojarasca con que avisa de una llamada. Es el patrón del *Celeiro*, regresan a Vigo después

de setenta y cuatro días de marea. Los barcos, alguna vez, cruzan la información de sus destinos cuando no hay amenaza de competencia. Si aciertan con la zona de pesca suelen cortar la comunicación durante unos cuantos lances para evitar ser detectados. Un barco navegando en círculos es, en Gran Sol, un barco con suerte. Estos hombres viven de lo que capturan y compartirlo es ganar menos. Como el mar está sosegado, el *Celeiro* se distingue a lo lejos como una mancha. Lolo y el otro patrón intercambian algunas frases en gallego, tres o cuatro risas y un par de gritos. Se dan el turno de palabra con un «corto» seco y rápido hasta que uno pronuncia «corto y cierro» y el estruendo se acaba sin más. Lolo cuelga el micro en el gancho y murmura algo. Parece víctima de una traición imprevista. Anunciar el regreso a casa aviva una nostalgia que abre surco en las caras de quienes se quedan. Lolo barre el mar con los prismáticos y se detiene en la ruta del *Celeiro*.

—El cabrón ha hecho una campaña guapa. Es buen patrón. Sabe dónde están los peces. Este ha pillado bien, para qué va a despedirse si no es por joder. Pues *bye, bye*, que te vaya bonito.

—¿Por qué os cuesta cruzar datos? Si él regresa podría deciros dónde encontrar más peces.

—A veces sí nos contamos, pero solo cuando hay de sobra. O sea, casi nunca. Nos ayudamos en las desgracias. Y si muere alguien, el luto es de todos. Pero con la pesca es otro asunto. Tienes que *safarte*. Si uno lleva sesenta cajas, tú debes conseguir setenta. Lo que no puedes aceptar es que vuelves con las manos vacías o con menos que los demás... La radio solo la cogemos para llorarnos o para jodernos. Las buenas noticias son muy caras en el mar... Y la envidia, grande. Si él me da hoy coordenadas de buena pesca ya quedamos hipotecados los dos. Así que mejor buscamos nosotros, aunque no parece que vayamos a sacar demasiado... ¿Y tú qué carallo decías de la vida sin orden? —pregunta a bocajarro, que es su manera preferida.

—Ah, nada. Me refería a que lo único que tengo claro de mi vida es que estoy aquí. Imagina cómo será lo demás. Antes de salir de Madrid mi mujer me advirtió de que al regresar ya no estaría en casa. Fue la mejor manera que tuvo de decir que nos separamos. Mejor así, dijo, aprovechando este viaje. De otro modo, insistió, sería insoportable. Casi le di las gracias, pero ahora mismo no tengo ni idea de qué sucede con mi vida. Y esa sensación es tremenda. Cuando llegue habrá algo que se notará más que el regreso, la ciudad, el barrio y la casa: será la ausencia. Pasaré de estar aquí, en una inmensidad, a ocupar un espacio de ochenta y cuatro metros cuadrados de años compartidos.

Por la escotilla de babor se avista ahora una agitación de nubes impulsadas por un viento suave pero firme. El cielo tiene un reverbero hermético, de goma compacta que acumula tensión para estallar. En algo más de una hora el tiempo ha vuelto a su bronca con esta luz de vago color ceniza. Me fascinan las líneas perfectas de un cielo tan abrupto.

—Pues este no es buen lugar para lamentarse, chaval. Aquí cada tres horas hay que aparcar los pensamientos y recoger redes. A veces es una putada, pero la rutina también alivia. Todos tenemos nuestros problemas, pero si algo aprendes en esta profesión es a no alborotarte demasiado. Todo se resolverá de un modo u otro, a su tiempo. Desde el mar no pretendas que lo de tierra salga a tu manera. No sé cómo será tu vida, aunque a lo mejor no va tan al paio como crees. Y si va, pues ya te llevará a algún destino. Fíjate en el mar, antes o después escupe lo que le sobra y mantiene lo que necesita. Así que no me jodas, sácanos guapos en los reportajes esos y a lo demás que le vayan dando.

Lolo no espera respuesta porque después de la última frase se vuelve hacia la mesa de mandos. Salgo a cubierta, el horizonte sigue a la misma distancia de siempre y empiezo a sentir un vértigo nuevo. Un malestar que no reconozco. Distinto al de mi hipocondría. Un miedo que en el pecho centrifuga de otro modo. Una extrañeza que conspira con la respiración y la hace más lenta. Me acoplo en las escalerillas que bajan a cubierta, entre dos hatos de redes, y contemplo la mecánica constante de las olas enemigas. Pequeñas y precisas. Siento el deseo de abalanzarme sobre ellas. No es un impulso suicida, sino claramente vital por fundirme con el agua y aparecer en cualquier otra geografía que no sea el barco que conozco, el país que me da sitio, la casa que ya sé.

Estar aquí es aprender a ignorar. Hay quien extraña con desconsuelo y hay quien recuerda con agonía. Si repaso mi vida apenas nada me conmueve. Escribir aún me sujeta el ánimo, eso sí. Escribir en el periódico. Escribir donde pueda. Me vale cualquier superficie. En Gran Sol la mitad de la vida consiste en recordar y rechazar mientras que la otra mitad desea y lamenta. Sé que habrá un día en que pierda Madrid y continúe en cualquier otro sitio. Un día en que mis padres serán el recuerdo de aquello que no supe darles. Y un día en que el nombre de Laura no retumbe como una culpa o una herida. Sé que habrá un día en que seré la cruda desgracia de un hombre viejo. Sé que hasta entonces este es el mejor instante de mi vida. Resucitar de entre las olas perpetúa la sensación de provisionalidad y destierro, de tiempo cancelado y de espera sin motivo.

Por la puerta de estribor que conecta la cubierta con el parque de pesca y la sala de máquinas sale Anxo fumando un pitillo apretado entre los labios y exhala una bocanada densa, tosiendo como una pequeña locomotora. Al verme estira la mandíbula y ofrece una de esas sonrisas ligeramente atormentadas que había olvidado.

XXX

Después de doce días de navegación, la calma del camarote podría ser envidiable. Aunque la tarde es clara, este momento parece suspendido en el interior de una niebla. El agua solo obedece al agua y la tarde está quieta, con la actividad de siempre pero quieta. Querría esta vida un poco más, incluso sabría hacerlo mejor. Aún soy un fantasma apareciendo a horas desiguales en el puente de mando, en el comedor, en la ducha, en los pasillos, en cubierta, en la sala de máquinas y en el parque de pesca. Un brillo insolente traspasa el ojo de buey dando a este momento la imprecisión de un presente simultáneo que sucede dentro y fuera de mí. Cuando creí estar muy lejos de donde vivo con la documentación en regla, aliviado por la distancia y por el error administrativo que me mantiene en el barco con una sensación que solo conocen quienes están alejados de los protocolos, hay que regresar. Sospecho que esto le sucede a casi todo el mundo alguna vez. Cuando tomas distancia de las cosas, a veces resultan insignificantes. Así que la vida es como la vives, lo demás lo inventas. El día en que regrese a Madrid sé que todo estará corrompido por una serie de decisiones sin remedio. Me siento ligero. Me siento como un sospechoso al que han desbaratado la trampa. Aunque esa trampa es todo lo que soy y no hay más plan que lamentarlo. Cuando vuelva no habrá nada de lo que tanto quise. Laura ha girado a destiempo la llave. Estoy en el carro, tumbado en el catre, casi atrincherado entre mis propios fantasmas. Estos hombres a los que acompaño en mitad del mar son mi familia inmediata, los procuradores de mi sosiego. Lo que intimida es la idea de volver a lo que conozco, como si regresase después de siglos de abandono. Qué raro es todo.

Hace días que no marco el número de Laura. Ella tampoco ha llamado. Hablé con mi madre. Presintió algo, pero para evitarme el juego de disimular lo achacó todo al cansancio. Sabe que algo sucederá, pero cuándo y qué. De algún modo sabe que estoy tropezando con las sombras que dejé en Madrid.

Es la primera vez desde que embarqué que siento algo parecido a la alegría. Mi bienestar radica en no hacer nada. Escuchar los ruidos del barco, posar los ojos en algo y dejarlos ahí como si fuesen a descubrir el misterio de

lo que miro por pura paciencia o por puro milagro, y estudiar la jácara de las gaviotas. De todo cuanto dejé atrás nada me importa. Lo puedo decir así, sin detenerme demasiado en lo que estoy diciendo: nada me importa. En este tiempo he acumulado un patrimonio de excusas con las que ir sobrenadando por los días como charcos. Charcos de agua negra con irisaciones de grasa en la superficie. Eso es todo. Y, sin embargo, aquello que rechazo es lo que soy. Y, aún peor, lo que he querido ser. Ha bastado alejarse unos miles de kilómetros para sentir el desboque de mis cosas, para hacerlas descarrilar serenamente, sin necesidad de disimular el espanto adosado a la sensación de tener la existencia colgada (como un pellejo) del garfio de un matadero. Envidio la fe de quienes confían en su fe.

Un golpe de agua me hace resbalar sobre el catre, espoleando de paso el libro, el cuaderno y lo que descuidé sobre la mesa del camarote. El sol abriga lo necesario, sin derroche. El mar es una de las escasas experiencias que no suena a cuento contado dos veces.

XXXI

Con lo que le queda de entusiasmo después de casi treinta años de marinero, Bieito hace de las noches un espacio acogedor si el océano lo permite. A esta hora no hay nadie rondando por los corredores. Está solo en el puente de mando y hasta el primer pasillo de camarotes baja la música que ha elegido para amortiguar el espesor de la guardia. De momento, solo es un mejunje mezclado con todo lo demás. El sonido tiene fallos, pero el tono general es magnífico. Subo al puente. Los fluorescentes blancos nos hacen un poco más espectros en la planicie de la madrugada, algo estatuas también. Bieito anota cifras en los albaranes y repasa los apuntes que ha dejado Lolo. Podría ser un copista de monasterio miniendo el pergamino con la mano severa de un hombre de paz, como si fuese el mar un *scriptorium*. Al verme llegar recoge los cuadrantes, los guarda en la carpeta y baja el volumen de la música que sale del portátil. Bieito cambia de ocupación y pulsa un par de botones comprobando a la vez que el rumbo sigue siendo el de la ruta trazada para esta noche. Un rumbo circular. Las redes peinan el fondo dando vueltas a un centro que no se ve y que, probablemente, no es centro de nada, sino un punto escogido para rematar la marea cargando los últimos copos y cumpliendo con la cuota de pesca que debemos llevar a tierra. Quedan dos días de mar, quizá tres, antes de regresar a Castletownbere a desembarcar la mercancía y desembarcarme a mí. Ellos volverán al Atlántico cinco o seis horas después de la descarga. Yo a Madrid un poco más tarde.

—Le has cogido afición a estar aquí de noche, ¿eh, rapaz? —dice Bieito mientras guarda con delicadeza las gafas de contable en un estuche.

—Es que solo es posible dormir a ratos. Y ahora estoy en el de no tener sueño. ¿Cuándo crees que volveremos?

—A ver qué dice Lolo, pero quizá pasado mañana por la tarde enfilamos hacia Castletownbere para llegar de madrugada y desembarcar antes de que amanezca. Ya casi estás liberado.

—Ahora no me importaría quedarme otra marea más...

—Qué va. Sí te importaría. Ves que se acaba, que volvemos, y crees que por una más no pasa nada. Pero cuando te des cuenta habrás perdido media

vida sin disfrutar de casi nada. No, chaval. Andar lejos de casa no resuelve los problemas. Ni quita los apuros. Al contrario: lo jodido de trabajar en el mar es volver a tierra y que no haya nadie. No te equivoques en eso. Aquí hay pocas alegrías, lo único que sucede de verdad en la vida de un hombre es aquello que le ocurre en tierra. Lo demás es miseria. ¿Quién que sea normal vive siempre en el agua? El agua es un lugar de paso, antes o después sales o te hundes. Déjate de caralladas. La gente del mar tiene algo rabudo y es por esto. Y por estar lejos de donde hay que estar.

—Pero desde aquí entiendes mejor lo que no funciona...

—Y desde el balcón de tu casa... Que no, hombre, que no. Que esto no te da más luces. Pregunta a cualquiera de los que estamos qué han descubierto en el mar. Yo te lo voy a decir: lo que no tienes. Esa es la peste del miedo. Hemos visto morir a muchos que tenían, como poco, el ánimo de volver. No seas *pailán, meu home* —Bieito cabecea despacio, con la voz de resina dura y el pecho bravo donde fulge el colgante de oro.

Entre los marineros se cuidan de hacer el ridículo. Para ellos, el mar machaca igual que purifica. Y les incomoda pensar en el futuro. Y si lo piensan, el futuro es volver.

—Vine con la idea de hacer una serie de reportajes sobre vosotros y seguir con mi vida. No sabía qué iba a encontrarme. Eran quince o veinte días de aventura para escribir de un espacio extraño para mí. Pero ahora sí que estoy... Madrid no me sujeta como antes. Es como una fiesta que se acaba. O quizá no era tan fiesta. Yo tenía una idea peregrina del mar; y ahora tengo una idea peregrina de todo lo demás.

—Lo de tu mujer no lo sabía.

—Será que no te lo dije. Da igual. Por eso no tengo prisa en volver.

—Pues eres el único en este barco que prefiere quedarse. ¿Sabes lo que nunca hace un marinero? Darse importancia. Aquí las *fanfurriñadas* valen de poco. Cuando lleves más de la mitad de tu vida en un barco vienes a contarme esto mismo. No sabes de lo que hablas. Tú lo que quieres es que te resuelvan los problemas y crees que desaparecer es la solución, carallo. Nosotros no venimos hasta aquí a curarnos de nada, sino a seguir viviendo aunque sea jodidos.

Tiene razón Bieito, el mar es indiferente al dolor. La sabiduría que otorga consiste en sobrevivirlo, porque solo tiene una misión: devolver de algún modo el maltrato que recibe. Incluso su aparente calma es un infierno capaz de crujiarte los huesos de un solo golpe.

Me incomoda pensar que donde antes me inundaba de luz ahora me secaré de sombra. Por suerte, aún estoy aquí.

XXXII

La evolución humana se apoya en miles de generaciones que se han asomado a lo que otros buscaron para continuar o arrasarlo. Solo algunas emociones se mantienen intactas, casi originales, por dentro y por fuera. La soledad es una de ellas. También el odio, el miedo y el amor. De ahí sale todo.

La noche estira el cielo y la lividez primera de la oscuridad se va deshaciendo hasta desaparecer. La madrugada es nítida y lobuna. Tan pacífica que te hace extremadamente vulnerable. Bieito está dentro, frente a la pantalla del portátil. Ha vuelto al ordenador, a las gafas, se ha encajado unos auriculares y alivia la guardia con una película que le hace reír fuerte, eclipsando la calma que ha quedado fuera de su algarabía. Tiene el don de desaparecer en medio de una conversación a dos bandas sin violentar al que espera réplica. La gente de mar desarrolla un código propio. Parecen seres talados de la normalidad. Ellos se identifican entre ellos, y con nadie más.

Observo a Bieito desde el lado de fuera del cristal, en la noche de un viento enjabonado con ráfagas de sal y sin el furor grotesco de otras veces. Este hombre inmenso que se carcajea y respira a trompicones ha aceptado su destino, pero no la expropiación de lo que más quiere: sus hijas, su mujer, su casa. Ni política, ni economía, ni cultura. Todo lo que le importa viene de allá y también acaba, seguramente, en ese espacio propio. En ninguno de sus gestos encuentras la avaricia de acumular atenciones, pero sabe escuchar y tiene la capacidad de hablar armando metáforas con palabras que se hacen entender en círculos, aunque él no lo sepa.

En estos días me he fijado que algunos de ellos, cuando están sentados y el mar va calmo, acompañan calladamente el ritmo de las olas con la punta del pie. Es algo involuntario, pero su forma de mantener el control o el equilibrio es esa. La mía es sujetarme.

XXXIII

Por primera vez me despierta la luz. No el estruendo del lance, el chorreo de voces o un golpe de mar, sino el resplandor de un sol cordial que interroga con unos destellos de mañana limpia y parece estar al otro lado espiándome. Se cuela por el portillo del camarote sin dar una orden clara, explotando en todo lo acumulado. Me he entrenado bien en mirar el techo de este habitáculo paralizante, escaso. Siempre en la misma posición. Y otra vez con la misma ropa desde hace días. Me calzo las botas y recojo lo poco que tengo desplegado sobre la mesa fija. Dos libros, tres cajas de biodramina, dos de primperán. También el cuaderno de las notas, que elijo no abrir para evitar ser aún más consciente de lo que ya sé: solo hay cuatro o cinco páginas de apuntes. Saco del macuto una camisa, un pantalón vaquero, calcetines, calzoncillo. La indumentaria de desembarcar. Practico así un simulacro de agitación poniendo en orden mis pertenencias por anticipado. Llegaremos a puerto en un par de días.

Después de la ducha, quizá la primera casi disfrutada en dos semanas, bajo al comedor. Anxo está sentado con los protectores auditivos apoyados entre los hombros y el cuello. Fuma y bebe en su taza. Recarga de una botella de *whisky* 100 Pipers que tiene bajo la mesa, sujeta con un tope de madera improvisado. Casi todo lo de Anxo es de una difícil transparencia, la de un hombre enlaberintado, de mirada tanteadora y expresión de hastío.

—Te quedan dos días, chaval —dice con una voz que a esta hora, las doce menos cuarto de la mañana, ya tiene un ligerísimo apagamiento—. No me negarás ahora un brindis.

—No he desayunado, pero no te lo niego. Voy a por el vaso —una sonrisa grande oculta por un momento el rumor de sinsabores que le ensombrece el gesto.

—En ayunas cae mejor el *whisky*, rapaz. Nunca doy los buenos días si antes no eché un trago de bienvenida —por bromas así resulta difícil descifrar qué tramo de sus muchos desengaños recorre en este momento.

—¿Te alegra volver a tierra aunque sea unas horas? —pregunto.

—Me alegraría más morirme, pero de momento sigo. Pisar tierra un rato me da igual. Es como lo de llegar pasado mañana o no llegar —con el puño me asesta un golpe leve en el hombro izquierdo y noto sus nudillos.

—Pues yo creo que me acostumbré. No me importaría hacer una marea más. Se lo decía a Bieito...

—Aaah, Bieito. El filósofo Bieito. Seguro que te dio una charla sobre lo malísimo que es el mar y lo importante que es la familia, y cómo ser buena persona, y que el sueño de un marinero es ver una sirena... —Rellena la taza agarrando la botella con fuerza—. El bueno de Bieito. Desgraciado. No es mal tío, pero cree que andar en el mar te hace un poeta... Atiende, chaval, en este lugar llega un momento en que el asco te invade. Un asco puro, sin esperanza. Mírame. No sé si aborrezco más el mar o mi vida. Eso lo tienes que escribir en el periódico. Y ponerlo así: que has conocido a un *trapalleiro* al que el mar ha convertido en una bestia... Escríbelo sin miedo... Bueno, carallo, bebes o qué.

Al acercar el vaso a la boca el vaho del alcohol se estira en la nariz y después empapa la lengua provocando un espasmo breve, amargo. El hilo de *whisky* cae a trompicones por la garganta dejando un surco de ardor. El escalofrío del primer trago agranda la sonrisa de Anxo, satisfecho por el bautismo inducido.

—¿Qué harás cuando llegues a Madrid? —pregunta mientras apura el cigarro estrechando los labios y abultando el pecho.

—Imagino que acostumbrarme... Y volver a la redacción —nos miramos a los ojos como adultos detestables—. Me temo que tendré que arreglar algunos asuntos y no sé por dónde empezar. Quizá es un buen momento para ser valiente de una vez.

—Hay que ser valiente, chaval. Yo lo he intentado ser durante treinta y seis años, cada vez que se avistaba tierra. Cuando veo a lo lejos el puerto de Vigo me convengo de que al poner el primer pie en el suelo lo mandaré todo al carallo. Así mil veces. Y ya ves. Sigo en el maldito barco. Casi siempre son los otros los que toman por ti las decisiones. Me han dejado dos mujeres. Me han echado de tres barcos. Dos de mis hijos no me hablan. No tengo ni puta idea de casi nada, solo sé armar o desarmar motores y en dos años me jubilo, con cincuenta y ocho. Entonces me dedicaré a dejar pasar las horas hasta que la palme. Creo que, como mucho, cuento con dos amigos a los que nunca veo... Lo único que he decidido por mí mismo es joderme y beber. Ni siquiera fumar, que también intenté dejarlo seis o siete veces... Qué te parece. Apura, que va otro.

Hay hombres para los que su guerra nunca acaba y observan el mundo con ojos negrísimos, endurecidos por un abatimiento descomunal.

XXXIV

En verdad tengo la sensación de habitar en un territorio quieto donde los días tocan a las noches con una minuciosa mecánica desnuda y entre medias no sucede nada. Existo solo para mí y para los once marineros del *Carrumeiro*. Ni siquiera en los papeles de tripulación aparece mi nombre. Vivo como ellos, con la preocupación de no claudicar por un error, por una imprecisión, por una imprudencia. Navegar consiste en ir contra el mar sirviéndote del mar. Eso hacemos. Eso hacen. Un oficio mecánico de días muy largos, de semanas desaforadas, de meses que entrechocan con una violencia de tiempo perdido porque todos se parecen y ya da igual enero que mayo, abril que octubre. Esta gente anda en lucha contra la vida que se les va. Sienten cómo pasa por sus manos encallecidas. Por el rostro surcado de resignación. Y la falta de sueño les enjaula y calienta los ojos. Su memoria se sostiene más en lo sufrido que en lo logrado. El mar de Gran Sol no está destinado a la belleza. Escogieron consumirse en este demostrando —y esa es su fuerza— que hay una sencillez salvadora en la obediencia. Porque al mar se le obedece y luego él premia o humilla.

Ellos se desgajaron del mundo. Habitan un espacio sin árboles, sin montañas, sin calles, sin semáforos, sin Amazon, sin polvo. No hay polvo sobre las superficies. Ni sonidos distintos al de las voces de siempre, al de los chillidos de los mascatos y las gaviotas, al de la furia de los temporales, la lluvia, el viento, la maquinaria y el mar.

Toda pomposidad resulta cómica cuando los escuchas. Los verdaderos marineros desprecian el desahogo lírico y cualquier estereotipo sobre su condición de hombres de mar. Están demasiado cansados para entretenerse en algo tan escasamente llamativo en ningún aspecto. Viven de un trabajo preciso y peligroso, también enfurecido. Ahora que comparto este convencimiento entiendo que a veces uno habla del mar, y de quienes lo trabajan, como de algo que no existe. El mar pertenece a cualquiera. Y pertenece de una manera única y distinta. Es tan inconcreto que al navegarlo no tiene bordes. Está cargado de palabras, de fracasos, de placeres, de aventuras, de nostalgias, de emociones traídas de tierra. Pero es lo que está

más allá lo que me interesa, cuando se levanta con un aire de ominosa amenaza y da cuerda al corazón, capaz de arrebatarte las certezas o de afianzarlas desconsoladamente porque tu vida pertenece a este solo instante. Nada pesa más que el mar.

XXXV

Miro el reloj del comedor. Son las cuatro y media de la tarde. Mamadou y Ahmed, sentados en silencio, hunden la mirada en sus teléfonos uno frente a otro. Saludo, responden y vuelven a las pantallas. Xouba prepara el repertorio de la cena.

—Esto vuela —dice al aire—. Casi estamos, ¿qué hiciste en estas horas?

—Ordenar el macuto y preparar la ropa de ir al MacCarthy's —entiende el guiño y frota la palma de las manos en el delantal resoplando desde el labio inferior hacia arriba hasta que el aire le levanta medio flequillo.

—Ya sabes que por aquí pasan todos y se oyen cosas... —dice tanteando—. No sé quién comentó que andabas con morriña.

—¿Morriña?

—Bueno, no sé. A ver, que igual no era eso. Pero con desánimo.

—No es desánimo, más bien una combinación de angustia y desconcierto. Lo que me espera ya lo conozco y lo que desconozco de lo que habrá me aterra. Por resumirte: cuando llegue tendré que aprender a divorciarme. O ya lo habrá organizado Laura. Qué más da. Convivo bien con la certeza de sentir que lo que yo llamaba «mi mundo», una gilipollez como otra cualquiera, salta en mil pedazos. Por eso me quedaría aquí, porque todo lo que me espera resulta, como mínimo, patético. En fin, eso es.

—Hombre, aquí harías poco. Tan poco que ya has visto que cada cual está en lo suyo y al margen de eso no hay mucho más. Este no es tu lugar. Ahora crees que aquí se está a resguardo de algo, pero es un sitio para conocer y alejarse. Un barco solo vale para cruzar de un lado a otro el mar, donde no vive nadie.

—Pero es que ser abandonado... —Xouba me mira como si no tuviese la respuesta que exige una frase así. Escoge el cuchillo grande y abre en canal una merluza portentosa. La eviscera y le separa las agallas, mete el acero entremedias y con un golpe seco la decapita. Dos gotas de sangre mínima impactan en su mejilla y al intentar quitarlas con la muñeca las extiende como un eco de masacre.

—En estos casos, lo mejor, me parece a mí, es... —Ahmed asoma la cabeza por el portón de la cocina y se despide en voz baja. Lo sigue Mamadou—. Mira, no sé, igual que en un barco pierdes la noción del tiempo, pierdes también la sensación de realidad. Tú haz lo que debas hacer, en menos de cuarenta y ocho horas verás que tu sitio queda muy lejos de aquí.

La última frase de Xouba coincide con un ruido bronco del motor mientras prepara con huevo y harina las últimas dos rodajas a las que ha reducido el cuerpo del pescado. El humo del aceite extrema más el ambiente. La idea de que sucedan aquí los meses, uno y otro, y otro, hace que lo suyo sí sea un acto temerario. La realidad de los hombres del *Carrumeiro* tiene un fondo existencial escasamente ergonómico. Están hechos en la incomodidad, en la incomunicación, en la misma herida. Para ellos soy una mascota que aviva algunas horas —una curiosidad que en principio fue suspicacia, extrañeza—. Nos impulsan sensaciones parecidas y una condición extraviada que a veces no sabemos compartir al hablar, pero sentimos al callarnos. También sonreímos juntos por los mismos motivos. Y nos delata una misma sensación de incertidumbre que pronto se hace demasiado familiar. Sucede así con los cinco marineros españoles. Los africanos prefieren la distancia como medida. O quizá no la prefieren, solo aceptan las injustas leyes no escritas de los barcos, aquellas que subrayan la condición del paria, que va desde el peor de los sueldos al peor de los puestos. Y es la suya.

Hace media hora que sonaron los tres timbrazos de la virada, el copo se abrió sobre el pantano del barco volcando dentro la plenitud agónica del mar. El estruendo es tan grande que no hay fuerza que lo iguale.

XXXVI

Vamos rumbo a Castletownbere y, sin embargo, nada delata que naveguemos hacia tierra. No hay señales en este cielo descivilizado, ni en el mar, ni en la algarabía de las gaviotas, ni en el barco, ni en mí. La vida también es vida en un lugar tan escasamente acondicionado para disfrutarla. Al volver al camarote oigo a Lolo hablar por radio y dar la hora en la que entraremos a puerto. Entre cuatro y cinco de la madrugada. Quedan veintiocho horas. Es una predicción desalentadora. Me acostumbré a todas las incomodidades, a los tiempos quietos y hueros, a las conversaciones que zigzaguean hasta alguna profundidad sin ánimo de descubrirse. La inacción de no desear nada es una escuela grandiosa. Absolutamente nada. En ella ocupo la tarde y siento un cierto alivio por tantas horas sueltas como he dejado, por las acumulaciones de sinsentido para justificarme. Mañanas y noches sin argumento ni teoría. Lo vivido aquí tendrá su eco en lo que aún no sé. No me refiero a los reportajes —es el homenaje que les debo a los del *Carrumeiro*—, sino en esos momentos imprevistos en que algo se tambalea, o adquiere una dimensión que no merece, y el mar, y Gran Sol, y el barco, y esta gente, y su deslugar, serán mi medida exacta de las cosas. Ellos también me han enseñado a no aceptar lo irremediable.

Me tumbo en el colchón mugriento. Afuera, la luz aviva el cabriteo del agua. Los ruidos de la navegación son ya de una indescriptible familiaridad. Existir se reduce a unos cuantos movimientos, a una sucesión de sonidos, a la imprevisible relojería del mar. Eso es todo. Estas dos semanas parecen un tiempo en blanco, pero a la vez es el de mayor intensidad en varios años.

Cuando regrese a Madrid seré un hombre divorciado, en algún momento sin empleo, antes o después viejo o enfermo, cualquier día huérfano; y atendiendo a esas certezas, aún más propenso a mis maneras de estar solo. No se trata de una crisis de edad u otra estupidez publicitaria. Me refiero a perder el ritmo, a concretar algo que ya sospechaba: he levantado mi vida con algunas cosas mías y otras ajenas asumidas por inercia, por respeto, porque así debía ser. No me gusta lo que tengo, no encuentro ningún placer en seguir haciendo aquello para lo que inventé tantas expectativas. La fuerza de mi

desengaño es solo desengaño. Pero cuántos, en un momento de claridad, caen abatidos no por la derrota de morir, sino por algo mucho peor: no haber sabido vivir por cobardía o egoísmo. Muchas vidas consideradas ejemplares, respetables, lo fueron por la falta de coraje para contradecir lo que se esperaba de ellas. Debe ser terrible despedirse así, con ese veneno.

Estos mismos hombres con los que comparto unos metros de superficie volverán al mar después de la descarga del pescado, y volverán de nuevo, y otra vez más, porque su carne está aquí atrapada. Igual que la mía está donde me esperan para cumplir con la promesa de ser eso que soy.

XXXVII

Bieito anuncia el último lance de la marea con un grito triunfal para que yo lo escuche. Asoma la cabeza por la puerta de las escaleras que da a los primeros camarotes: «¡Rapaz, ya solo queda este y a casa!». En tres horas subirán el último copo. Alcanzo el puente de mando y Bieito canta «*A rianxeira*» en un afán de fiesta y las manos sobre los mandos con cierta euforia: «*A virxen de Guadalupe / cando vai pola ribeira, / cando vai pola ribeira / descalziña pola area parece unha rianxeira. / Descalziña pola area parece unha rianxeira / Oliñas veñen, oliñas veñen, oliñas veñen e van. / Non te vaias, rianxeira, que te vas a marear...*».

Le queda algo más de un mes de mar para sumar otra marea; a mí unas diecisiete horas. A 3,5 nudos el barco avanza con cadencia de casa suspendida. Bieito es el único que manifiesta alborozo por pisar tierra. Se nota en la manera pomposa de tararear, en un cierto nerviosismo cuando se acerca a una pantalla y advierte que el perfil que irrumpe por la esquina superior derecha es la costa de Irlanda. Esa línea verde había desaparecido del radar hace dieciséis días. Habla de las millas de distancia y finge cálculos que en verdad conoce perfectamente sin necesidad de tecnologías. Lleva más de dos décadas haciendo la misma ruta. Advierte que vamos con una mercancía aceptable. Veinte toneladas de pescado fresco. Y asegura que me envidia por no tener que volver al *Carrumeiro*, ni al Atlántico, ni a dormir atado si al océano le da por despeñar embarcaciones desde lo alto de una ola. Hace planes para cuando regrese. Y más planes aún para cuando ya no tenga que salir al mar y comience para él la vida. Porque los marineros empiezan a vivir cuando otros abandonan. Hay quien espera ese día, como Bieito, y quien lo teme, como Anxo, porque entonces tendrá que ser rescatado del naufragio que es perder la dicha y la libertad que concede la peor desesperación en el peor de los mares.

XXXVIII

En la cena hay bulla y risas. Por primera vez coincidimos en el comedor casi todos, solo falta Lolo. Xouba saca los platos como un poseso y soporta con paciencia celestial los comentarios sobre el menú. El espíritu fatalista de otras veces ha desaparecido. En unas horas estaremos en puerto y esa certeza disipa los nublados de tantos días. Me emociona por lo nuevo y extraño que aún me parece esto. Cómo un momento así convierte el barco en un lugar sin percance. Desplegamos anécdotas mientras Xouba ríe apoyado en el umbral de la cocina, con el trapo colgando de una punta desde la cintura a la rodilla. En la mirada santísima le asoma el descanso de saber que una marea más ha mantenido la paz social en el *Carrumeiro*, que su trabajo no ha fallado dispensando el placer necesario a once marineros exhaustos, sometidos a un régimen de actividad alienante, la mayoría mal pagados y demasiado recosidos ya para que las heridas importantes cautericen. Todos respetan a Xouba, lo necesitan, lo reclaman cerca por su manera de sonreír y de escuchar, de callar y de disiparse cuando el consuelo ya no es necesario o deja de ser eficaz. Las historias que le cuentan quedan en algún pliegue de su cerebro y no salen de ahí. Sabe lo que debe contar y tiene el don exacto de entender que con el daño ajeno no se ilustra al nuevo herido. Algunas de las anécdotas de Bieito, Anxo, Graxa y Mamadou animan la última noche y levantan chiflidos. El buen ánimo sobrevuela la atmósfera compacta, jaranera, repartiendo un placebo de normalidad.

Cuando los platos están recogidos, Xouba saca la olla del café y se acomoda un silencio espontáneo porque de algún modo, a la vez, cada cual ha reparado en algún asunto propio. Es habitual entre marineros que a mitad de un jolgorio de viejos recuerdos se dé un momento de bajura en la conversación. Anxo aprovecha la tregua para desaparecer unos minutos y regresa con los brazos alzados como un banderillero y en cada mano una botella de orujo blanco que acumula ovación y olés. Unos apuran el café y otros piden un chorro para «excitar» el que les queda en las tazas. Los africanos aprovechan este bis para despedirse y marchan en fila hacia los

camarotes. En una hora saldrán a cubierta para recoger las artes del último lance, el copo de gracia de esta marea.

Bieito chasquea la lengua contra el paladar tras el primer sorbo y de frente al calendario que cuelga de una de las paredes señala el almanaque advirtiéndole que en un mes y medio volverán a Vigo. Las sonrisas palidecen y Anxo vuelca en las tazas otra ronda de orujo. Hay algo amenazante en la manera que tiene un marinero de contar el tiempo. Entre este momento y el día de regreso cabe una vida. Una vida que casi nunca colma lo esperado.

El silencio crece. Xouba se sienta en la mesa de atrás y pasa el trapo por la superficie. Graxa aún no ha pronunciado una frase. Solo ha reído cuando hubo que reír. Estos hombres se fortalecen entre ellos. Las conversaciones tienen algo de navegación declinante, y permanecen juntos mientras el alcohol dure en las tazas. Los observa y en cada uno reconozco el anticipo del hastío. El único destino que los une es salir del océano. Sin más protocolos, dos de ellos llevan a la cocina la vajilla. Anxo, con su resabio escéptico, permanece sentado y con la botella cerca. Avisa de que no bajará del barco cuando toquemos puerto y nadie le sigue. Llega el repuesto de las piezas dañadas del motor y debe cambiarlas antes de zarpar. Xouba se quitó el delantal y el pañuelo colgante. Ahora se sienta junto a Anxo.

Los demás nos dispersamos, cada cual a lo suyo. La noche aún no cae del todo, pero se distingue. Suenan los tres timbrazos destemplados, los últimos. Hay un verbo mágico que está en todas las cabezas: llegar. Recorro el camino del comedor al puente de mando con la incómoda certeza de saber que no habrá más. Lolo está en la rutina habitual de la virada, manejando las máquinas con una concentración insobornable mientras en la popa los habituales, con los impermeables amarillos, siguen las instrucciones de Mamadou, con chubasquero rojo. Ahmed ha salido también, aunque se queda en la retaguardia. La misma danza de siempre. De este siempre que para mí son las dos semanas en el *Carrumeiro*. Este siempre al que querría acoplarme. Saludo a Lolo, que contesta articulando un sonido cualquiera: «Eeeh». Y salgo a cubierta. Las maquinillas recuperan las redes. La primera relinga de flotadores se desliza por las maderas del suelo hasta enrollarse en el carrete. Tras el cascabeleo de las pequeñas boyas sube toda la malla escurriendo agua. Cuando por fin llega el copo, sujeto entre el lastre y la jareta, el relampagueo de peces vivos se confunde con los cadáveres de los que salen muertos desplegando un rebrillo de cera enfriada, de plata difunta, de abundancia a cambio de casi nada. La rapiña del hombre en el mar, el descarte salvaje de la

mercancía inútil, las biografías de unos seres que son mi salvaguarda dependen de esto. Sus familias. Su recia cordura. Su resistencia. Su porqué.

Una vez que acaba el espectáculo de recoger las artes me acerco al extremo de la proa. Algunas gaviotas están posadas en la amura de babor. Una gira la cabeza, me observa unos segundos y vuelve el pico hacia el frente como las demás. Me siento cerca, sobre el pozo de ancla, y fumo después de muchos días. En unas cinco o seis horas desembarcaré en el puerto y perderé esta quietud del mar, que todo lo encumbra. Pienso en Madrid y en aquello que no volverá a ser como lo viví, y en eso otro que aún no sospecho cómo será. Los días del barco —algunos difíciles, otros terribles, y dos o tres rutilantes— han sido los mejores en mucho tiempo. Estos hombres dependen de una suerte que nadie reparte. Lo primero es salir adelante entre todos y después el resto. De la emoción al insomnio, de la ira al cansancio, del desengaño al alcohol. Del miedo al miedo. Las gaviotas levantan el vuelo pregonando algo. Desde el puente Lolo grita y hace el gesto de las olas con la mano. «¡Chaval! ¡Chaval! Agárrate, que vas a volar. ¡Vamos a toda! En cuarenta y cinco minutos verás tierra por estribor, por allí», y con el índice señala un punto muy concreto del horizonte. Asiento, y celebro un triunfo que en verdad no significa nada y él sonríe adecuando el guiño al ánimo de avistar tierra. Pasa de los 3,5 nudos de los días de faena a los 10. Quizá la máquina no resista, pero ya estamos tan cerca que incluso eso podría animar el final de la marea. Aguanto un poco más aquí sentado y pienso en Agustín Villanueva de Castro. Murió en las últimas horas de su primera salida. Ahora estamos más igualados que nunca. Nos diferencia que yo estoy vivo, pero poco más. Él también hizo esta ruta. Y seguramente avistó la misma costa que en breve asomará. Y pensó que llegaría a Castletownbere cuando las luces salieran de la línea del mar lentamente hacia arriba, hasta iluminar la tibia realidad de un puerto revelado a lo lejos. También nos diferencia la tormenta que hundió su embarcación. Apenas esto.

«¡¡Mira a la izquierda, chaval!!», el grito de Lolo, mezclado con el animado ulular del viento y el zumbido del motor, parece que llega de más lejos. A la izquierda se dibuja una sombra tenue entre el agua y el cielo, una veta gris de relieves aún suaves. Quizá se espera de mí —Lolo me observa desde la cabina— que muestre alguna emoción mejor de la que exhibo. Cuando pise el puerto perderé la inmunidad de no ser burocráticamente nada, de no tener obligaciones, de sentir el alivio de una vida al margen de todo lo que tengo, de todo lo que quiero, de todo lo que voy a perder. Me acuerdo del día en que embarqué tras un corto y precario entrenamiento de horas mirando

las naves amarradas, como si en su pereza crujiente pudiese encontrar claves de lo que me esperaba. Sabía que algunas cosas estaban a punto de zozobrar, pero no sospechaba esta atracción insensata.

XXXIX

Repaso una vez más el camarote, reviso el interior del macuto, saco del bolsillo grande unas zapatillas de deporte y junto al armario dejo las botas de agua que Laura me regaló. Las he llevado los dieciséis días, desde la noche del primer desconcierto, que fue la de zarpar. No volverán conmigo y calzarán a cualquier marinero que pueda usarlas. Tendrán sentido para alguien que faene en este océano hasta que la vida lo retire, hasta que la fatiga lo doble, hasta que el miedo lo aparte, hasta que la cobardía lo anule, hasta que el mar lo hunda, hasta que se jubile, hasta que jure no volver, hasta que prefiera el hambre a estar aquí, hasta que desgaste la goma en meses infinitos de insomnio y de labor, hasta que otro las herede por abandono, como las heredó él. Las horas de espera inquietan con una progresión creciente. El entusiasmo de pensar tantas veces en volver se fue diluyendo temprano y ahora miro la costa tras el ojo de buey con indiferencia y temor, con un raro hormigueo de vida.

Al estar cerca de tierra el móvil recupera la cobertura y en la pantalla relucen cuarenta y tres notificaciones de mensajes. Unos de texto, otros de voz. Los de Laura son cuatro. Enviados en tres días distintos. El penúltimo dice que dejó las llaves sobre la mesilla de la entrada y un papel con la dirección temporal donde estará hasta que encuentre «algo mejor». El último es terrible y a una hora destemplada, las cuatro menos diez de la madrugada: «Estarás a punto de regresar. Espero que el viaje haya sido como querías. Seguro que haces un gran trabajo. Llámame cuando desembarques para saber que sigues bien. Bss». Contesto a los mensajes de mi madre, de dos amigos, de uno de mis jefes, y no espero la respuesta de ninguno. Apago el móvil, lo devuelvo al bolsillo de la mochila y me tumbo mientras la noche se va haciendo fuera. El paisaje escuálido adquiere cada vez más formas y algunas luces destellan indicando el camino. Cada vez son más. El barco se aproxima sumiso y feliz.

En el puente de mando Lolo habla por teléfono y en cubierta Anxo y Graxa llevan unos cascos con linterna para revisar la maquinaria de los carreteles. En popa, Babacar y El Hadji repasan la madera del suelo con un

cepillo y rematan con el chorro gordo de una manguera. Los focos del barco se mezclan lentamente con las luces del pueblo, cada vez más definido. Los marineros mueven las maromas que irán a los noráis y estas crujen como un daño, como un nervio al dolor del aire. La actividad es inédita por la hora y por la casi alegría que inunda el exterior. La noche de junio es tranquila. Algunas olas pequeñas rompen desprevenidas contra el casco y dejan gotas flotando que impactan en mi cara.

Echaré de menos a esta gente. Su bondad, su rudeza, sus reglas y manías, su daño de abandono, su certeza de invisibilidad sin poder inventarse un alivio. La resistencia consiste a veces en claudicar. Yo no sé explicarlo, pero es así. Lo que antes me definía empezó a desdibujarse en estos días perdidos donde descubro que vivir en el mar tiene una sola puerta: la de salida. A lo mejor por eso la evocación de estar a salvo es tan fuerte. Según avanzamos hacia Castletownbere se activan las rutinas de siempre como si todo esto que no ha terminado comenzase a ser recuerdo, el vago sueño de una sombra. Es deslumbrante la vida, su manera de convertir en fantasía aquello que la amenaza. No importan ahora los insostenibles momentos de mareo, de náuseas, de hambre, de frío, de sueño, de lluvia, de viento, de extrañeza, de temporal.

Prefiero no dormir las pocas horas que quedan. Echarme al catre sería mirar para otro lado. Estoy disfrutando de ser lo que no soy en esta noche en que un espectro emanado de mí se cree marinero porque ha vivido con once de ellos el tiempo suficiente como para prescindir de todo lo demás, del periodismo, del regreso a casa, de la agitación que sobrevuela la ciudad los viernes por la noche. La memoria vomita con seca violencia un raudal de episodios retorcidos.

Aun a distancia y en la noche, el mundo se define a lo lejos. Lolo hace sonar la bocina y el zumbido perfora el caldero de la madrugada. «¡¡Queda una hora, rapaz!! Vas a volver a ser alguien, a tiempo estás de salir nadando hacia atrás». Y con la risa acompaña la energía emanada de sus extremidades porque regresar a puerto tiene algo de triunfo, mientras que morir agua adentro es una traición. Un marinero tiende a pensar con desapego en casi todo, menos en dejarse quebrar por el mar. Soportan un riesgo doble: el de su vida y el de su muerte. Es una amenaza gigante para estos hombres que han aprendido a no pertenecer a ningún lugar y hacen uso de sus recuerdos para sobrevivir; no como yo, que los utilizo para escapar.

Las casas empiezan a definirse, las grúas del puerto, la bocana, la escollera, el contorno de Bere Island a la izquierda, donde se estrelló el barco

de Agustín y su cadáver quedó durante días atrapado en el interior del pecio. Hace un rato comenzó a caer una lluvia fina, casi invisible. Los marineros la llaman *orballo*, suave, inapreciable, pero va calando. La atmósfera asume una condición de película antigua, de escena mágica por el aerosol. Son las tres y veinte de la madrugada y a lo lejos una farola chispea, vacila. Otras luces blancas, centelleantes, indican el lado donde hay más seguridad de paso. A babor aparecen unas balizas rojas, y de color verde a estribor. El faro descompone con cada destello la oscuridad. Estoy cerca de dejar de ser el sustituto de mi vida. El que con las brasas de su historia está viviendo otra historia. Hasta ahora he permanecido a salvo, pero qué haré mañana. Mañana es una de esas verdades que no existen, y sin embargo duelen. Lolo, Bieito, Anxo, Xouba, Graxa, Mamadou, Babacar, Ahmed, El Hadji, Paul y Fabac habrán vuelto al mar. Será domingo; y el contorno humano de un fantasma, el mío, empezará también a disiparse cuando pierda de vista el barco, el mar. Me he acostumbrado a no existir como me has conocido. Ya ves, te echo de menos.

XL

El *Carrumeiro* aminora la marcha y la lentitud lo llena de vibraciones. Entramos por el ceñido paso que conduce al muelle de la bahía de Castletownbere. El pueblo está sin pulso. Son las cuatro y veintitrés de la madrugada del sábado. Solo hay vagos vestigios de actividad en el puerto iluminado: un coche dejado de cualquier manera junto a unas trampas para cangrejos, cuatro hatos de redes en la fachada de una pequeña nave industrial, tres barcas en el dique seco y al pie unos botes de pintura. Sobre el charol del agua, la flota amarrada parece custodiar todas las historias del mundo. Las embarcaciones más cercanas se balancean por las olas que nuestro motor levanta. La superficie se ondula y cede con una nostalgia de isla sumergida.

Bieito asoma por la escotilla del puente de mando como una sombra retraída: «Chaval, despeja la cubierta, que empezamos las maniobras. ¿Tampoco dormiste?». Sin esperar respuesta vuelve a guardar el corpachón dentro del barco y habla con Lolo. Busco hueco en la plataforma del puente hecho de trozos de emociones que no reconozco. Mamadou, Fabac, El Hadji y Babacar se sitúan a babor, dos en proa y dos en popa. Supervisan el acercamiento al muelle con unos cabos gruesos en la mano. Enfrente, de un todoterreno negro salen dos hombres. Reconozco a Óscar, el marinero arrepentido de Vilagarcía que avitualla la flota gallega de Gran Sol y con el que compartí unas cervezas el día de mi llegada al pueblo, o quizá el siguiente. Caminan hacia nosotros. Los dos fuman a destiempo, provocando unas graciosas intermitencias con las brasas. El *orballo* se detuvo y deja esta mansedumbre reluciente que puede ser en sí todo un destino y se cuela hasta los huesos como si quisiera desenterrar secretos.

La paz que se expande a mi alrededor es falsa. Una calma sencilla, pero imposible. Lolo trastea con los mandos y el barco, muy despacio, se acerca al punto de atraque de costado. Cuando queda poco más de un metro, los marineros lanzan los cabos para que los recojan Óscar y el otro, que también viste de negro y lleva un chaleco reflectante. Encapillan las gazas a dos noráis y los cuatro marineros tiran de las maromas, que crujen como el leño en la lumbre. El *Carrumeiro* queda atracado. La marea está baja y podría saltar al

muelle con un paso largo desde la amura de babor. El hormigón del firme está a un metro.

Un camión refrigerador espera con las puertas del convoy abiertas y la plataforma hidráulica a media altura. Ahora sí, el ruido crece y horada el aire. Mamadou maneja la grúa y en las bodegas hay tres marineros colocando las cajas de pescado con la picada de hielo. Finalmente, veintidós toneladas a estibar. En dos horas. Lolo, Bieito y Xouba saltan al muelle y suben a la plataforma del remolque frigorífico. El viaje acaba aquí, termina en esto. Los gritos, el tintineo de las cadenas de la grúa, el motor al ralentí, las cajas de pescado arrastradas con ganchos por la panza del tráiler, donde uno de ellos las va apilando. La luna empieza a alejarse y el cielo afloja la oscuridad. Gran parte de la distancia que me separa de mi vida está concentrada en estos palmos entre el barco y el suelo. A veces tienes delante un mundo reconocible que al mismo tiempo ya no lo es. No hay opción, pero juegas a elegir. El despliegue de inmensidad del Atlántico me parece más abordable que este vértigo de lado a lado. Dudar es ya no querer.

Regreso al camarote por pasillos desiertos. La puerta está abierta y diría que el carro ha perdido su olor aprisionado. Cargo en un hombro el macuto y en otro la mochila. En el puente los apilo bajo la mesa de derrota. Desde el exterior y detrás de un silbido agudo y largo, Lolo levanta la voz: «Venga, hombre, baja ya, que la tierra no muerde. Cago en diola, con las ganas que tenías de regresar cuando embarcaste... Y ponte guapo que vamos al pueblo en una hora. Nos debes unas cervezas, no te marcharás sin convidar, ¿eh?». Los demás jalean la intervención del patrón y siguen organizando las cajas blancas de las que asoman cabezas de rape, colas de rape, cabezas de merluza, colas de merluza, otras cabezas y colas de procedencia indeterminada, lascas de hielo que caen por el hipo aéreo de la grúa. La nitidez clausura la madrugada y a lo alto solo queda un gastado rebrillo de luna.

Basta un salto breve y desganado, sin más impulso. Cuando los dos pies están sobre el cemento del muelle pierdo la estabilidad, un segundo, dos como mucho... Lo llaman «mareo de tierra». Es un fugaz tambaleo. El cerebro se acostumbró al movimiento del barco a partir del tercer día y ahora lo extraño es estar apoyado de una sobre las piernas. Pisar suelo firme activa un escalofrío. Más allá de sentir en las manos la humedad del amanecer pesa el deseo de regresar a la guarida del barco. Eso es, la guarida de un animal que no existe, aquel título de Leopoldo María Panero que entiendo mejor ahora que estoy clavado en tierra extraña, mientras alrededor hay movimiento, esfuerzo, explotación, dinero, precariedad, un cansancio de hombres

hacendosos que tampoco han dormido y sin embargo su lucha, su obediencia y su mierda de oficio están a pleno rendimiento. Esta fea realidad es su lobera. Ellos son mejores que yo por la razón imbatible de que sus vidas son la muerte que les perdona el mar. Se adueña de mí una certeza: volver es resignarse, la vergüenza es saberlo y aun así cumplir con el plan previsto sin disimulo. Tú no estarás y los trámites de tu ausencia serán largos, lentos, dolorosos. Será deshabitarse, como se desnuda la casa cuando apenas comencé a llenarla de trastos, de recuerdos futuros, de inutilidad, de sentido. En el pueblo se han apagado las farolas. Ahora son las ventanas las que se encienden por dentro. Aún no me he movido del palmo de suelo donde enclavijé los pies al bajar del barco y ya es de día.

XLI

Lolo me asesta un palmetazo cordial. Al volverme despliega su sonrisa que ensancha la expresión de listo y le remarca los ojos de caimán. Lleva el chubasquero cerrado hasta el cuello.

—Pues ya estás de nuevo en tierra, rapaz. Tú sí que tienes suerte, carallo. Anímate, joder, que parece que bajas a la fuerza. Hemos descargado algo más de quinientas cajas, cago en diola. Y aún sobró casi medio tráiler. Mañana por la noche estará en Vigo y el lunes, a la subasta. A ver qué miseria dan. Me temo que nos van a joder la marea... Bueno, nosotros vamos a ducharnos y a por ropa limpia. No te pierdas. En veinte minutos estamos listos y en marcha hacia el pueblo. Tenemos unas horas para dar una vuelta, comprar alguna cosa y beber algo. Y a las cinco, al mar de nuevo... Puta vida.

El patrón salta a cubierta de con un impulso ágil y desaparece por una de las puertas. Xouba y Bieito se despiden del conductor del camión y hacen el mismo recorrido. Anxo sale con un cigarro en los labios y la taza de metal en una mano. Se acerca al borde de la cubierta, levanta la taza simulando un brindis y respira hondo. Me acerco. Nos separa un metro y medio, él sobre el mar y yo en el muelle. «¡A que no ha sido para tanto, chaval!... Nos vas a echar de menos. Dónde estarás mejor que en esta mierda». Y aprovecha el final de la frase para dar un trago. «Creo que nos despedimos aquí. No bajo al pueblo, porque como se me cruce el cable en el bar no vuelvo. Ya has visto lo que es esto, para que luego digan que el pescado es caro. Aquí metía el mes y medio que nos queda a los que se quejan... Aprovecha la vida, *fillo*, y lo que no te convenga lo mandas al carallo. El tiempo que tardes en darte cuenta se hará más gorda la condena. Yo no he sabido escapar, pero sé dónde estoy. Si no me digo la verdad, me mentiría», y ríe. «En fin, no te voy a chafar el primer día en tierra. Espero que cuentes que te hemos tratado bien... ¡Y que has podido comer unas merluzas de aquí hasta aquí!», y pasa el dedo índice de punta a punta del brazo derecho. «Muchas gracias por todo. Habéis sido muy generosos. Avísame si alguna vez vas a Madrid», le digo. Anxo contesta mientras da la media vuelta: «Si alguna vez aparezco por allá me gustaría ir al Museo del Prado. Y si no nos volvemos a ver, ya sabes: intenta hacer lo que

te salga siempre de los huevos, que después se hará tarde. Ah, y cuando bebas *whisky* que sea 100 Pipers».

Es difícil sobrevivir en un barco de pesca en Gran Sol sabiendo lo que Anxo lamenta de sí mismo. Deja sobre la madera del suelo la taza y con la pava del cigarro prende otro Chester mientras prepara la manguera del gasoil para llenar los tanques. Lanza frases algo deslavazadas, algunas para él más que para mí. Extiende un brazo para alcanzar el *whisky* y con la otra mano cumplimenta la despedida. «Lo hemos pasado bien, rapaz». La mano de Anxo asfixia la mía sobre la baranda de la cubierta. Al soltar gira despacio y se aleja por una de las puertas que dan a la sala de máquinas, cargado de hombros, exhalando una nube de humo rápida y abundante que se abre en dos y le rodea la nuca; de tres dedos cuelga la taza vacía; lleva el final de las perneras del mono de faena por dentro de las botas de agua y desciende a la cueva como se adentra un hombre desfondado en la niebla, rompiéndose a cada paso un poco más, trastornando el mundo a su antojo.

XLII

La mañana del sábado es gris y acogedora. En el puerto solo estamos nosotros y en esta calma hay un rumor entre desdichado y victorioso. Detrás del bullicio anticipado de sus voces salen Lolo, Xouba y Bieito. Llevan ropa desacostumbrada, impecable, aunque los chubasqueros delatan. «Vamos al pueblo, chaval. El viaje no acaba hasta que entras en el MacCarthy's. Cómo salgas ya da igual». Su buen ánimo es pegadizo y por un momento parecemos niños tronados llenos de expectación. Inesperadamente, aunque hay espacio para caminar en grupo, comenzamos la marcha en fila. Uno detrás de otro, repetidos transeúntes de mil navegaciones iguales. En tierra, el olor a mar es distinto a cuando estás en el mar, más intenso, más bastardo, más sucio, de rachas violentas al pasar cerca de las montañas de redes. Recuerdo cómo llegué el primer día. La inquietud. El arrepentimiento. La ansiedad por terminar cuanto antes el viaje. La vida con Laura deshaciéndose, tan desorientado que sabía y no sabía enteramente en lo que estábamos. Cómo me animaba y me calmaba yo solo aprovechando las rendijas de una lógica improvisada. Y recuerdo el ruido que hacen los brazos al rozar el chubasquero, el vértigo confuso ante algo que desconocía, el vacío amargo, el cielo sobre nuestras cabezas recelosas por el desconcierto. El trayecto de ahora solo tiene los fragmentos de silencio en común con aquel día. El silencio en las voces y el rumor de los pasos. Lo que entonces desconocía es que en estos hombres iba a encontrar a los inquilinos de un no lugar, encomendados a una existencia desentendida de planes o estrategias, que también ha sido la mía. Ellos, en su desapego, han idealizado la tierra, pero no saben cómo ocuparla. A su lado, a años luz, yo tampoco sé decir adiós a tantas cosas.

Es como si por las calles flotáramos. En la primera tentativa de acera nos reagrupamos y Lolo canta a media voz, como en los ratos de calma de una misión. A lo lejos, algunos comercios levantan las persianas metálicas y disponen sus mercancías. «Veinte años llevo descargando en este pueblo», comenta el patrón. «Veinte años, carallo. He pasado aquí más tiempo que en mi casa». Bieito no deja escapar la ocasión: «Te conoce más gente en el

MacCarthy's que en tu barrio, incluso sobrio». Las risas levantan un vuelo amistoso de insultos y así llegamos al *pub*. Somos los primeros clientes. La camarera saluda con la satisfacción de volvernos a ver. Ella y su hermana son la tercera generación de taberneros que da la bienvenida y despide a marineros desde hace cien años en el MacCarthy's. Los han visto entrar enteros y los han ayudado a salir cuando la borrachera los derriba. Desplegados en el último tramo de la barra del fondo, Lolo da dos palmadas de entusiasmo y pide para todos la primera ronda. La cerveza negra sale lenta del grifo y requiere un tiempo de reposo antes de la segunda recarga para que la pinta quede perfecta. Esos dos tiempos de tiro son una liturgia demorada y silenciosa. Xouba se salta el guion y con cadencia de tímido desafía este momento levemente eufórico. «Es una pena que te marches tan flaco, con lo bien que se come en nuestro barco. Te debo un buen guiso. A ver si cuando pases un día por Vigo... Aunque el problema es que yo en tierra no cocino». Todos celebramos la ocurrencia. Para alguien como Xouba supone un esfuerzo grande interrumpir un silencio. Puede que llevase tiempo esperando el momento de hacer la observación y la propuesta. «Me voy más flaco», contesto, «pero no por hambre... Eres el mejor cocinero de Gran Sol. Da igual que coma o que no. Lo sabe todo el mundo... En fin... Ha sido un privilegio estar en el *Carrumeiro*. Os debo mucho. Mañana va a ser extraño, y difícil, empezar el día sin vosotros cerca. ¡Vamos a brindar por la mejor tripulación de Gran Sol!». Los miro uno a uno y ellos me miran todos a la vez, algo desconcertados. Parecía que íbamos a pique, pero Lolo, oportuno, lanza un gorjeo agudo de sioux y reparte los vasos de Guinness que la camarera ha dejado sobre la barra. Los levantamos, chocamos los vidrios y algo de la espuma abundante se derrama en las manos. Bieito bebe media pinta de golpe, en la primera cata, y eso también se jalea. El ardor es creciente. No los envidio por lo que tienen, sino por la fiereza con la que añoran lo que les falta. Los he visto sufrir sin alcanzar a entenderlos. Los he observado desandar las horas en rutinas terribles, repetidas, alienantes, y sin residuo alguno de flaqueza. Humanos que no dejan huellas por donde pasan y para resistir se llenan de noticias secretas, aportadas por la imaginación o la nostalgia. Cómo no abrazar a quien te habla en una lengua clara y admirable, desde una naturaleza tan distinta, tan ajena a la tuya, y a la vez te presta su vida inesperadamente para que la recorras por dentro.

De camino al baño pienso en cómo algunos encuentros imprevistos generan una emoción que nace de algo que quizá no es la amistad, pero puede no ser menos. Y pienso en la renuncia que en momentos implica decir adiós.

A los marineros tampoco les gusta despedirse: unos porque aman demasiado lo que dejan, otros porque huyen de eso mismo que han amado. Al volver está la segunda ronda sobre el mostrador de madera, aunque mi primera cerveza sigue a medias. Las voces se empapan de más sonido. Recuerdan anécdotas y a compañeros. La memoria es un salvavidas de sus conversaciones. Festejan a la primera mujer que fue patrona en un barco de Gran Sol y vitorean que entre la tripulación contase con su marido y con un amante. Cómo se impuso en un mundo hostil sorteando zancadillas, dicen, algún motín y toneladas de groserías. Lolo la conoció en una crisis de fe por la que a punto estuvo de dejar el mar: «La recuerdo en el puerto de Vigo. Fue la única vez que la vi, pero todo dios sabía quién era y la temían. Aquella tarde me acerqué al despacho del armador a decirle que iba a dejarlo y que buscase relevo. Dos semanas antes había muerto un primo mío en una marea y me dio por pensar... El caso es que el armador, listo de la hostia, sin alterarse, me pidió que bajásemos a dar una vuelta por el muelle y lo hablásemos allí. Sabía que el *Cedeira* entraba a esa hora después de dos meses y medio en Gran Sol haciendo una campaña increíble. En los bares de la zona, los marineros llevaban días hablando del *Cedeira*. Era el barco de Maruxa, una leyenda, créeme. Sabía mejor que nadie dónde estaba el pescado. Cuando ni dios lo encontraba, ella iba a buscarlo y lo sacaba de donde nadie imaginó. Sorteaba los peores temporales con un valor del carallo y se manejaba igual en el mar y en los despachos. Maruxa sabía hacerse respetar. Al rato llegó el *Cedeira* y cuando habían repartido el quiñón, el armador me echó un brazo sobre los hombros y me dijo que nos acercásemos a saludar. Me presentó desvelando que estaba allí porque quería renunciar por miedo, por cansancio, y que no saldría más. Maruxa ni me miró, y de corrido le dio seis nombres de chavales que en algún momento tuvo en la tripulación, buscaban barco y tenían el título de patrón. “Aprovecha y prueba a los míos, oportunidades como la que te ofrezco vienen escasas. Te hablo de algunos de los mejores, ya verás”, dijo. “Todos han pasado por el *Cedeira* y saben cómo sacarle partido a lo que sea. La fuerza no se les marcha a la primera temblada...”. Carallo, que si me acuerdo de aquel día. Me jodió bien Maruxa, me jodió bien. Regresé a mi casa cabreado por la humillación. Al lunes siguiente, cinco días después de lo del puerto, salí de nuevo hacia Gran Sol como si fuese a zamparme el mar entero. Así que le debo a Maruxa no terminar por ahí, de cualquier manera. Me sujetó al mar y aquí estamos». La tercera ronda de Guinness sube el volumen de las voces y hasta Xouba levanta la pinta en un gesto pionero que imitamos.

En este trasiego de memorias que se hilan, donde uno interrumpe a otro sin cuidado ni violencia, también desentumecen historias de travesías salvadas entre cortinas de agua tan fieras que hacían creer que el mundo se venía abajo; o el día que en las redes subió una cabeza sin cuerpo, solo la cabeza, mordida por los peces pero aún con gesto, y devolvieron al mar todo el pescado de ese copo y durante dos jornadas no hubo faena para espantar el mal augurio... El lenguaje humano no es capaz de recrear por entero la maravilla delirante de sus relatos. El callar denso, las miradas de cansancio legendario, la gesticulación, el desconsuelo. Nunca averiguas tanto de un marino como cuando recuerda. «Ya ves, rapaz, así hemos pasado los mejores años», dice Bieito escurriendo el desagrado de toda una vida como un paraguas puesto a secar. «En el mar suceden cosas rarísimas. Decís de tierra, pero esto sí que es otro planeta. Pregunta a cualquiera, verás». Las frases se van emponzoñando suavemente por los efectos de la cerveza. Parece imposible que en el reducto de muerte que es para ellos el Atlántico Norte la vida pueda tener lugar de esa manera.

La última ronda llega siempre en el mejor momento, cuando casi has olvidado por qué estás ahí. Lolo anuncia que en media hora salimos. Apuramos los vasos y echamos las últimas risas desordenadas antes de abandonar el MacCarthy's, sin tanto júbilo. El alcohol propicia una leve reconciliación con algo que aún no sé. En la puerta del supermercado que está junto al *pub* hablan Babacar, El Hadji y Mamadou. Este se adelanta unos pasos y explica para todos que Ahmed fue a ver al médico y que la pierna está recuperada. Una vez informados, vuelve a lo suyo. Suelen esquivar a los gallegos también en el puerto. Prefieren sus rutinas y su idioma. No entran en los bares ni beben alcohol. Van unos metros por delante de nosotros, hacia el barco. A lo lejos, sobre el mar, se recorta la silueta de la nave y el patrón masculla una frase orgullosa, casi una detonación sentimental: «Es el más guapo del lugar, carallo». Estas palabras ocupan por un momento el vacío que se hizo entre nosotros. Nadie vuelve a hablar hasta que a cincuenta metros del amarre Lolo señala hacia el *Carrumeiro*: «Alguien te ha bajado el macuto y la mochila, chaval. Ahí están. No te quejarás del servicio de habitaciones». La imagen de los dos bultos apilados junto al noray hace que la despedida sea más rápida de lo que esperaba. No hay demasiadas frases, ni siquiera abrazos. Unos apretones de mano, gratitudes, cortesías, guiños cómplices y vagos deseos de prosperidad. Bieito y Xouba enfilan la pasarela. Lolo se detiene un momento: «Chaval, has cumplido. Quién te lo iba a decir. Yo no daba un duro. Este es tu barco, por si alguna vez quieres hacernos compañía. Nosotros

casi siempre estamos aquí, quejándonos, ya sabes. Y sácanos guapos en el periódico, a ver si engañamos a alguien para que nos saque de esto... Ah, suerte en Madrid con lo otro». Sin más protocolos, y para evitar cualquier exaltación impropia, el patrón del *Carrumeiro* cruza rápido a popa. El motor estaba ya rugiendo cuando llegamos. Anxo y Graxa habrán sustituido la pieza averiada. Mamadou suelta los cabos en tierra y brinca a cubierta. Ahmed, desde popa, se lleva la mano derecha al corazón, golpea con la palma tres veces el pecho y desaparece. Estoy solo en el puerto. El *Carrumeiro* amplía la distancia y con tres maniobras enfila la proa hacia la bocana. No hay nadie en cubierta. La silueta de Lolo en el puente de gobierno aún es reconocible. El barco avanza y deja un rastro alborotado. Desde tierra, las historias del mar resultan enigmáticas, poderosas, heroicas. Desde el mar, los asuntos de tierra parecen insignificantes y venenosos. El océano es más directo y concreto que el suelo sobre el que me sostengo. A mis pies están el macuto y la mochila de un viaje agotado. Once hombres van a bordo con la conciencia de que vivir así es ir desprendiéndose sucesivamente del mundo. El barco se hace miniatura custodiado por una sonora concentración de gaviotas.

Ese punto minúsculo fue hace poco un poderoso arrastrero y ahora abre rumbo suave a estribor para salir al Atlántico crudo. Mañana domingo volaré a Madrid en un avión de línea regular desde el aeropuerto de Cork, Irlanda, a las dos menos veinticinco de la tarde. Mañana ya no será el océano, ni el barco, ni las horas en volandas por el tiempo, ni ellos, ni el ruinoso catre, ni la misma angustia, ni esa manera de acercarme hasta entablar conversación, ni el tanteo de momentos propicios para entender su porqué. Mañana habré perdido todo eso que encontré sin esperarlo e hice mío. El *Carrumeiro* ha desaparecido. Delante solo tengo un fondo sereno de pueblo con mar.

Carta náutica

Algunas de las escenas de este libro sucedieron, pero no son suficientes para aceptarlo como autobiográfico. Existió el viaje, hubo un barco —el *Nuevo Confurco*, llamado aquí el *Carrumeiro*— y once marineros: Manuel, Castor, Luis, Anxo, Lito, Mamadou, Ahmed, Fabac, El Hadji, Paul, Babacar, algunos citados aquí con sus nombres; otros no. También estaba yo a bordo, bien surtido de incertidumbre y precariedades. Es todo lo que hay de real, y algunos versos prestados.

Pero aquella aventura irrepetible tuvo otros compañeros de viaje:

Manuel Villanueva de Castro detalló, en una de tantas sobremesas, la vida de su hermano Agustín, náufrago muerto durante su primera marea en Gran Sol. Aquel relato me hizo recordar varias lecturas citadas en estas páginas y que quise revivir. Gracias a su ayuda, y a Elena Espinosa, fui parte de la tripulación de un arrastrero gallego después de demasiados meses de rechazos y gestiones. Le debo paciencia, amistad, confianza y estímulo, sobre todo en tierra.

Lara me empujó hasta el océano con determinación. Ella sabe de mi deuda de amor.

Arturo Pérez-Reverte conoció los tanteos previos de este relato y me dispensó algunas claves de alta mar para no zozobrar antes de tiempo.

Gerardo Marín es motor cuando falta viento.

Pilar Reyes y Pilar Álvarez son el puerto.



ANTONIO LUCAS (Madrid, España, 1975). Escribe desde 1996 en el diario *El Mundo* y es colaborador de RNE y de la Cadena Ser. Como poeta ha publicado varios títulos: *Antes del mundo* (1996), accésit del Premio Adonáis; *Lucernario* (1999), por el que recibió el Premio Ojo Crítico de Poesía 2000; *Las máscaras* (2004); *Los mundos contrarios* (2009), Premio Internacional Ciudad de Melilla; *Los desengaños* (2014), Premio Loewe; y *Los desnudos* (2020), Premio Internacional de Poesía Generación del 27. También tiene publicado un volumen de su poesía reunida, *Fuera de sitio. 1995-2015*. Es autor de varios libros sobre arte: *Soledad Lorenzo, una vida en el arte* (2014), *Manolo Valdés: esculturas* (2012), así como una selección de perfiles literarios de algunas creadoras y creadores esenciales de la cultura de los siglos XIX y XX reunidos bajo el título de *Vidas de santos* (Círculo de Tiza, 2015). *Buena mar* es su primera novela.